

E. R. Dark

*Proceso de
sus Palabras*

Serie Directo a ti 1

*Preso de
sus Palabras*

Serie Dirigeto a ti 1

E. R. Dark

*Preso de
sus Palabras*

Serie Directo a ti 1

Título: Preso de sus palabras, serie Directo a ti 1

1ª edición: junio, 2015

Copyright © 2015 E.R. Dark

Obra registrada en Safecreative: 1506254454181

©ER Dark

Corrección: ER Dark y Juani Hernandez

Imagen de cubierta: ©Coka/Shutterstock

Diseño de portada y contraportada: ©Adane

Todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos, la reproducción total o parcial, el almacenamiento o la transmisión de esta obra, incluido el diseño de la cubierta, por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, alquiler o cesión de la misma sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Dedicatoria

Dedicado a vosotros,
que me habéis llevado de la mano
por nuestro viaje.

Y a vosotros,
que me aguantasteis durante el camino.

INDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 12+1](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

Capítulo 1

Izar Gálvez paseaba de un lado a otro del despacho que ella y su amiga Elena habían montado hacia ya siete años en el piso de esta última en pleno barrio de la Barceloneta. Se detuvo varias veces para mirar por los ventanales. Tenían unas vistas inmejorables del paseo marítimo y siempre que ella miraba hacia el mar la relajaba e inspiraba a partes iguales.

Izar era una escritora de literatura romántica de éxito, mientras que Elena era la que se encargaba de la publicidad, relaciones públicas, maquetación, redes sociales... En resumen, de todo lo que hacía perder la paciencia a Izar, que apenas soportaba las redes sociales. En ese aspecto, Izar era mucho más reservada con su vida privada.

Empezaron aquella aventura juntas casi por casualidad, cuando hacía más de siete años Izar había acabado el manuscrito de su primera novela, una historia de amor medieval, pero que tras un año de viajar por las manos de una lista interminable de editores, había vuelto a sus manos rechazada por todos. Ella estaba dispuesta a publicarla igualmente, ese y los libros que vinieran detrás, pues en ese año de espera, había escrito dos libros más pero que no había mandado a nadie. Lo que no sabía era cómo hacerlo.

Mirando por la red, investigando, había encontrado un blog que le había llamado la atención. Elena resultó ser la persona tras el blog sobre cómo darse a conocer por las redes sociales y crear tu propio blog, pero Izar, tras desesperarse con tanto tutorial que no coincidía nunca con lo que a ella le aparecía en la pantalla, se vio incapaz de hacer todo aquello, así que después de varias conversaciones por privado, quedaron a tomar un café en The Beach House, ya que, por suerte, la chica también vivía en la Barceloneta, y por una de aquellas extrañas coincidencias, no demasiado lejos de ella. No era raro no conocer a tus vecinos en una ciudad tan grande y con semejante ritmo de vida, por lo que no le extrañó que la cara de la muchacha no le resultara ni ligeramente familiar.

Se cayeron bien desde el primer segundo, y cuando se dieron cuenta, aquel café a primera hora de la tarde, acabó en una cena y en una cita para el día siguiente en casa de Elena para poner en marcha todas aquellas ideas. Dos meses después, su historia de amor medieval estaba en las principales plataformas de libros digitales y cosechó un sinfín de premios, fans y buenas críticas, aunque también las hubo malas, pero las supo encajar y aprender de ellas.

Desde entonces, trabajaban juntas. Elena la ayudaba con el texto como su primera lectora cero, además de que después creaba una portada preciosa, lo maquetaba y mimaba para que luciera perfecto en las manos de las lectoras, y algún que otro lector también.

Gracias al trabajo de las dos, para el momento en que iban a publicar el tercer libro que Izar había escrito, recibieron la llamada de una editorial interesada en tenerla entre sus autores. Aquella noche lo celebraron por todo lo alto, y desde entonces, no habían parado de trabajar y disfrutar de sus éxitos.

Eran un equipo muy unido y, sin embargo, Izar estaba nerviosa, ya que lo que le propondría a Elena, era algo bastante atrevido, incluso para ella. Era algo más propio de su alocada amiga Laura. Esta vez se había superado hasta a sí misma.

Finalmente, cogió aire, se apartó de la ventana desviando la vista del mar en calma y se paró junto a la mesa donde estaba sentada Elena, mirándola interrogante. Hizo girar con maestría su bolígrafo entre los dedos, pasándolo de uno a otro, antes de lanzarse a hablar.

—Elena, tengo una idea.

—¿Solo una? —bufó, soplándose el flequillo que le caía sobre los ojos—. Llevas semanas apuntando en esa libreta tuya.

—Lo sé, pero esta vez he superado con creces mis ideas más descabelladas. Tengo una corazonada.

—Está bien, escupe. Normalmente aciertas. —Apoyó la cabeza sobre la mano mirándola expectante.

Izar sonrió sin parar de jugar con el bolígrafo entre sus dedos, una costumbre que tenía desde el instituto.

—Sujétate bien a la silla porque vas alucinar. —Alzó ambas cejas con una media sonrisa en el rostro, ni ella misma se creía lo que se le había ocurrido—. Voy a ir al club Eros.

—¡Joder! —dijo dando un respingo en la silla —Pero ¿tú sabes lo que se hace allí? Porque yo, desde luego, no...

—Algo he leído. Es un club de intercambio de parejas. Quiero escribir sobre ello, Elena, darle un giro a mis historias, y para eso necesito información de primera mano. Además, ya que estaré dentro quizás surja algo que me alegre el cuerpo, aunque lo dudo. No creo que encuentre al hombre de mis sueños en un lugar como ese.

—Estás como una cabra —dijo riéndose, pero sabía que Izar tenía instinto para aquello.

No era de las que creía que la documentación se hacía solo usando Google, ya que si podía, lo veía todo de primera mano. Como cuando había escrito su cuarto libro. La trama transcurría en una escapada de fin de semana en Londres, y a Izar no se le había ocurrido otra cosa que coger un avión y plantarse las dos allí. Habían ido a todas partes, y sacado miles de fotos, probado la comida, escuchando la música y empapándose del ambiente. El libro había quedado perfecto, y todas aquellas fotos las había aprovechado tanto para la portada del libro como para la promoción en las redes sociales. Sí, Izar podía ser puntillosa, pero el resultado solía ser realmente bueno.

—Eso es lo que más te gusta de mí. —Le guiñó un ojo— Te mantendré informada de todo lo que suceda allí —insinuó divertida.

—Eso espero, o tu próximo libro solo lo leerán en Laponia.

—Capulla. —Golpeó su hombro riendo—. Voy a arreglarme, que esta noche tengo una cita conmigo misma.

—Diviértete, jefa.

—Se intentará...

Aunque no lo tenía muy claro, hacía ya varios años que fracasaba estrepitosamente en sus

relaciones y todavía estaba intentando descubrir qué fallaba en ella. A sus treinta y ocho años había tenido varias relaciones serias, al menos por su parte.

La primera de ellas fue en la universidad con Valen, un italiano que estudiaba periodismo en su misma facultad. Todo fue bien hasta que él terminó su carrera y volvió a su país. Le dijo, con buenas palabras, que la distancia era un serio problema. Tenía que reconocer que le dolió, aunque se lo esperaba. Nunca había viajado con ella para presentarle a su familia mientras que él sí conocía a la suya. Su excusa siempre era que cuando ellos podían viajar a Italia, su familia estaba de vacaciones. Ella, como tonta, se lo había creído todo. Así que, tras asumir que solo había sido la chica para pasar la universidad y su estancia en España acompañado, pasó página también, como había hecho él.

Después llegó Raúl, un arquitecto rubio de ojos verdes que la enamoró de tal manera que pensó que no podría haber nunca otro hombre en su vida que no fuera él, y fue el que más daño le hizo cuando la rechazó. Siempre recordaría sus duras palabras cuando lo encontró en la terraza de un restaurante de lujo junto a una elegante mujer de forma acaramelada. Él, al verla, se acercó para evitar un escándalo en el restaurante. Fue al pedirle explicaciones cuando la hundió en la miseria con sus duras palabras:

“¿De verdad creías que íbamos en serio? Nunca podría casarme con una mujer como tú, mi esposa tiene que pertenecer a mi misma clase social.”

Ese fue el peor San Valentín de su vida. Sabía que la familia de él era rica, que su fortuna era herencia de varias generaciones, y que ella era solo la hija de un matrimonio trabajador que había pagado una hipoteca por años y que le costó un gran esfuerzo costearle la universidad, pero, inocentemente, había pensado que eso a él no le importaba, que solo eran dos personas que se querían. Le costó un año cicatrizar aquella herida y varios más volver a tener otra relación.

Para entonces, apareció Jordi, un bombero de Barcelona, que la enamoró con su sonrisa de pirata y sus bromas. Cayó en sus redes para ser rechazada y sustituida unos meses después por una morena exótica. Le dolió, lógicamente, pero ya no tanto como con Raúl.

No entendía qué había de malo en ella que los alejaba; era fiel, cariñosa y aventurera en las relaciones. No les decía “te quiero” tras la primera noche de sexo, ni los llevaba en menos de un mes a conocer a sus padres, o los acosaba con mensajitos de cariñines, ni los llamaba a todas horas. Les daba libertad, como también la quería ella.

No entendía que buscaban los hombres. Así que se prometió a sí misma no volverse a enamorar y de momento lo llevaba bastante bien. Hacía dos años que solo salía con hombres esporádicamente. No se involucraba emocionalmente y así debía ser, por el bien de su cordura y su corazón. No obstante, anhelaba un hombre que la abrazara por las noches y le diera los buenos días. Ansiaba escuchar, de los labios de un hombre, que era lo más importante de su vida, que la amaba más allá de lo comprensible. Estaba cansada de sus noches solitarias y despertar con el lado izquierdo vacío de una cama fría ¿Pero ese hombre la anhelaría a ella de la misma forma?

Las horas pasaban volando y demasiado pronto se encontró frente al espejo de su habitación, vestida con un corto y escotado vestido negro, que se adaptaba a la perfección de sus curvas, y zapatos de salón con un tacón de infarto. Su melena ondulada y rubia caía suelta en cascada hasta media espalda. Se sentía sexy y guapa, y esperaba no desentonar en el Eros. Iba a observar, no a participar en lo que fuera que pasara allí, así que destacar de manera negativa no era una opción.

Respirando hondo, salió hacia el club conduciendo su propio coche. Había sopesado la idea de ir en un taxi, pero si salía de allí corriendo muerta de vergüenza o miedo, prefería no tener que estar media hora en la puerta esperando que la recogieran. Con los nervios a flor de piel, y mil ideas a cada cual más descabellada y absurda, condujo hasta el centro de Barcelona.

No le resultó difícil encontrar el club. Había mirado la dirección por Google, y había respirado aliviada al comprobar que había un parquin público a la vuelta de la esquina. Sabía que iba a pagar un dineral dejando allí el coche, pero no quería quedarse sin vía de escape.

Tras aparcar, caminó los metros que la separaban de su destino, y pronto llegó a la fachada del local, que no distaba mucho de la de cualquier discoteca o pub que podías encontrar en Barcelona. Al llegar a la puerta había estado tentada de dar media vuelta. Las dudas y el miedo a que encontraría ahí dentro, de nuevo estaban haciendo mella en ella. Sin embargo, su cabezonería y curiosidad podían más.

La puerta era de cristal rojo con la palabra Eros escrita en letras grandes y negras ocupando en diagonal casi toda la puerta. Inspiró para volver a darse ánimos, así que, apretando el bolso donde llevaba la libreta, llamó al timbre que había junto a la puerta sin tiradores. Su corazón iba a mil por hora, pero ya no podía dar marcha atrás. Una chica morena, vestida con un escueto top rojo, y una minifalda, que más bien parecía una bufanda negra, y que dejaba ver perfectamente las medias de liga negra que lucía, la recibió con una sonrisa amable.

—Buenas noches, y bienvenida a Eros. Casi diría que es su primera visita, ¿cierto? No recuerdo haberla visto por aquí antes.

—Sí, nunca he estado aquí, o en ningún otro... —los nervios se la iban a comer. No debería de haber ido sola. ¿Y si había un loco suelto por ahí? O peor, un perverso que la raptara...

—En ese caso, la guiaré, le enseñaré el local y la informaré de las normas.

Le indicó con la mano que entrara, interrumpiendo los escabrosos pensamientos de Izar. Al cerrarse la puerta, pudo ver que estaba en lo que parecía un pequeño recibidor decorado en rojo y negro bien iluminado y con un par de cuadros del Dios Eros decorando la pared frente a la puerta. Había un pequeño mostrador con un ordenador, no podía ver la pantalla desde su posición, pero suponía que sería la caja. Tras el mostrador, un taburete, y una habitación donde estaban guardados abrigo y chaquetas en perchas numeradas. Pagó la entrada en el pequeño mostrador, y le recogió el abrigo para dejarlo en una de aquellas perchas, le entregó una llave para una taquilla que, según le dijo, le enseñaría un poco más tarde.

Detrás de la tupida cortina color burdeos que había a la derecha de la puerta, estaba Eros.

Eros era un club de intercambio, de los más grandes y populares de Barcelona. Había leído muchos comentarios favorables del lugar, tanto por el ambiente como por el trato de los empleados, y

por eso se había decidido, en un momento de poca lucidez y locura, por él entre todos los que la ciudad ofrecía.

Todo se encontraba en penumbra, iluminado por unos pequeños faroles negros, con los cristales naranjas que iluminaban como si de fuego se tratara, pero que daban luz suficiente para moverte con seguridad y tener intimidad en cualquier rincón de la gran sala, que parecía dividida en diferentes zonas por cortinas de gasa que, en realidad, no ocultaban nada. Izar se sorprendió por la cantidad de gente que había, pero nadie parecía prestarle demasiada atención, ni la miraban como si no debiera estar allí. Comprobó aliviada que su vestido o sus tacones no desentonaban en lo más mínimo.

—Esta es lo que llamamos la Zona mixta. Básicamente es donde se realiza la primera toma de contacto, están el bar y la discoteca, también hay sofás donde disfrutar de buena compañía, o si prefiere más comodidad, tras esa cortina hay unas camas. Aquí, tanto parejas, como chicos o chicas solas, pueden moverse libremente. O hacer lo que quieran.

La chica morena señalaba con la mano la amplia sala decorada en rojo y negro. La cortina en cuestión, como ya había advertido, era apenas una gasa oscura que si bien difuminaba, no ocultaba lo que pasaba en las camas que había a su izquierda. Varias esculturas de mármol negro de diferentes tamaños del Dios de las alitas y el arco decoraban el lugar. También los cuadros, se fijó entonces, eran referentes a la mitología de Eros. En algunos se veía al Dios solo, en otros estaba manteniendo relaciones con Psique, o incluso con hombres y mujeres diferentes.

Como bien le había dicho, aquello era la discoteca, y algunas parejas bailaban muy sensuales en la pista, otras tomaban algo y hablaban animadamente en la barra cuadrada mientras otras bebían sus copas en los sofás. Parecería una discoteca cualquiera la noche de un sábado, si no fuera porque algunas de aquellas personas iban vestidas tan solo por una toalla negra o estaban desnudos manteniendo relaciones sexuales en los sofás mientras el resto, o bien miraba, o bebía con total naturalidad.

Tras dejarla ver todo por unos minutos y darle tiempo a que asimilara dónde se había metido, la chica morena la guió hasta el fondo de la sala donde la hizo entrar a un pasillo separado de la sala principal por otra tupida cortina de terciopelo. En el pasillo, más oscuro, se veían algunas habitaciones, sin puerta, pero no se podía observar el interior por la disposición de los paneles que hacían las veces de paredes, no hacía falta que le explicara que se hacía allí: los gemidos eran bastante significativos.

—Y esto es la zona de reservados. Si quiere unirse a alguna de las parejas que hay dentro, tendrá que hacerlo en aquellos que no tengan echado el cordón rojo. Solo esos aceptan compañía. Aquí, normalmente, los hombres solos no entran, tendrá que buscarlo en la zona de la discoteca, después invitarlo a acompañarla. Si lo hace, debe avisar en la barra.

Ella solo asentía con la cabeza. Lo estaba reteniendo todo y prestaba atención a cada cosa que la buena mujer le explicaba. Los latidos del corazón de Izar se aceleraron cuando pasaron por su lado un par de hombres y le sonrieron. ¡Madre de Dios! ¿Dónde se había metido?

Volvieron a la sala que la chica le había presentado como zona mixta. Siguieron la pared a la derecha y al fondo, junto a la parte más alejada de la barra, y cruzaron otra cortina de terciopelo. La chica le explicó que la primera habitación, de la que no podía ver nada, era el cuarto oscuro. Lógico.

En él, la gente se tocaba, besaba, incluso mantenían relaciones sexuales, sin saber con quién. La idea, no supo por qué, la atrajo. Pero antes de que pudiera plantearse entrar, la morena le indicó que la siguiera hasta la habitación al fondo.

Tras una liviana cortina de gasa negra, había una cama roja enorme. O más bien cinco camas juntas. Izar abrió mucho los ojos pues allí, había como unas diez personas, o tal vez alguna más, practicando el sexo unas con otras, todas mezcladas, todas con todas, sin pudor, con placer por lo que podía ver y oír. Sabía que estaba roja, pues toda ella estaba ardiendo, en más de un sentido y agradeció la penumbra del lugar. Aunque, si se estaba lo bastante cerca, su rubor era bien visible.

Aclarándose la garganta, le preguntó.

—¿Y los baños?

—Sí, por supuesto.

Le indicó que volvieran a la sala principal, y pasaron a un segundo pasillo, esta vez al lado izquierdo de la barra, junto a las camas que había tras la ligera cortina negra. Al fondo del pasillo había otra vez aquellos paneles cruzados que daban intimidad a las estancias. Al entrar, vio que eran los vestuarios, cada taquilla blanca tenía un número en negro, y pudo ver que el suyo, el 51, estaba justo frente a sus narices, pero no se le escapó que llegaban hasta el 99. También vio un pequeño tocador a su espalda, con un secador, gomas para el pelo, pañuelos de papel, y ¿condones? Vaya, parecía que pensaban en todo.

—Dentro de cada taquilla, tiene un par de toallas y zapatillas. Puede dejar su ropa y objetos personales dentro, pero no pierda la llave, llévela siempre con usted y cargue sus consumiciones en la barra a la taquilla. Y los aseos —dijo saliendo de los vestuarios hacia las dos puertas de madera blanca con angelitos negros a la altura de los ojos que había justo en frente—, están justo aquí. Como en la primera zona que le enseñé, recuerde que si va a venir acompañada de un hombre solo, debe avisar en la barra.

Siguió caminando hasta el fondo, donde se abrió frente a ella un auténtico spa, con una enorme piscina, duchas y una sauna. Izar lo miró todo alucinada.

—¿Alguna duda? —dijo tras volverle a recordar las normas y decirle que allí, era el único lugar donde la ropa no estaba permitida.

Izar clavó una mirada inquisitiva en la mujer, que era solo un poco más alta que ella, y eso que ella no lo era demasiado, pero esa noche, con los tacones, pasaba del metro setenta.

—A ver si lo he entendido bien. Si me pongo la toalla es que estoy dispuesta a unirme a los... juegos. Si no, puedo estar sentada en la barra tomando algo tranquilamente. ¿Es así?

—La vestimenta es lo de menos, pero con la toalla lo deja más claro. Además, la decisión de unirse o no, siempre será suya. Una cosa está por encima de todo en este lugar, y es el respeto y la discreción. Si quiere jugar, dígalo, y si no, también, no hay ningún problema.

—Bien—. Sus palabras la habían tranquilizado algo, aunque su corazón fuera a mil por hora.

—Disfrute de su estancia en Eros. Si necesita algo, solo pregunte por Ivana en la barra—. Y dando la vuelta, la dejó sola en el pasillo frente a los vestuarios.

Izar la vio marchar en silencio, asimilando todo. Entró en los vestuarios, abrió la taquilla con el mismo número que la llave que llevaba colgada de la muñeca con una pulserita y miró la bolsa donde estaba lo que parecía un neceser con productos de higiene. Parpadeó varias veces. Esta vez, Elena tenía razón y estaba loca, loca. Cerró de nuevo la taquilla y entró en el baño para apuntar todo lo que Ivana le había comentado antes de que se le olvidara.

Quince minutos después, se sentó en la barra y pidió un Martini blanco a una preciosa mujer rubia que vestía exactamente igual que Ivana. Mientras observaba lo que ocurría a su alrededor, iba haciendo viajes al aseo para ir apuntando todo lo que veía, y era todo fascinante. Justo delante de ella, había una pareja que se estaba masturbando mutuamente, cómodamente tumbados en un sofá semidesnudos. Aquello hizo que sintiera un cosquilleo entre sus muslos y se acabara cruzando de piernas en el taburete. ¡Joder! llevaba mucho tiempo sin pegar un buen polvo y estar allí iba a acabar en ducha helada al volver a su piso. Si sobrevivía al calentón, claro está.

Capítulo 2

—Buenas noches, Ángela —el hombre sonrió a la camarera rubia —¿Me pones lo de siempre?

Darío era asiduo al Eros. Iba al menos dos o tres noches a la semana y conocía a los empleados y también a los clientes, por lo que con darle un ligero vistazo, supo que la rubia al otro lado de la barra era nueva.

La delataban demasiadas cosas, pero resultaba encantadora. Se ruborizaba al ver a Manuel y Sandra masturbándose cerca de ella, aunque aun así, no dejaba de mirarlos y removerse en su taburete. Era una pareja que venían dos sábados al mes, y había pasado noches muy divertidas y placenteras con ellos. Otra cosa que la delataba era el modo en que se le abrían los ojos mirándolo todo a su alrededor. Era bastante típico entre los nuevos que acudían, sobre todo los fines de semana, aunque lo normal era que vinieran al menos por parejas, pero tampoco era extraño el encontrarse con grupitos, que se reían y ruborizaban con todo. Más de una noche, algún grupo de amigas, medio borrachas, había entrado a tomarse una copa al Eros, esperando encontrar quién sabe qué.

La gran mayoría de ellos nunca volvía, bien porque no era lo que esperaban o lo que ocurría allí los sobrepasaba. De una manera u otra, eran casi siempre los mismos y entre ellos había cierta complicidad, y porque no decirlo, amistad. Cierto era que practicaban sexo entre ellos, pero eso no impedía que alguna vez hubieran quedado fuera de allí para tomar una copa o salir a comer para conocerse mejor.

La mujer, no parecía darse cuenta de la atención, tanto masculina como de otras parejas, que atraía, pues no contestaba a ninguna de las insinuaciones veladas que le estaban dando, cosa también bastante común entre los novatos, que casi parecía que esperasen que alguien se arrimara y les preguntara si querían follar cuando allí se hacía con bastante más tacto, aunque la finalidad fuera la misma.

Lo que ya no era tan normal, era la incontinencia urinaria que parecía tener aquella mujer. En los veinte minutos que llevaba sentado en la barra observándola, la había visto ir al baño como unas cuatro veces al menos.

Cuando Ángela le sirvió el segundo ron con naranja, se acercó, con paso seguro y la mano metida en el bolsillo del pantalón de pinzas negro, hasta la rubia novata.

—Buenas noches.

Izar dio un respingo al escuchar esa voz profunda a su lado. Cuando se giró para ver quién era, el aire se le quedó atascado en los pulmones y a su cerebro se le olvidó que, lo educado, era decir algo.

Frente a ella, plantado como si esperase el autobús con una copa en la mano, estaba el hombre más sexy que había visto nunca, bueno si había visto a más de uno así, pero en las portadas de revista masculina, nunca en la vida real. Era alto, de cuerpo atlético por lo que podía apreciar llenando la camisa granate que llevaba y que se le ajustaba a la perfección, de piel tostada como le gustaban y dios... con aquella barbita de tres días que tanto la ponía. Era demasiado perfecto. Cuando su cerebro

decidió volver a la normalidad y dejar de fantasear en noches húmedas y sábanas de seda, se aclaró la garganta.

—Buenas noches.

Darío no entendía por qué se había acercado a ella realmente, no solía presentarse a mujeres solas y menos de un modo tan *clásico*, siempre lo hacía con parejas. No buscaba complicaciones, y aunque las más veteranas en su mundo eran capaces de distinguir el juego del amor, las novatas podían llegar a confundirlo, cosa que le había ocurrido en alguna ocasión. Sin embargo, las parejas buscaban el placer tanto como él sin ninguna implicación emocional. Pero aquellos ojos color miel, tan abiertos como los de un cervatillo asustado, lo habían atraído como un lobo a un gallinero.

—Pareces un poco despistada. ¿Es tu primera vez?

Con una sonrisa, se colocó un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja.

—Sí. No he estado nunca en un lugar así.

—¿Puedo sentarme e invitarte a una copa? —señaló el taburete vacío a su lado.

—Claro —Izar no podía creerse que semejante hombre se hubiera fijado en ella, eso solo pasaba en los libros, pero al fin y al cabo, ella trataba de escribir uno. Una fragancia a colonia con toques de madera la envolvió, haciendo que los latidos de su corazón se acelerasen todavía más. Si seguía a ese ritmo, podría caer fulminada de un momento a otro a sus pies, resultando patética. Eso, y que el vestido acabaría hecho polvo.

—Puedo explicarte lo que quieras sobre Eros, pero no sé si pedirte otra copa o no...

Ella clavó su mirada en él, extrañada.

—Me gustaría que me explicaras, sí. Pero ¿por qué no sabes si pedirme una copa?

—Porque tienes incontinencia, y así es imposible poder tener una conversación. —Dio un trago a su bebida de manera casual, mirándola de reojo.

Izar abrió los ojos a la vez que se ruborizó. ¡Joder, creía que tenía incontinencia! de repente sintió un tremendo calor por todo el cuerpo. Qué situación...

—Puedo mantener una conversación perfectamente, señor...

—A mi padre suelen llamarle señor. Yo soy solo Darío.

—Bien, Darío, no padezco incontinencia.

—Bien, en ese caso te invito a una copa, señorita...

—Izar, solo Izar —sonrió.

—Un nombre precioso.

Le hizo una seña a Ángela para que le sirviera una copa a Izar.

—Gracias. Sé que suena a tópico, pero ¿vienes mucho a este lugar?

—Sí, bastante.

Izar bebió de la copa que la camarera le había dejado en la barra. No sabía por qué este hombre la ponía tan nerviosa. Pero cuando clavaba sus intensos ojos verdes en ella, su estómago tocaba las maracas.

—Entonces eres el más indicado para explicarme cómo funciona.

—Soy el indicado para muchas cosas, incluida esa—. Su tono de voz era profundo, tenía una de esas voces que hacía fantasear a una mujer en una noche de lujuria y sexo salvaje.

—¿No es un poco arrogante por tu parte?

Darío se rió con ganas. Aquella pequeña cervatilla no era tan frágil.

—Está bien, te propongo una cosa. Comprobemos si soy el adecuado.

Ella lo miró curiosa.

—Habla, te escucho.

—Déjame ser tu guía por Eros, y si no disfrutas de cada segundo, simplemente me iré por donde he venido admitiendo mi error.

—Me parece un buen trato.

Con una sonrisa, Darío dejó la copa vacía en la barra y la miró con ganas de saber si realmente era un cervatillo, o una autentica fiera, pues en sus ojos había un poco de cada una de ellas y su cuerpo, tanto si fuera tímido o salvaje, era delicioso para ser devorado. Y él estaba loco por probarla.

—Cuando quieras, empezamos.

Izar tomó el último trago de la copa, la dejó sobre la barra y bajó del taburete sonriendo. Aquel hombre, la tenía totalmente intrigada. Y algo dentro de ella tiraba hacia él.

—Guíame, Darío.

Cogiéndola de la mano y notando una pequeña descarga al primer contacto, que hizo a ambos mirarse intensamente, caminaron a través de la zona mixta rodeando la barra hasta el pasillo de los reservados. Estaba oscuro, más que el resto del local, aunque había suficiente luz como para distinguir siluetas y ver dónde estaba cada entrada.

Los sonidos de los gemidos seguían en el ambiente por debajo de la música sensual que llegaba por los altavoces. Había gente en el pasillo, tanto de paso como besándose o entrando y saliendo de los reservados. Unos iban vestidos, otros envueltos en las toallas. No había una edad definida; tanto jóvenes como gente que dejó la madurez atrás hace ya tiempo. Ni tampoco eran todos perfectos modelos de revista. Era el mundo que te rodea cada día, metido en un pequeño universo donde primaba el placer y la desinhibición.

Izar estaba atenta a cada detalle que veía, era consciente del roce de su mano con la de ella en todo momento. Él, mientras andaba delante guiándola, acariciaba con el dedo pulgar su palma, creando círculos que enviaban un cosquilleo por todo su cuerpo. Todo la golpeaba con su novedad, quería

tomar nota de todo, pero no podía sacar la libreta allí en medio sin delatarse, ni correr hasta los aseos, así que apenas se dio cuenta cuando Darío la llevaba dentro de uno de los reservados que no tenía puesto el cordón.

Ella se detuvo conteniendo un gemido al ver que no estaba vacío. Una mujer tumbada en la gran cama estaba siendo acariciada por dos hombres a la vez. Izar observó la escena que se presentaba ante a ella con los ojos muy abiertos y conteniendo el aliento, sintiendo cómo su cuerpo reaccionaba creando un creciente hormigueo entre sus piernas. Alucinada era decir poco, estaba realmente pasmada al poder ver en vivo y en directo un trío, una de las cosas que más la habían atraído. Si solo estiraba la mano, podría tocarlos.

Darío la colocó delante de él, pegando el cuerpo al suyo. Ese simple movimiento hizo que Izar contuviese el aliento.

—Dime... ¿Te parecen unas buenas vistas? —dijo rozándole con su aliento caliente, el lóbulo de la oreja.

Izar reaccionó a la cercanía de él, haciéndola arder por donde la tocaba. Estaba convirtiendo poco a poco su sangre en lava fundida.

—Sí... —apenas salió un susurro de su boca.

Darío apoyó las manos en los muslos de Izar a la altura del bajo de la falda de su vestido al tiempo que acariciaba con los labios la base de su cuello. Al ver que ella le permitía hacerlo, muy despacio deslizó hacia arriba la falda, acariciando sus muslos con la yema de los dedos. Sintió que Izar retenía la respiración y se arqueaba ligeramente apretando las caderas contra las de él, haciendo que su erección se endureciera más de lo que ya estaba. Darío no se detuvo. Mientras la mujer de la cama está siendo poseída por dos hombres a la vez, él exploraba el borde de las braguitas de encaje de Izar lentamente, abriéndose camino para encontrar un sexo completamente depilado que le provocó un gemido de placer. Con los dedos, separó los labios vaginales para descubrir el calor y la humedad de su excitación.

—Sí, veo que te gusta lo que ves, que te excita tanto como a mí y a ellos —le susurró en el oído.

Ella se mordió el labio para no gemir y cerró los ojos con la vana idea de poder tomar pleno control de su cuerpo, cosa que le resulta imposible cuando Darío jugueteaba con dedos hábiles en su sexo.

Le acarició el clítoris con el pulgar mientras introducía otro dedo en su interior con el que acariciar sus paredes interiores, buscando ese punto que bien sabía él que la haría volar.

—Dime, cervatilla... ¿Te molesta que te estén mirando?

—No... —y eso era lo más sorprendente, no sabía que tenía esa faceta, pero ver cómo uno de los hombres le sonreía mientras Darío la acariciaba, sabiendo que su falda estaba enredada en su cintura y que, posiblemente, estuviera viendo su sexo entre los dedos de Darío, era el mejor afrodisiaco que existía. Por no hablar de los dedos que la estaban volviendo loca.

Darío sonrió, e introdujo el dedo más profundo en ella, incrementando sus caricias, buscando el placer de su pequeña cervatilla.

—Si te corres, prometo que el segundo orgasmo que tengas esta noche, será en mi boca.

Izar soltó un gemido al dejarse ir entre los brazos de aquel hombre y frente al morboso espectáculo ante el que se encontraba. El orgasmo que la envolvió fue tan intenso que hizo que sus piernas flojearan y tuviera que apoyarse en Darío para no parecer una cría. Ese hombre era increíble. La había catapultado a un orgasmo con finas caricias y palabras sensuales en poco tiempo, ¡a ella!, que necesitaba siempre su tiempo para alcanzarlo.

Darío sacó la mano de entre sus piernas, y lamió los dedos empapados en los jugos de ella. Era deliciosa. Estaba sorprendido de lo receptiva que era entre sus brazos.

—Joder, Izar. Va a ser delicioso comerte viva. ¿Vamos a otro reservado, o prefieres que te eche encima de esa misma cama?

Ella lo miró con ojos nublados por el deseo, se había olvidado de todo excepto de él.

—Prefiero intimidad, por ahora —respondió con voz ronca.

Sin decir nada más, ni se molestó en bajarle de nuevo la falda. La cogió de la mano y tiró de ella al pasillo. Le resultaba un poco incómodo andar con la tremenda erección que llevaba, presionando en sus pantalones. Fue asomándose a cada reservado que no tuviera el cordón cruzado hasta que encontró uno vacío y la hizo entrar. Lo puso rápidamente y, sin decir mucho más, se volvió y cogiéndola de la cintura la pegó a él para asaltar su boca con dureza. Su lengua empujó los carnosos labios de Izar haciéndola que los separara y así poder enredar una lengua con otra, creando una danza que los hizo gemir a ambos. Izar se sujetó a él para no caer. Le hacía sentir sensaciones nuevas y estaba ávida de ello. Su sabor, la manera de acariciarla, besarla, la estaba volviendo loca.

Darío empezó a desnudarla, dejando la ropa alrededor de ella, a sus pies. Sin romper aquel beso salvaje y que los estaba encendiendo a ambos, la empujó sobre la cama, que era en realidad una tarima negra con un colchón de *escay* rojo encima. Varios cojines negros y rojos estaban dispuestos a modo de almohada. Era más alta que una cama normal, a Izar, con los tacones que no le quitó, casi le llegaba a las nalgas. La sentó en el borde de la cama y entonces se apartó de ella para poder admirarla.

—Tumbate y separa las piernas. Déjame verte. —Su debilidad era un coño bien depilado.

Ella hizo lo que le pidió sintiendo una descarga de placer entre las piernas, humedeciendo más su sexo. Nunca se le había ocurrido hacer algo así con un hombre al que conocía apenas treinta minutos, pero Darío la atraía de una manera casi animal, y el morbo que flotaba en el ambiente de aquel lugar se le había subido a la cabeza incluso más que las dos copas que había tomado. Se sentía sexy y deseada, y quería que él se viera afectado por ella. Quería volverlo loco hasta que se hundiera en su interior y gritara de placer con ella. Dios, necesitaba un buen polvo, ¡pero ya!

—Preciosa...

Y para Darío lo era. A la luz de la pequeña bombilla en forma de vela del farol que había a un lado de la habitación que iluminaba levemente el reservado con una luz anaranjada, era como una diosa griega de cabellos dorados y pechos llenos. Su vientre plano y sus piernas perfectamente torneadas hicieron que su polla saltase aún más dentro de sus pantalones. La deseaba, y aquello no

era lo normal. No disfrutaba tanto de una mujer sola desde hacía demasiado tiempo y el hambre por aquella en particular, que se despertó en él, era imposible ignorarlo. En ese momento le importaba una mierda. Lo único que le importaba era saborear aquel cuerpo de diosa, recrearse en ese coño depilado que lo llamaba como la miel a la abeja y hacerla gritar de placer hasta que no pudiera más.

Se acercó a la cama y tiró de ella hasta hacer que las piernas de Izar colgasen de la misma, pero dejando su trasero y su sexo en el borde del colchón. Darío cogió uno de los cojines de la cama y lo tiró al suelo para arrodillarse, quedando a la altura perfecta para lamer su sexo, y cuando lo hizo, ella sintió un diluvio de sensaciones. Dejó caer la cabeza hacia atrás, rindiéndose a ese placer que le proporcionaba la lengua de Darío entrando y saliendo de ella y enredándose en su clítoris. Él no dejaba de lamerla, succionarla y penetrarla con la lengua, saboreándola como si fuera un manjar de Dioses. La sujetó de las nalgas, clavándole los dedos para mantenerla quieta, pegada a su boca. Quería y ansiaba su sabor.

Izar no dejaba de gemir retorciéndose y siendo sujeta con fuerza por él. Cada uno de sus nervios estaba ardiendo, cada poro de su piel anhelaba una caricia suya y la oscura necesidad de sentirse llena se precipitaba por su cuerpo. Jamás había estado tan excitada en toda su vida.

—Lo quiero, Izar. Lo quiero.

Y volvió a apretar su boca contra ella, torturando su sensible e inflamado botón del placer con su lengua, y ella gritó, elevando las caderas al sentir cómo el orgasmo se forma lentamente, surgiendo desde su interior y derramándose en la boca de él, como le había prometido.

Darío bebió de ella y se levantó para verla retorcerse a causa de los últimos espasmos del orgasmo que él le había provocado, cosa que lo puso aún más caliente, sobre todo cuando vio la marca de sus manos en las caderas de ella; eso lo satisfizo de una forma muy primitiva. Ella, en ese instante, era suya, así que no tardó en empezar a deshacerse de su ropa, dejándola tirada junto a la de ella en el suelo. De una caja junto a la cama, sacó un preservativo y se lo puso sin dejar de mirarla. Era preciosa.

Colocándose a cuatro patas sobre Izar, la besó en el momento en que dejó de moverse, introduciendo la lengua en su dulce cueva y enredándola en la de ella.

—¿Ves lo deliciosa que sabes, cervatilla?

Aquel era el momento más erótico que Izar había vivido nunca. Su mirada no podía apartarse de la suya.

—Umm. Mezclado con tu sabor —dijo Izar mordiéndole el labio y tirando de él.

—Aún no me has saboreado, pero lo harás después... Primero quiero hundirme en ti, y arrancarte tales gemidos de placer que los que están ahí fuera, al otro lado del cordón, se pongan tan calientes que deseen entrar y verte. Pero como no podrán, maldecirán y acabarán masturbándose en el pasillo. Y cuando salgamos, y te vean, todos hagan cola por desear follarte.

Ella gimió clavando la mirada en él. El morbo y el deseo de aquello la calentaron aún más. ¿De dónde salía aquel deseo tan primitivo?

—Estás alardeando mucho, moreno —sonrió pícaro. Buscaba provocarlo y que cumpliera aquellas

palabras.

—De momento estoy siendo un buen guía, ¿no es así?

—Sí, no tengo queja.

—Entonces —dijo acariciando la húmeda y caliente entrada de su sexo con la cabeza roma de su dura erección— ¿Por qué crees que lo que te digo no lo cumpliré?

—Porque necesito verlo y sentirlo.

—Lo sentirás.

Con una dura embestida, la penetró tan profundo como le había prometido. La invasión, aunque fácil por la humedad de ella, fue violenta y placentera al mismo tiempo, llegando a golpear su útero, provocándole una ligera punzada de dolor antes de arrancarle un intenso gemido de placer. La llenaba por completo, y lo apretaba en su interior, provocando que Darío tensara la mandíbula para contenerse o empezaría a penetrarla con tal dureza, que le haría daño. Pero el modo en que lo recibía y apretaba, lo excitaba de una manera que hacía tiempo no sentía.

Izar clavó las uñas en la espalda de Darío, sentía sus embestidas como lenguas de fuego que la incendiaban cada vez que él arremetía a un ritmo constante, pero parecía que cada vez le estaba costando más controlarse. En el momento en que la vio lamerse los labios de aquella manera tan golosa, Darío perdió por completo el control, y con un gemido ronco, le sujetó las manos por encima de la cabeza atrapando uno de los duros pezones entre sus labios, haciendo que ella se arquease y así la penetración fuese más profunda. Izar le rodeó la cintura con las piernas y Darío dio rienda suelta a la pasión.

La sentía retorcerse, gemir con cada penetración, incluso algún ligero chillido salió de entre sus apetitosos labios. Supo que estaba a punto de correrse de nuevo cuando sus brazos se tensaron bajo la sujeción de sus manos y su vagina se contrajo, arrastrándolo con ella al orgasmo. Izar no se podía creer que esto le estuviera sucediendo a ella. Había sido el mejor polvo de su vida. Y cuando decía el mejor, era el mejor con mayúsculas.

Acarició la espalda de él, mirándolo intensamente, era muy guapo. Sus facciones estaban finamente cinceladas, como si hubieran sido esculpidas por un artista griego, haciéndolo perfecto para aquel lugar. Tenía los labios bien formados y esa barbita que tanto le gustaba a ella. Pero lo que realmente la hechizaba eran sus ojos, de un verde profundo con pequeñas manchitas de color miel que incitaban a perderse en ellos. Izar solo podía sonreírle, estaba relajada y saciada, y su cerebro parecía estar en cortocircuito. Era increíble. La elocuente escritora estaba sin palabras.

—Y bien, cervatilla. ¿Crees que estarán haciendo cola para follarte ahí fuera o no?

—Si lo están, tendrán que buscarse a otra. —Se retiró el pelo del rostro, sin apartar la mirada de él.

—Eso es cierto, porque aún no he terminado contigo. —Se levantó saliendo de ella, y desechó el preservativo en la papelera cerrada del rincón. Miró dentro de la caja de donde lo había cogido y removió los que quedaban dentro—. Aún quedan como unos veinte. Creo que serán más que suficientes para el resto de la noche.

Izar se apoyó sobre los codos, abriendo muchísimo los ojos.

—Bromeas.

Darío rompió a reír. Ahí estaban otra vez aquellos ojos inocentes y francos que lo habían hecho ir hasta ella.

—Tal vez. ¿Quieres comprobarlo?

Izar ladeó la cabeza observándolo mientras se mordía el labio.

—Pero ¿podrás? Acabamos de... bueno, no creo que ahora puedas hacer mucho —sonrió clavando la mirada en su miembro que estaba relajado y aun así era bastante grande.

—Si quieres, vístete y tomamos algo mientras, pero puedo tenerte toda la noche gimiendo.

Un brillo y una sonrisa traviesa aparecieron en su rostro.

—Tengo que verlo por mí misma, es fácil alardear.— Lo provocó de nuevo.

—Ya está la cervatilla incrédula. Ponte la ropa, iremos a por las toallas a las taquillas y después te haré perder el conocimiento a base de polvos.

Izar se vistió con el vestido que estaba enredado en el suelo, pero no se puso la ropa interior que guardó dentro del bolsito. Se arregló un poco el pelo antes de salir al pasillo y al pasar a su lado, pellizcó el culo de Darío.

—Te tomo la palabra.

Darío sonrió, y sin cubrirse con nada, recogió su ropa y salió tras ella hacia los vestuarios en busca de unas toallas. La noche iba a ser divertida y caliente.

Capítulo 3

Izar se levantó la mañana del lunes con una sonrisa en los labios a pesar de que le dolían partes de su cuerpo que no sabía que existieran. Se rió al pensar que a esas alturas de su vida, descubriría músculos nuevos. Increíble. Debía reconocer que Darío había cumplido su palabra con creces. ¡Madre de Dios qué manera de jinkar!

Después de llegar a su casa casi al amanecer, se había dejado caer en la cama y, como pudo, se quitó el vestido y los zapatos, ya casi dormida de puro agotamiento, pues su mente, en realidad, no quería dormir. Así que cuando despertó horas después y, tras ducharse y comer algo, se sentó en su mesa con la libreta al lado para apuntar todo lo ocurrido. Cómo era el local, las sensaciones que le transmitieron la música, la iluminación, los olores, la gente. Cómo se sintió al verse rodeada de sexo, el no tener claro quién era pareja de quién, la manera en que su cuerpo se estremeció cuando Darío la miró, o cuando la tocó por primera vez. Jamás imaginó que sentiría a su edad las mariposas en su estómago, ni qué pensar cuando la tumbó en aquella cama y practicaron el sexo más caliente, duro y salvaje que había tenido nunca en toda su vida.

Solo era capaz de pensar en una cosa mientras escribía todo aquello: Tenía que volver.

Cuando pensó que podría haber un próximo encuentro, se estremeció, preguntándose en qué cojones estaba pensando al plantearse volver. Ya tenía lo que quería, información de primera mano para su libro. Pero sabía que volvería a ir por una razón: Él.

No lo entendía. Había tenido más rollos de una sola noche, y con unos lo había disfrutado más que con otros, pero por muy bueno que hubiera sido el sexo, o lo mucho que se hubiera divertido con él, nunca había estado tentada de repetir, ni se había pasado el día siguiente fantaseando con volver a verlo como si de nuevo tuviera quince años, y sin embargo, desde que había abierto los ojos, en lo único en que podía pensar era en Darío. Y en su boca, su lengua, sus manos, su sonrisa, sus ojos... Todo absolutamente de él. Incluso antes de ducharse había estado oliéndolo en su piel como una niña enamorada.

Media hora más tarde, se encontraba llamando a la puerta de su amiga Elena. Sabía que le iba a exigir todo lo que había pasado esa noche en el Eros, pero además, necesitaba hablarlo con alguien. O se lo contaba o reventaba. Ella era así.

—¡Ya voy!

Al instante, se escucharon pasos rápidos y un golpe seco junto con un "¡joder!" antes de que se abriera la puerta y una Elena con cara de ansiosa, frotándose la espinilla derecha, la recibiese.

—¿Pero es que tú no tienes WhatsApp o qué?

Izar entró sonriendo.

—Yo también te quiero.

—No me vengas con esas, que no me quedan uñas por tu culpa.

—¿Tienes café hecho? Es mejor hablar con un buen café, Elena.

—Claro que tengo café hecho, la duda ofende. Anda, pasa a mi despacho y lo tomamos allí.

El *despacho* de Elena era la cocina. Aunque trabajaba en casa y tenía un rincón del salón montado como un verdadero despacho, solían tener allí las charlas sobre cualquier cosa frente a un café, o un plato de ternera con bambú del chino de la esquina, ya fuera para hablar sobre cotilleos o planificar la próxima gira de firma de libros.

Tras servir dos tazas, se sentaron en la pequeña mesa de madera con los cafés frente a ellas. Elena la miró ansiosa por saber e Izar mostró su dentadura perfecta en una radiante sonrisa.

—Como diría Laura... he conocido a un rompe bragas y empotrador.

—¡Venga ya! Quiero detalles, joder. ¿La tenía muy grande? Porque se la habrás visto, digo yo.

—Nena, grande no, lo siguiente. ¡Joder! He pegado los mejores polvos de mi vida.

—¿Te odio! Pero en serio, los, ¿en plural?

Izar cabeceó, asintiendo feliz, con la sonrisa aún perenne en los labios. Al parecer, no se le había borrado desde que estuvo con Darío.

—Toda la noche, hasta que cerró el club. Me acompañó al coche y me pegó el último encima del capó, en el parquin. En serio, los empotradores existen. Elena, tengo agujetas en músculos que ni sabía que tenía.

—Increíble. Y ahora me dices que estaba bueno, y muero de envidia —contestó Elena abanicándose con una mano.

—Solo te diré... metro noventa de puro músculo, sin nada de grasa. Tabletitas de chocolate muy tentadoras, de esas que solo verlas te relames preguntándote cómo se sentirá al lamerlas, ojos verdes, moreno y sexy. Muy sexy. Vamos, que si lo ves, tus bragas se piran de vacaciones una buena temporada.

—Joder, la próxima vez haré yo la documentación. Aunque imagino que habrás tomado muchas notas.

—Lo hice, sí. Pero voy a volver.

Aunque no lo haría como escritora, lo haría como mujer. Volvería por él. Era como una necesidad oscura que crecía dentro de ella, necesitaba volver a sentirlo. Él la hacía sentirse viva de nuevo.

—¿Volver? ¿Has quedado otra vez con el empotrador? —Elena la miraba curiosa.

—En realidad, no. Ni nos dimos el móvil, ni nos contamos nada el uno del otro. Solo sé que se llama Darío y que está buenísimo. De momento, eso me basta.

—¿Y vas a ir a buscarlo? Joder, Izar, que huevos tienes.

—Solo me presentaré de nuevo en el club y espero que él esté. —Bebió de la taza soplando antes. Elena calentaba el café a conciencia, de manera que había que esperar un rato para poder tomarlo sin acabar en urgencias por llevar la lengua con quemaduras de tercer grado. Y porque decía que, así, alargaba las charlas.

—Claro, esperando que esté. ¿Cuántas velas a todos los santos piensas poner para que pase eso?

—¿Crees que no lo encontraré?

—No digo eso, pero no sé. ¿No son un poco de ir de flor en flor en esos lugares? hablo desde mi total desconocimiento, la verdad.

Izar se apoyó en el respaldo de la silla y miró a su amiga intensamente.

—La gente que va a ese lugar es libre de jugar con otros. Van parejas que se mezclan con otras o simplemente buscan a un hombre o mujer que se una a ellos. Hay mucho respeto y es muy excitante. Me ha gustado, y como no tengo ninguna relación y soy completamente libre, quiero probar a adentrarme en ese mundo. Por lo que Darío me dio a entender, él suele frecuentarlo. Así que lo más probable es que lo encuentre.

—Pues ¡jole tu seta!, Izar. Yo no sé si sería capaz, pero me parece muy valiente la gente que lo hace, y estoy flipando que tú ahora te lances a ello también.

—He tenido un buen guía —se rió—. Voy a probarlo por un tiempo. Así que me tomaré una temporada de relax.

—De relax. O sea, que sigo poniendo por todas las redes sociales que sigues trabajando en tu próximo libro, sin dar ni una pistita, ¿no? —dijo mordisqueando la cucharilla con cara picara. Izar tenía algunas fans de las que exigían libro a diario, así como saber que hacía a cada momento. Elena daba la información a cuentagotas, lo que las hacía desesperar aún más, y lo disfrutaba.

—Exacto, aunque diga que me tomo un respiro, Elena, sigo centrada en el libro —y en un hombre moreno de ojos verde y trazos de miel. Solo pensar en él, y su cuerpo reaccionó, calentándose.

—Sé que estás centrada en el libro. Te conozco, y sé que cuando empiezas no paras hasta tenerlo perfecto. Lo que no tengo claro, es cuando vas a sentarte a empezarlo si ahora vas a dedicarte a irte a los clubs —dijo poniéndose muy seria.

—No tardaré en empezarlo, no te preocupes. Solo ampliaré conocimientos —ni ella misma se lo creía, lo que podía necesitar bien podría sacarlo de internet. En esos momentos solo deseaba volver a verlo. Aunque recopilara más información, a ella solo le interesaba saber de él.

Elena rompió a reír.

—Pero mira que eres boba. Ve y diviértete. El libro puede esperar un poco aún.

—¿Sabes que eres la mejor amiga que tengo?

—Si te oye Agnes, seguro que empieza a servirme las Coca-Colas con azúcar para que se me ponga un culo que no pueda ni sentarme a trabajar.

Izar volvió a reír. Agnes era una de sus mejores amigas.

En realidad, eran un pequeño, pero bien avenido, grupo de amigas. Las cuatro se habían conocido por casualidad hacia ya casi siete años, cuando ella empezaba en el mundo de la escritura. Nunca pensó que romperse un tacón y caerse de culo en plena calle podría tener ventajas.

Cuando Izar, al ir a cruzar la calle, metió el tacón en una rejilla de ventilación de un parquin y se le quedó enganchado. Trató de caminar, y el tacón se partió, así que, para evitar caer se agarró a Elena, cayendo ambas al suelo. Los restos de su zapato salieron volando y fueron a golpear a una chica que hablaba por el teléfono acaloradamente. Esa chica había resultado ser Agnes, que, al verlas despatarradas en el suelo, estalló en carcajadas antes de tratar de ayudarlas, pero con aquella risa floja no pudo hacer mucho, hasta que otra mujer, vestida con el pantalón de pijama verde y los zuecos de goma típicos de los médicos, se apiadó de las tres, que estaban muertas de risa en el suelo mientras el resto de la gente pasaba a su lado como si estuvieran locas. Y muy desencaminados no iban.

La mujer del pijama verde era Laura, una veterinaria que las atendió en su clínica, que estaba a pocos metros y desde donde las había visto estrellarse a las dos y la agresión del zapato de Izar a Agnes. Afortunadamente, Izar no se había llegado a hacer nada en el tobillo y no había herido a Agnes. El culo de Elena también estaba intacto y, para celebrar su suerte, se fueron las cuatro juntas a tomar una cerveza. Desde entonces, los viernes de chicas habían sido un autentico ritual y el día más esperado de la semana.

Agnes trabajaba en un bar donde, a partir de los jueves, tocaban grupos en directo. Solían ir a verla cuando trabaja para hacerle un poco más llevadero el turno, celebrando allí el día de chicas o simplemente yendo a hablar con ella. Era la que mejor sabía escuchar. Siempre te obsequiaba con su sonrisa y buen humor, si no le tocabas los ovarios, como decía ella.

—Agnes sabe que la adoro, últimamente trabaja demasiado.

—Últimamente, todas trabajamos demasiado, y cuando digo últimamente, me refiero al último año.

—¿Me estás pidiendo noche de chicas?

—Dime que sí... el viernes, quiero fiesta.

—Hecho. Viernes, noche de chicas a lo loco.

Elena dio un par de saltitos y grititos de alegría cuando se levantó a recoger las tazas y dejarlas en el lavavajillas.

—Llamaré a Laura también, seguro que se apunta.

—Esa no se pierde una, seguro que, si tiene faena en la consulta, les pone a todos esos animalitos un sedante —bromeó.

—Mejor a ellos que a nosotras.

—Tienes razón —se rió— pero nos divierte con sus salidas.

—Sí. En serio, deberías plantearte lo de hacer un personaje como ella. Igual se llevaba el premio al personaje bocazas —sugirió Elena.

—Es bruta pero sincera. Puede que lo haga, tengo muchas de sus famosas frases apuntadas.

—¡Por los dioses! —Usó su exclamación de siempre —¿Tienes las frases de Laura apuntadas?

—¿No te lo dije? Vaya, qué despiste el mío...

—En serio, esa libreta tuya, vale millones. Y volviendo a lo serio... ¿Cuándo vas a ir al Eros otra vez?

—Esta noche.

—¡Esta noche! Bueno, al menos la depilación te dura...

—Oh, sí —sonrió lobuna—. Pienso aprovecharla muy bien.

Izar y Elena salieron hacia el verdadero despacho de Elena riéndose.

—Quiero ir a comprar algunas cosas para esta noche. ¿Tú que vas hacer? —preguntó Izar.

—Teclear como una posesa. Mi jefa me tiene esclavizada. Hay que hablar con la editorial de tu segundo libro para una nueva reedición y hay un par de cadenas de radio que quieren entrevistarte. Y... tengo que llamar a la imprenta para que me traigan los marcapáginas de regalo para la firma de libros que tienes el jueves.

—Elena, relájate, ¿quieres? Necesitas una salida de chicas con urgencia —besó su mejilla.

—Pues por eso el viernes va a ser una gran noche. Llamaré a Laura lo primero —le devolvió el beso y le sonrió antes de sentarse al teclado del ordenador —¿Te he dicho ya que te quiero?

—Hoy todavía no lo habías hecho. Te dejo trabajar. ¿Quedamos el viernes en el bar de Agnes?

—A las ocho, no llegues tarde.

—Allí estaré.

Se despidió de ella lanzándole un beso y salió del piso. Ese día tenía cosas que hacer y una de ellas era comprarse ropa interior muy sexy.

Capítulo 4

Darío estaba apoyado en la barra del Eros, bebiendo un sorbo del ron con Naranja que Ángela acababa de servirle, con aire distraído.

Era lunes, y a pesar de lo que pudiera parecer, el local no estaba vacío. Claro que no era como el sábado, que era el día fuerte, cuando se celebraban las fiestas y cuando más novatos llegaban, pero había suficiente gente como para divertirse. Cuando pensó en el sábado y en los novatos que llegaban, se acordó de ella otra vez. No le había dado su número, ni le había ofrecido la opción de volver a verse allí, porque él nunca hacía eso. Aunque pensándolo bien, puede que no hiciera falta, pues la mayoría de los novatos no repetían, bien porque se escandalizaban, bien porque aquel mundo no era lo que buscaban, como también estaban los que entraban solo a mirar y desaparecían.

Pero algo le decía que tal vez ella fuera diferente. El brillo en sus ojos mirando a su alrededor con avidez, como queriendo empaparse de todo y dejarlo grabado en su mente, le había hecho guardar una pequeña esperanza sobre que volviera alguna vez.

—Esa forma de mirar la copa solo significa una cosa. ¿Quién es ella?

Borja, haciendo una señal a Ángela, se sentó despreocupado junto a su amigo. Llevaba varias semanas fuera por negocios de su empresa y echaba de menos el club. Era dueño de la mayor empresa de exportación e importación de material quirúrgico y farmacéutico para veterinarios de España. A causa de ello, pasaba mucho tiempo en el extranjero vendiendo su producto o bien asistiendo a conferencias.

—Se llama Naranjita, y es burbujeante —se giró sonriendo para saludar a su amigo—. Me alegra ver que estás de vuelta.

—Y yo, de estarlo. Darío, no me engañas. Tienes ese brillo en la mirada.

—Aún no estoy borracho, no sé de qué brillo estás hablando. —Miró al frente fingiendo que miraba algo interesante, pero sin mirar realmente.

—Está bien, no insisto. ¿Qué tal el club en mi ausencia? Habrás ligado más.

—El club está como siempre. Y he ligado lo de siempre, sabes que lo mío son las parejas.

—Lo sé. —Bebió un sorbo pequeño de su whisky—. Yo no tengo tantas reglas como tú, solo disfruto del juego.

—Tú solo tienes una que cumples a rajatabla: Placer.

Borja sonrió pícaro.

—Adoro el placer que un cuerpo suave y tierno con sus curvas bien moldeadas puede darte. Ya me entiendes, para tocar un buen instrumento y hacerlo sonar hay que saber pulsar en el lugar indicado.

—Estás hecho un poeta, viejo.

—Mira quién habla.

—Yo soy la voz de la experiencia.

Borja puso los ojos en blanco. Como era su costumbre, paseó la mirada por el club viendo a la misma gente de siempre. Pero al mirar hacia la entrada, silbó cuando vio a una rubia a la que no había visto antes. Llevaba un vestido color champán que dibujaba a la perfección su figura, la melena rubia caía en cascadas doradas por su espalda y varios mechones cubrían unos senos firmes. Era una belleza.

—Exquisita.

Izar se había detenido frente a la cortina de la entrada al ver a Darío sentado en la barra junto con un hombre increíblemente sexy. Juraría que era de alto como Darío, era moreno y vestía con unos jeans negros y camisa negra, de la que llevaba desabrochados los dos primeros botones. Su mirada era profunda e intensa, parecía un hombre enigmático, de esos que con una sola mirada podían ver a través de uno. Un escalofrío recorrió su espina dorsal al verse atrapada en aquella intensa mirada.

—La cervatilla ha vuelto...

Borja apartó la mirada de ella para centrarse en su amigo.

—¿Cervatilla? —alzó ambas cejas. Darío no solía ponerles motes a las mujeres.

—Vino el sábado por primera vez. Estaba entre asustada y sorprendida. Parecía Bambi a punto de ser devorado por los lobos.

—Y tú fuiste el lobo. ¡Joder, sabía que era una mujer!

—Sí, yo la devoré, pero el resto no sé a qué mierda te estás refiriendo.

Darío trataba de mostrarse indiferente ante la presencia de Izar, pero no le había quitado ojo desde que había entrado en el Eros, como tampoco se había perdido el modo en que lo buscó con la mirada para luego quedarse absorta en Borja, cosa que no tenía muy claro si le había molestado o no. Pero de lo que sí estaba seguro era de que estaba preciosa, sexy y él quería desnudarla y saborearla de nuevo.

—El que se dedica solo a parejas... rompiste tu regla principal —Borja desvió la mirada hacia la preciosa mujer que se acercaba a ellos balanceando las caderas.

—Mereció la pena.

—Te creo —recorrió el cuerpo de ella lentamente con la mirada. Ya lo creía que merecería la pena. Era una mujer preciosa, se movía felina creando como una especie de magia a su alrededor. Ella no era consciente de las miradas de los hombres que se giraban al verla pasar. Era puro placer.

Izar llegó hasta ellos y sonrió a Darío.

—Buenas noches, espero no interrumpir.

Darío apoyó la mano en la cadera de ella, y acarició despacio la curva de su trasero.

—No interrumpes nada. He de admitir que me sorprende verte de vuelta.

—¿Por qué? —el contacto de su mano envió descargas ardientes a su cuerpo haciendo que su corazón se acelerara.

—Muchos no repiten.

—Ellos se lo pierden.— se encogió de hombros. Un carraspeo hace desviar la mirada de Izar hacia el sexy y enigmático moreno que se sentaba junto a Darío.

—¿No me la presentas, Darío?

—Esperaba ahorrarle el mal trago de conocerte. Izar, este es Borja.

—Encantada.

Ella sonrió y se inclinó para darle dos besos. Borja la sujetó de la cintura y la atrajo hacia él besándola cerca de la comisura de sus labios.

—El placer es mío, preciosa.

—El placer, puede ser de todos —replica Darío. Verla entre los dos, inclinada hacia Borja le había hecho desear verla desnuda en la misma posición. Se acomodó bien en el taburete consiguiendo colocar su erección de forma más cómoda.

Izar se ruborizó hasta las orejas, aún no se acostumbraba a esa libertad.

—Si la dama quiere.

Darío miró el rubor de sus mejillas, y la curiosidad de sus ojos lo volvió a atrapar. Quería tenerla para él solo, pero también probarla, saber si ese lugar era para ella o no.

—Dime, Izar... Dado que has vuelto, cosa que he de admitir que me sorprende, ¿quieres ir un poco más allá en tu inmersión en Eros? Borja, tú y yo. No tiene por qué verlo nadie si no quieres.

En ese momento, Izar, se los quedó mirando a ambos. Su corazón se detuvo en cuanto Darío le hizo la pregunta. Se frotó los brazos en un gesto protector, tratando de infundirse seguridad.

Iba a dar un paso a lo desconocido, pero a algo que había despertado una gran curiosidad en ella desde el momento en que empezó a hacer la investigación para el libro. Vale que no era una mojigata, pero estar con dos hombres a la vez le infundía respeto. Intuía lo que ocurriría si decidía ir con ambos, y aunque tiempo atrás había perdido la virginidad en cada centímetro de su cuerpo, hacía ya mucho de aquello. Pero era uno de sus deseos más oscuros, uno que no se había atrevido a confesarse a sí misma hasta que empezó con sus averiguaciones y Darío le brindaba la oportunidad de realizarlo.

—Sí... —contestó casi inmediatamente. Dios no se podía creer que su fantasía se hiciera realidad. ¡Un trío, iba hacer un trío!

Darío no esperó a nada más. La cogió de la mano, y enredó sus dedos con los de ella. Como ocurrió la primera vez que la tocaba, su cuerpo reaccionó hambriento de ella, guiándola hacia el mismo pasillo en el que habían estado solo un par de noches atrás. Con una inclinación de cabeza, le indicó a Borja que los siguiera. No sería la primera vez que compartieran a una mujer. Incluso había sido a más de una a la vez, pero en esta ocasión, Darío sentía que era diferente, pero no sabía, o más

bien, no quería saber el porqué.

Izar se sintió nerviosa, era su primera vez y no sabía cómo actuar. Se dejó guiar por Darío. Mantener el contacto de su mano entrelazada a la suya, la tranquilizaba un poco, pero no así la manera tan intensa con la que la miraba Borja. Lo hacía devorándola, recorriendo su cuerpo como si lo acariciara. Y en realidad, lo que Borja deseaba era justo eso, pero hacerlo tanto con las manos como con la boca. El cuerpo de aquella mujer estaba hecho para el placer de un hombre, aunque esa noche, sería para el de dos.

—¿Estás segura de esto, cervatilla? —preguntó Darío deteniéndose en la puerta del reservado—. Una vez que empecemos, no habrá vuelta atrás.

Izar, aunque estaba nerviosa y asustada, deseaba saber lo que era ser poseída por dos hombres. No entendía el por qué confiaba tanta en Darío, pero su mirada segura la tranquilizaba.

—Quiero hacerlo. De verdad.

—Perfecto. Borja, supongo que tendrás algo que decir, ¿no?

—Sí, una vez pasemos esa puerta obedeceréis ambos —Borja estaba atento a la reacción de ella. De sobra sabía que Darío estaba de acuerdo.

Izar se mordió el labio, inquieta, no entendía muy bien qué quería decir con obedecer e, inconscientemente, se acercó más a Darío, pero asintió con la cabeza.

Guiados por Borja, entraron al reservado. Tras colocar el cordón para que solo ellos supieran lo que iba a pasar allí, Borja la miró intensamente, estaba deseando verla desnuda, poseída y sometida por ambos. La simple idea lo excitaba sobremanera y ya notaba su erección luchando con la prisión de su ropa. Sintiendo la inseguridad de Izar, se acercó a ella y le frotó los brazos suavemente desde los hombros hasta el codo mientras le susurró con voz profunda:

—Tranquila, aquí solo sentirás placer, nada más.

Izar soltó poco a poco el aire que estaba reteniendo y notó cómo Borja acarició con dedos suaves su espalda, su cintura, sus caderas, para tranquilizarla. Se dejó hacer. Pero pronto notó que no eran solo las manos de Borja. Sintió más manos acariciándola. Le rozaban los pechos, las caderas, el vientre. Cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás, quedando apoyada sobre Darío. En el momento en que expuso el cuello, dos pares de labios empezaron a besarlo y a acariciarlo. Sus pezones se endurecieron, rozando contra el encaje de su sujetador nuevo de color lila. Gimió consciente de que no era una fantasía cuando los dientes de Darío la mordisquean en la base del cuello a la vez que la acariciaba suavemente el contorno de sus pechos.

Borja masajeaba y apretaba el perfecto trasero de ella, acercándola contra su erección. Cuanto más la acariciaban, más la relajaban y se fundía en el placer que le proporcionaban, olvidando dónde estaba, solo sintiendo. Borja era paciente y, hasta que no notó que ella se relajaba en sus brazos, no dio el paso siguiente.

—Darío, colócala en la cama a cuatro patas —ordenó Borja con voz profunda.

Darío sonrió, pero hizo lo que su amigo le pidió. Con cuidado, deslizó el vestido de Izar por el excitado cuerpo femenino, dejándolo caer a sus pies y desvelando un precioso, y escaso conjunto de

lencería que apenas tapaba las partes más excitantes de su perfecta anatomía. Cogiéndola por la cintura, la sentó en el colchón rojo. Darío contuvo el aliento al ver el contraste que Izar hacía en la cama. Era una Diosa.

—Ahora, ponte justo como ha dicho Borja. A cuatro patas —su voz salió ronca, cargada de deseo.

Izar obedeció y se colocó despacio a cuatro patas en el colchón, consciente de los dos pares de ojos clavados en ella. Estaba muy excitada y estar posicionada de aquel modo frente a esos sexys hombres la hizo sentirse femenina y vulnerable.

—Eres preciosa, Izar, y tienes un culo de infarto —Borja se acercó a ella y lo acarició, apretándolo y separando sus nalgas con delicadeza—. Deseo estar enterrado aquí dentro, pero antes debes de estar muy preparada para ambos. Solo queremos placer para ti.

La respiración de ella era cada vez más acelerada. Borja le dio un par de azotes, uno en cada nalga, haciendo que ella contuviese el aliento. Sin embargo, notó cómo se humedecía al instante y eso la sorprendió.

—Darío, juega con esos hermosos pechos, hazla jadear.

Darío subió al colchón y se tumbó debajo de ella.

Su cara estaba justo debajo de sus pechos, y podía ver cómo subían y bajaban por la respiración agitada de Izar. Con un dedo, acarició el borde del encaje, metiéndose por debajo, apartándolo hasta liberar el pecho más cercano a su boca. El pezón rosado e hinchado resultaba tentador y apetitoso. Lo atrapó entre sus labios, Izar gimió y se arqueó. La lengua de Darío empezó a torturarlo, lamiéndolo, acariciándolo, mordiéndolo. Entonces, desplazó la mano al otro seno, y empezó a masajearlo por encima del sujetador, pellizcando el pecho con el encaje por medio, haciendo las caricias más intensas.

Izar jadeaba con cada una de esas caricias sin apartar la mirada del hermoso rostro de Darío, mientras Borja deslizaba el tanga lila de encaje, despacio, por los muslos de ella, acompañándolo con besos y mordiscos sensuales que estremecieron a Izar. Era extrañamente excitante, el ser lamida por un hombre ante los ojos de otro que la acariciaba. ¿Ellos también se sentirían excitados de ver como el otro la tocaba?

—Mierda, Darío, esta empapada. Tiene un coño precioso —dijo con voz ronca.

—Ella es perfecta.

Ni siquiera había sido consciente de haberlo dicho hasta que vio la sonrisa de "ya lo sabía" de Borja. Pero era verdad. Lo era.

Borja se desnudó y dejó la ropa a un lado. Sujetando el culo de Izar, abriendo sus nalgas exponiéndola a él, se inclinó y empezó a lamerla desde su anillo hasta su sexo.

—Sabe jodidamente bien —la voz de Borja sonaba ronca y tensa por el deseo. Estaba duro y listo para entrar en ella, terriblemente excitado, sin embargo aún no lo haría, no todavía, aunque le costara un infierno contenerse, ella necesitaba más y por parte de él la tendría, deseaba ver cómo se dejaba llevar en sus brazos.

Izar se sentía en una nube, Darío no se detenía. Pellizcaba, chupaba y lamía sus pechos mientras que Borja la estaba llevando al séptimo cielo. Darío estiró la mano libre y acarició su clítoris, que estaba hinchado y deseoso de atenciones. Ella gritó por la sorpresa y el escalofrío de placer que la recorrió. Estaba a punto de correrse y en el momento en que lo notó, Borja se detuvo provocando un gruñido por parte de ella que hizo sonreír a ambos hombres. No iba a dejar que se corriera.

—Vamos a colocarla boca arriba. Quiero verla atada por las muñecas y expuesta a nosotros —se inclinó sobre ella dejando su peso en su espalda.

—No vas a correrte hasta que yo te lo diga, nena.

Ella jadeó cuando sintió dos azotes más en cada nalga. Aquellos hombres sabían lo que se hacían y ella estaba deseando dejarse ir entre sus manos. La tenían al límite.

Darío salió de debajo de ella, la ayudó a ponerse boca arriba y le quitó el sujetador, mirándola a los ojos. No veía miedo o reparo en ella, solo deseo. Estaba embriagada de placer y el rubor de sus mejillas la hacía aún más bella. Que no se asustara de lo que podía pasar a continuación ni se avergonzara de mostrarse como lo estaba haciendo ante dos desconocidos en aquellas circunstancias, le decían que podría ser lo que él quiso tener en su día. Lástima que no fuera el de entonces.

Sujetó sus muñecas con unas esposas de cuero muy parecidas a unas muñequeras que estaban escondidas en la base del colchón. Una vez que la sujetó, se desnudó. Su erección le dolía dentro de los pantalones, aunque liberarla no lo calmaba. Solo hundirse en ella lo ayudaría.

Borja colocó una almohada debajo de las caderas de Izar para elevarla y dejar expuesto su sexo húmedo.

—¿Qué quieres hacer con ella Darío? ¿Comérselo o que te la coma?

—Hoy quiero que me coma. Está a punto de explotarme por su culpa.

Borja sonrió.

El enjambre de abejas que tenía en su estómago se estaba dando un festín con ella. Era la primera vez que estaba con dos hombres y la primera en que la sujetaban a una cama. En ese momento tuvo miedo, se sentía expuesta y sometida a ellos. Podrían hacer lo que quisieran con ella sin que pudiera impedirselo. Pero solo le bastó mirar a Darío y todos sus miedos se desvanecieron. El brillo de deseo y algo que no pudo saber que era en sus ojos la tranquilizaron. Era un desconocido, pero la conexión que sintió con él desde el principio la hacían confiar en él de una manera infantil. Así que respiró profundamente y decidió dejarse llevar por la increíble sensación que estaba experimentando. Quizás fuera esa su única oportunidad de hacer la fantasía realidad.

—Es muy receptiva. Recuerda, preciosa —le dijo acariciando sus pies lentamente—, no te corras hasta que yo te lo diga.

Izar susurró un “joder” mientras dejaba caer la cabeza contra la almohada. Borja se colocó entre sus piernas subiendo por ellas con sus lentas caricias. Con suavidad abrió los labios de su sexo y empezó a recorrerlos con su lengua. Lamió concienzudamente todo su sexo, pasando muy cerca de su clítoris, pero sin acariciarlo.

Darío subió al colchón, y se colocó a horcajadas por encima de su pecho, pero sin apoyarse en

ella. Le puso una almohada en el cuello para que no lo forzase y con una mano cogió su erección y la llevó hasta sus labios, rozándola con ellos.

—Abre la boca, Izar.

Ella obedeció y la abrió, sintiendo cómo Darío se introducía en su interior, despacio. Izar jadeó y jugó con la lengua, arremolinándola alrededor de su miembro mientras le da cabida en su garganta. Era grande y grueso. Y lo quería saborear a fondo.

—Joder —gimió Darío.

Se apoyó en la pared con ambas manos para no caer mientras, haciendo un esfuerzo para no mover las caderas, la dejó hacer. Izar lamió su verga como si fuera un helado, movió la cabeza para absorberlo hasta el fondo de la garganta, gimiendo a la vez que Borja jugaba, lamiendo su sexo de arriba abajo. Ese hombre era arrollador, y si seguía así, no podría aguantar sin correrse. La sensación era brutal. Mientras un hombre la saboreaba a ella, ella le hacía lo mismo a otro. Solo de pensarlo se estremecía de placer. El morbo de aquella escena, al imaginar cómo se veía, era increíble.

—No pares, nena... Esa boca tuya es puro pecado —gruñó Darío.

Izar elevó la mirada para encontrarse con la de Darío y la extraña conexión la abrazó. Ella siguió jugando con su lengua. Pequeñas perlas de sudor cubrieron su cuerpo. Cada vez que su orgasmo se acercaba, Borja se detenía, soplabla su sexo y se centraba en su ano. Necesitaba correrse, su cuerpo empezaba a doler por la necesidad de hacerlo, pero Borja no la dejaba llegar a su liberación. Sin embargo, su lengua y sus labios fueron los culpables de que Darío apretase la mandíbula.

—Me voy a correr, nena. No puedo más.

—Hazlo Darío, yo me encargaré de ella —la profunda voz de Borja sonó en la habitación

Izar lo acogió entero en su garganta, gimiendo cuando volvió a notar a Borja lamiéndola entera y, al engullirlo, Darío se dejó ir, jadeando de placer. Sin dejar de mirarlo a los ojos, Izar se tragó toda su liberación. Borja se separó de ella, no sin antes darle ligeros golpes con la lengua en su clítoris, y se enfundó un condón. Con un dildo en su mano y, en la otra, un tubo de lubricante, se plantó delante de ella y extendió la crema por el anillo de su ano. Delicadamente, la prepara para la penetración.

Darío la besó, saboreándose en ella, sujetando su rostro entre las manos. Adoraba verla con la mirada nublada de deseo. Sus ojos se oscurecieron haciéndola más deseable.

—Vas a ser nuestra, y vamos a hacerte gozar de un modo que te hará perderte y solo yo podré traerte de vuelta.

La mirada de ella era puro deseo, nunca había estado tan caliente y lista en su vida. Borja le pasó el dildo a Darío y se colocó entre las piernas de Izar. Se untó los dedos de lubricante y los introdujo en su ano. Lo acarició y preparó para darle cabida, introduciendo lentamente los dedos lubricados en su anillo para ir ensanchándola. Paciente, pero eficaz, la fue dilatando hasta que estuvo lista para él.

—¿Preparada, preciosa? —acarició su sexo húmedo mientras Izar asentía. Borja coloca la punta de su miembro en la entrada de su ano—. Venga Darío vamos a llevarla al cielo.

Darío se colocó de rodillas junto a ella e introdujo el dildo entre los húmedos pliegues de su vagina. Para relajarla aún más, o más bien excitarla, lamió sus pechos con avidez, creando de nuevo escalofríos de placer en ella.

Izar se arqueó buscando los labios de Darío y notando cómo Borja entraba despacio en su interior, ensanchándola hasta albergarlo en toda su longitud, dentro de ella. Se sentía llena e increíblemente caliente. El pellizco de placer y dolor la abrumaban. Darío lamía y mordía sus pezones haciendo que los jadeos de ella se incrementaran. Borja gruñó cuando logró entrar completamente en ella. Se movían al compás, entrando los dos en ella a la vez, chocando en su interior. El placer la inundaba, la cegaba. No sabía dónde estaba, ni el tiempo que llevaban excitándola, ni quién la tocaba. No recordaba ni cuál era su nombre. Solo sabía que todo su cuerpo se rompía en mil pedazos y volvía a recomponerse con cada caricia de aquellos dos hombres. Y entonces Borja golpeó, preciso y seco, sus nalgas.

—¡Ahora, Izar! ¡Córrete!

Y lo hizo. El orgasmo la arrolló duro, haciéndola gritar y retorcerse de los fuertes espasmos. Borja gruñó al correrse con ella sujetándola fuerte de las caderas.

Darío se retiró, dejando el dildo dentro de ella para mirarla. Verla retorcerse de placer, atada a la cama, era un verdadero espectáculo. La besó y acarició, murmurando su nombre contra los labios.

—Izar, mi dulce cervatilla.

Ella le sonrió saciada y todavía envuelta en la bruma del placer. Borja salió de ella y le retiró el dildo, dejándolo en la caja para su higiene. Se deshizo del preservativo y volvió junto a ella. Acarició su rostro, besándola dulcemente en los labios.

—Gracias, preciosa, ha sido increíble. —Soltó sus muñecas de las ataduras, liberándola.

—Sí que lo ha sido. ¿Estás bien? —le preguntó Darío a Izar

—Sí, estoy muy bien —demasiado bien para su salud.

—Podemos descansar un poco antes de seguir. ¿Te apetece una copa? —Propone Darío. No quería dejarla ir tan pronto.

—Sí, tengo la garganta seca. —Se incorporó en la cama, empapándose de la increíble imagen de esos dos hombres desnudos. Eran como modelos de portada, y en esa ocasión los tenía exclusivamente para ella, y, tras lo que acababa de suceder, sabía que iba a ser una noche intensa y digna de recordar. Las sonrisas lobunas y miradas ardientes que ambos le lanzaron le confirmaban que esa velada iba a ver, sentir y disfrutar del paraíso.

Capítulo 5

El viernes por la noche, tal y como le había prometido a Elena, volvió a ser noche de chicas.

Repasando por última vez su vestimenta, que consistía en un suéter ajustado blanco de cuello redondo con unos jeans de pitillo, junto a unas camperas marrones con bolso a juego, salió de su casa directa al bar donde trabaja Agnes, que esa noche la tenía libre, o al menos unas horas, para poder estar con ellas. Manuel, el jefe, la consentía bastante en el tema de horarios, pues era su mejor empleada y la que, normalmente, más horas pasaba allí, incluso más que él.

Izar entró en el bar y fue directa a la mesa junto al escenario donde todas sus amigas, Elena, Laura y Agnes, la estaban esperando.

—Hola, chicas. —dejó el bolso en la silla y se sentó.

—Ya iba siendo hora, monina. Un poco más y entro en la menopausia esperándote —dijo la pelirroja de melena alborotada que estaba mordisqueando un palito de pan salado.

Izar alzó una ceja ante el comentario de Laura. Su lengua era como un látigo sin control.

—Avísame cuando estés menopáusica para esconderme bien lejos de ti. Cualquiera te aguanta—. Izar cogió un palito salado también mirando a Laura divertida.

Era lo bueno del Rabbit Hole: Bebida, buen ambiente, comida y música en directo. Era un lugar único y perfecto para disfrutar de un rato divertido, despellejando hombres y criticando brujas. Y así pensaba mucha gente, pues los días de música en directo, siempre estaba lleno y costaba encontrar sitio. Agnes les comentó que habían empezado a aceptar reservas de las mesas grandes para las cenas esos días. El negocio iba bien, por lo que su jefe estaba pensando en ampliar los días o bien contratar a un grupo con más tirón.

Agnes, la morena de pelo corto que estaba sentada junto a Izar, rompió a reír.

—Izar tiene razón, Laura, ese día correremos todas.

—Sois unas exageradas de mierda. ¡Pero si soy un puto encanto! —contestó con una floritura de la mano y aleteando sus pestañas.

—Encanto dice... dime cielo ¿Cuánto te duró tu última conquista? —preguntó Izar.

—Habría que mirar en la hemeroteca. Creo que no habían inventado aún internet.

—Exagerada —intervino Agnes.

—Si es que el último novio en serio fue el gilipollas de Javi, y ya hace cuatro años que lo dejamos.

—Has tenido más líos, ¿verdad? —Izar alzó sus cejas, interrogante.

—Alguno... Y luego están mi vecino y mi maravilloso Terminator.

—¿Quién cojones es Terminator? —Agnes se inclinó hacia Laura.

—Mi consolador —dijo con total naturalidad, dándole un trago a su Martini.

Izar, que en ese momento estaba bebiendo, por poco no se atragantó tosiendo.

—¡Serás burra!

Las demás estallaron en carcajadas.

—Te lo repito, Izar, si usas a Laura en alguna de tus historias, será un gran libro —dijo Elena, muerta de risa.

—¿Vas a escribir un nuevo libro? —preguntó Laura, curiosa, apoyándose sobre la mesa.

—Sí, sobre clubs de intercambio, y me ha gustado el nombre de tu dildo, nena.

—¿Que vas a escribir sobre qué? Explícame eso... Y si quieres usar a Terminator, por mi vale, pero no te lo presto.

Agnes y Laura, que no sabían nada del proyecto de Izar la miraron con curiosidad acomodándose en sus sillas de cuero y madera.

—¡Joder, ni yo te lo pido! —Se carcajearon de nuevo—. El tema principal irá de eso y de una pareja que se conoce en uno de esos clubs.

—Vaya, te tienes que estar dejando los ojos en el ordenador mirando clubs. Menos mal que hoy en día por internet puedes encontrar de todo y la gente puede llegar a contarte su experiencia sin tanta vergüenza.

Elena carraspeó y se le escapó una risilla tonta.

—Elena... ¿Qué es lo que no nos está contando esta perra? —preguntó Agnes.

—Pues que la documentación no es virtual...

—¡No me jodas! ¿Has ido? —Agnes alucinó, mirándola.

—Sí, he ido. Necesitaba verlo con mis propios ojos —sonrió Izar.

—¡Joder! Y has follado, ¿no?

—¡Laura! —dijeron al unísono Elena y Agnes.

—Sí, Laura lo he hecho, pero baja la voz porque no quiero que se entere todo el maldito local.

—Vale, yo bajo la voz, pero tú me lo cuentas con pelos y señales.

Elena se rió al ver que, realmente, Laura había gritado lo suficiente para que se la escuchara por encima de la música, y, las dos parejas sentadas en la mesa de al lado se volvieron a mirarlas con curiosidad.

—Debería de llevarte conmigo. —Bebió del vaso mientras la mira, sabía que se moría de ganas de saberlo todo.

—Muy graciosa, Izar, pero mi culo pecoso no lo pienso ir enseñando por ahí —contestó Laura

señalando sus posaderas.

—Si vieras al pedazo de tío que yo vi, seguro que serías la primera en despelotarte y ponerte en pompa.

Laura la miró con escepticismo.

—Esa clase de tíos, no existen. Solo en tus libros.

—Os digo que sí, he estado con dos y ambos de metro noventa y cuerpo de infarto, además de grandes, grandes. Ya me entendéis— les indicó con las manos.

Agnes sonrió a su amiga. Ella ya sabía lo que era estar con un tío así, vamos si lo sabía, tanto como que había estado casada con uno y no se lo deseaba a nadie, aunque para pasar un rato eran perfectos. Una se recreaba en recorrer su cuerpo y disfrutar de la experiencia porque, al fin y al cabo, “esos” tíos solo rompían corazones.

—¡Dos! ¡Hija de la gran... fruta!

Laura volvió a levantar la voz, y esta vez fueron varias mesas las que se giraron a mirarlas, hasta el bajista del grupo les sonrió desde el escenario. Izar cubrió su rostro entre las manos meneando la cabeza. Iba a matarla, lo sabía, un día de estos la mataría y sabría que se siente al matar a alguien, y eso la inspiraría para escribir thrillers. Sí, eso es lo que haría.

Agnes sujetó a Laura.

—¿Quieres hacer el favor de callarte? Te están mirando todos y yo trabajo aquí, joder.

—¿Pero es que tú la has oído? —Dijo ya con la voz más baja—. Con dos tiarrones.

—La he oído, sí. Pero solo fue una noche, ¿no? —preguntó Agnes.

—Con los dos, sí, solo una vez.

—¿Y ya está? ¡Cuenta por dios! Que yo me tengo que conformar con uno a pilas.

Ante la insistencia de Laura, y la mirada sorprendida de Agnes, Izar comenzó a hablar. Les contó como había ido la primera vez, cuando conoció a Darío, lo que despertó calores entre las chicas y comentarios que escandalizarían a sus madres. No contó cómo se sintió al ser poseída por él, cuando la tocaba, pero sí que Darío la había impresionado en más de un aspecto.

Después, contó la noche en que volvió, tanto atraída por él como por el club, y en la que cumplió una de sus más oscuras fantasías. Dos hombres poseyéndola, de mil maneras diferentes. Ella se había sentido excitada, deseada, y satisfecha. Su cara debía ser un poema al contarle, pues las chicas la miraban alucinadas, pero también se abanicaron o dieron largos tragos a las bebidas.

Le preguntaron de todo, sobre el local y sobre todo, preguntaron mil detalles sobre los hombres. Lo hacían entre curiosas y sorprendidas de lo que había hecho Izar.

—Entonces, Izar... ¿lo volviste a ver? —preguntó Elena.

—Sí, lo he vuelto a ver. No sé qué me ocurre cuando estoy con él.

—Espera, espera —dijo Laura que aun estaba flipando. Izar era la sensata de las cuatro. La loca e insensata era ella, aquello no era típico de su amiga— ¿Quién de los dos es él?

—¿En qué lugar se enamoró de ti? —canturreó Elena.

Agnes golpeó a Elena aguantando la risa. Izar miró a la loca de su amiga.

—Solo sé que se llama Darío.

—Tiene nombre de culebrón.

—¡Joder! Tú y los nombres.

—Odio el mío, así que busco uno mejor, es manía. Solo sabes su nombre, y te lo has tirado un par de veces. Yo veo futuro en lo vuestro. Sip, mucho —contestó Laura con su sarcasmo habitual.

Izar sopló.

—Estoy siendo idiota, ¿no?

—No, cariño —Laura la cogió de la mano —es solo que no quiero que te hagan daño, sabes que te adoro, como a este par de pavas. Sois mi mejor parte.

—Todavía no entiendo qué me ocurre cuando estoy con él.

—Solo ten cuidado, Izar, los hombres guapos no son de fiar —le advirtió Agnes.

—Ni los feos —dijo Elena—. Pero Laura tiene razón. Te queremos, a pesar de que seas una jefa esclavista. Ve con cuidado, mientras te diviertes con él.

—Gracias chicas, ya sabéis la suerte que tengo en mis "relaciones". Iré con cuidado. —Golpeó por debajo de la mesa a Elena— ¡Y no soy esclavista!

Las cuatro rompieron a reír. Ninguna había tenido mucha suerte en sus relaciones, pero eso se hacía más llevadero cuando se apoyaban entre ellas.

—Venga, un brindis por el chichi de Izar.

—Eres bruta de cojones, Laura —Izar alzó la copa para brindar con ellas.

—De ovarios, bruta de ovarios.

Pero las cuatro levantaron sus copas para brindar.

—Por el chichi de Izar, el mejor alimentado del grupo.

Izar, en el momento que el bajista del grupo las miró de nuevo sonriendo, las habría estrangulado, pero las quería muchísimo. Eran sus amigas, su familia y sus mejores y más críticas fans.

—De momento, chicas, de momento.

Darío estaba sentado en el salón de su casa con un vaso de whisky en una mano y la otra frotándose la barbilla, pensativo. ¿Qué demonios le había pasado? ¿Había bajado la guardia? Solo eso podía explicar su estado de ánimo, el vagar de sus pensamientos siempre a lo mismo: a aquellos ojos que lo hechizaban. A aquel cuerpo. A Izar.

El sabor de su cuerpo en su boca, la calidez de sus labios los notaba como un cosquilleo por todo el tiempo, rozando los suyos y torturándolo. Cuando cerraba los ojos, la veía retorcerse debajo de él, casi era capaz de oírla gemir, de sentir de nuevo cuando lo envolvía con su sexo, atrapándolo en su interior.

No podía eliminarla de su mente y aquello lo estaba volviendo loco. Un carraspeo lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Qué estabas diciendo?

Borja clavó la mirada profunda y fría en su amigo.

—Nada importante, supongo. Algo me dice que necesitas hablar.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque estás ausente y te has largado del club en cuanto has visto que ella no ha aparecido, cosa extremadamente rara en ti.

—No se dé qué hablas. —Dio un trago a la bebida. Sabía que, por mucho que tratara de negarlo, Borja no cejaría en su interrogatorio.

—¿No lo sabes? Yo creo que te tiene descolocado y eso te está sorprendiendo a tu edad, porque a estas alturas, no esperabas que una mujer sacudiera tu mundo.

—Si me estás llamando viejo, ya puedes irte a la mierda. En cuanto a lo otro, es verdad. No debí haberme acercado a ella.

—No te llamo viejo, joder tenemos la misma edad. Y aún así, lo hiciste. Te acercaste a ella.

—Sí, lo hice. Estaba allí, al otro lado de la barra, con los ojos tan abiertos y curiosos que parecía una niña que veía el mar por primera vez. Además, no paraba de levantarse a mear.

Borja rompió a reír.

—Eso es lo que más te llamó la atención de ella. No ese cuerpo de diosa.

—El cuerpo también. Tiene unas tetas deliciosas, y la boca es un pecado, pero fue su mirada la que me atrapó esa noche. Toda la noche, Borja. ¿Desde cuándo yo paso la noche con una sola mujer?

—Ni me acuerdo. Te gusta —lo afirmó, no lo preguntó.

—No —dijo rápidamente, pero tras unos segundos de silencio—. En realidad, sí.

Borja apoyó los codos sobre las rodillas, mirándolo intensamente.

—¿A qué le temes, Darío? Seguro que es la novedad del momento. Es muy bonita y receptiva.

Aprovecha todo lo que puedas, pero no cometas el mismo error que yo.

—No voy a repetir ni siquiera mis propios errores, Borja. Si es un capricho o no, no creo que vaya a comprobarlo. No ha vuelto, tal vez es como Ana y esto es demasiado para ella.

—No lo creo después de lo que compartió con ambos.

—Fue su primera vez. Tal vez recapacitó al volver a su casa.

—Te repito que no lo creo, lo disfrutó y mucho. Si no te interesa, ya me encargaré yo de ella —lo provocó. Y consiguió la mirada amenazante de Darío que buscaba.

—Aparta las manos de ella, Borja.

Borja las levantó como signo de conciliación.

—Está bien, solo cuando tú me lo pidas —sonrió satisfecho. Su amigo lo negaba, pero se sentía terriblemente atraído por ella. Solo esperaba, por su bien, que no fuera demasiado lejos.

Aunque Darío no estaba satisfecho. Su reacción ante el ofrecimiento de Borja lo asustó y mucho. Esa necesidad de levantarse y estrellarle su puño cerrado en esa atractiva cara nunca la había tenido, hasta entonces. Él no quería una relación, no quería sentimientos en su vida otra vez. Ya se entregó a una mujer en cuerpo y alma y ella lo pisoteó todo sin importarle nada. No sabía si Izar era igual o no, pero no iba a averiguarlo. Podía desnudar su cuerpo, pero su corazón, estaba bajo toneladas de cemento por culpa de Ana. Después de cinco años, seguía pensando en ella a cada segundo y aún le dolía hacerlo. ¿Por qué iba a arriesgarse con otra mujer a sufrir lo mismo o incluso más? No. Izar no iba a ser nada para él, ni ahora ni nunca. Ni dentro ni fuera de la cama. Mantendría la distancia con ella como lo estaba haciendo.

Capítulo 6

Envuelta en una toalla negra que cubría su cuerpo solo hasta el culo, Izar se miró en el espejo de los vestuarios del club Eros, después de asearse un poco.

Ya hacía dos semanas que frecuentaba el club y le gustaba. No iba a engañarse, no solo le gustaba el club, le gustaba él y mucho. Sabía cómo acariciarla, tocarla, lamerla y besarla hasta hacerla gritar de placer, pero no era únicamente eso. Era su mirada cuando estaban juntos lo que la dejaba embriagada. No quería hacerse ilusiones, sin embargo ahí estaban cada vez que se acostaban juntos.

Daba igual que lo hicieran solos o con más gente. Incluso cuando la compartía con un hombre o una mujer, la cautivaba con una mirada intensa que la hacía sentir que, en realidad, no había nadie más con ellos. No sabía explicarlo, pero la unión que sentía con él, esa conexión que la anclaba a él como un puerto seguro, no la había sentido con nadie. Darío la hacía sentir emociones que había olvidado hace mucho y, aunque el miedo a ser de nuevo rechazada pesaba con fuerza sobre ella, tenía la esperanza de que la madurez en este caso jugara a su favor. Ella estaba en los treinta y ocho años y Darío ya había cumplido los cuarenta, no eran críos para dedicarse a juegos tontos que los hicieran perder el tiempo. Volvió a mirarse en el espejo sonriendo, apartando esos pensamientos de su cabeza. Esa noche solo quería disfrutar de él.

Salió de los aseos hacia los taburetes de la barra, donde la esperaba Darío. Se sentó a su lado y le dio un trago a su bebida.

—Te he pedido lo de siempre —le apartó un mechón de la cara, rozando deliberadamente su mejilla, y se lo sujetó, detrás de la oreja, caricia que calentó el corazón de Izar.

—Gracias, tenía la garganta seca.

—No me lo ha parecido hace un momento.

Ella se ruborizó, sonriendo.

—Por eso tengo sed, por tu culpa, moreno.

—Claro, solo es culpa mía. Te recuerdo que, la que estaba desatada, eras tú. Aún no sé cómo me he dejado engañar para que me pusieras las esposas.

Izar le mordió el cuello, juguetona.

—Te ha encantado, pedías más.

—Que me haya gustado no quiere decir que no me hayas engañado con esos ojos tuyos.

—¿Yo te he engañado? —lo miró, inocente.

—Y tratas de hacerlo otra vez, cervatilla. No eres tan dulce y cándida como pareces. En el fondo, eres una loba.

Ella se rió.

—¿Doy esa imagen? Reconozco que al principio sí estaba asustada.

—Es lo que me llevó hasta ti. Y yo nunca me acerco a mujeres solas, menos aún novatas.

Izar lo miró sorprendida. Aunque cada noche que estaban juntos hablaban, no solían profundizar en sí mismos. Seguía sin saber su apellido o profesión, si era soltero o divorciado, si era hijo único, si aún se hablaba con sus padres, si es que vivían, ni tan siquiera cuando era su cumpleaños o en qué zona de Barcelona vivía. Solo sabía que se llamaba Darío, que conducía un Audi, y tenía cuarenta años.

—¿Hablas en serio?

—Sí. Suelo ser el juguete de las parejas, o junto a Borja nos unimos a alguna mujer, grupo o pareja.

—Vaya —susurró.

—¿Te molesta que sea tan crudo al contarte con quién me acuesto? No quiero engañarte, Izar.

—No, solo me sorprende —y en el fondo, le daba esperanzas a ella.

—A mí, también. Debe ser la crisis de los cuarenta.

—No seas tonto, más de uno quisiera estar como tú.

—¿Y cómo estoy yo?—. Se acercó a ella, y la besó en el cuello, cerca de la oreja.

—Eres muy sexy, lo sabes. Cada vez que te desabrochas la camisa, mi mente se nubla y solo pienso en saborearte.

—Pronto me volverás a saborear...

—Me gustaría acompañarte de champán y unas fresas en el jacuzzi —le insinuó cerca de su oído. Su tono bajó, convirtiéndose en un susurro sensual que calentó la sangre de Darío.

—Preguntaré a Ángela si están libres y le pediré el champan. Las fresas aquí no serán posibles.

—Una pena, me gustaría saborearlas de tus labios. Podríamos quedar para hacerlo —preguntó como por casualidad, pero con la esperanza de que dijera que sí.

—Yo no quedo con nadie, Izar —dijo serio, mirándola fijamente. Debía dejar claras las distancias—. Ni aquí, ni fuera. Por eso no te he pedido tu número, ni te digo qué día voy a volver. No quiero complicarme con nadie, ni siquiera contigo.

—Entiendo, solo sexo, nada más —se sintió decepcionada, pero, a la vez, esperanzada. Si solo era sexo lo quería con ella, ¿por qué se dedicaba a ella toda la noche, todas las noches?

—Izar, he dicho que no quería ocultarte nada. No quiero malentendidos —pero la abrazaba, le acariciaba el pelo y el rostro, llenándoselos de dulces besos, de esos que no le das a nadie, a menos que te importe. Él tenía esa necesidad.

—Te lo agradezco, de verdad—. Rozó con la punta de los dedos sus labios y lo besó, muy suave, como el roce de una pluma.

—Aun así, quiero que sigas volviendo, que me busques. Yo también lo haré.

Izar le dedicó una sonrisa. Aquello era lo más parecido a una cita que podría tener con él. Se conformaría con eso.

—Claro que lo haré.

—Izar, todo lo que quiero hacer aquí, quiero hacerlo contigo.

—Y yo, por eso siempre te busco y rechazo a los demás.

—¿Quién más se te ha acercado? —dijo con un tono demasiado brusco. ¿Eran celos eso que sentía? La sangre le hervía solo de imaginarla con otro que no fuera él.

—No sé sus nombres, cada vez que voy a los aseos, me piden que me una a ellos.

—No vas a unirte a nadie sin mí, ¿me oyes?

—Ni tú tampoco —lo miró intensamente. Si él pedía exclusividad, bien podía ella exigir lo mismo. Era un trato justo ya que él no quería comprometerse a nada con ella fuera del club.

Darío la observó, y tensó la mandíbula. Aquello que tenía con Izar era lo más parecido a una relación desde hacía cinco años, pero que lo cogieran de las pelotas si no aceptaba lo que ella le ofrecía.

—Está bien. Solo contigo.

Ella le sonrió y lo besó dulcemente.

—Gracias.

Ángela se acercó y les puso delante una botella de champán y dos copas.

—Tenéis un jacuzzi para vosotros solos durante una hora. Disfrutadlo, pareja.

—Una hora puede dar para mucho...

—Ya lo creo. —Darío cogió la botella y las copas y le tendió el brazo a Izar para que se agarrara a él—. Y tal vez un día, puedas ver la planta de arriba.

—¿Qué hay en la planta de arriba?—. Sus ojos lo miraron curiosa.

—Las habitaciones VIP. Privadas.

Ella lo miró sorprendida. No sabía que el Eros ofreciera aquello, no lo ponía en la web que visitó antes de decidirse a ir.

—Supongo que serán para clientes exclusivos y de dinero.

—Sí, si eso es lo que piensas de mí.

Ella lo observó alucinando.

—¿Tienes una sala VIP?

—Sí. Para ocasiones especiales.

—Oh... eres un cliente exclusivo.

Si tenía una sala VIP, ¿por qué no se la había enseñado? Tal vez, a pesar de todo, no era tan especial ni importante para él, ya que solo jugaba con ella. Lo consentía, sí, pero le dejaba una sensación extraña.

—Vengo desde hace tiempo

—Se te nota. Yo en cambio acabo de descubrirlo todo.

—Pero algo me dice que te gusta más que la simple novedad.

—Sí, me gusta mucho. La libertad y el respeto que se respira aquí dentro no lo encuentras en la calle con tanta facilidad.

Y estar con él, ella solo deseaba eso, su contacto y cercanía.

Llegaron al jacuzzi y Darío dejó caer la toalla, mostrándose en todo su esplendor.

—Pues entra ahí y demuéstreme cómo te gusta.

Ella hizo lo mismo y entró al jacuzzi, con una sonrisa provocativa en el rostro.

—El agua está en su punto.

Darío se quedó de pie, mirándola con el agua burbujeante acariciándole las pantorrillas. Sin dejar de contemplar la preciosa imagen que ella representa sentada a sus pies en el agua, envuelta en burbujas y con sus llenos pechos asomando tentadores por encima del espumoso estanque, se sentó en el borde del jacuzzi, y separó las piernas, dejando ver claramente su erección.

—Mira que más está en su punto, cervatilla.

—Siempre está a punto —se rió.

Arrodillándose frente a él, cogió la botella de champán y la descorchó con un sonoro disparo del tapón de corcho, pero, antes de verter el líquido dorado en las copas, dejó caer un poco sobre el tonificado pecho de Darío para seguir el camino que fue trazando sobre él con la lengua. Se detuvo descarada en los pezones, rozándolos y pellizcándolos con los dientes, antes de seguir directa a su ombligo y bajar hasta el hueso de su cadera y mordisquearlo, haciendo que él se estremeciera. Dejó la botella a un lado y acarició sus fuertes y bien torneados muslos.

—Pero es por tu culpa. Me duelen los huevos cada vez que estás, cerca si no me meto dentro de ti.

—Eso, después. Ahora quiero saborearte con el champán.

Vertió un chorro largo sobre su gran erección y, a continuación, lo lamió despacio, de abajo arriba, degustando los restos del champán mezclados con su sabor. Rodeó el glande con la lengua antes de introducirlo en la oscura caverna de su boca, arrancándole un masculino y satisfactorio gemido.

—Sí, nena. Sí...

Ella volvió a verter más champán en su miembro, pero, esta vez, le lamió los testículos y fue

subiendo hasta volver a introducírsele entera en la boca. Jugó con la lengua, notando cómo él se iba tensando. Pícaramente, alzó la mirada mientras lo introducía en ella marcando un ritmo placentero al tiempo que sus miradas se encontraban.

Darío no dejaba de mirarla mientras ella lo excitaba hasta llevarlo al borde del abismo. Desde el principio, había pensado que su boca era puro pecado, y unida a aquellos ojos tan expresivos, cargados de lujuria y deseo, en esos momentos, lo enloquecían. Agarrándola por el pelo, la mantuvo firme mientras él elevaba sus caderas, una y otra vez, de manera rítmica, sin separar las miradas, ni siquiera cuando se corrió.

Ella bebió de él y siguió jugando con la lengua, provocándole nuevos espasmos. Cuando se separó lo suficiente para liberar la erección de su boca, sonrió, mientras alcanzaba el champán y dio un trago a la botella.

—Mmm. Eres delicioso.

—Y tú eres un peligro.

Se dejó caer en el agua del jacuzzi, y la abrazó. Solo hizo eso, abrazarla, acariciándole con cariño la espalda y el pelo.

—Simplemente quería saborearte. La próxima vez traeré las fresas en mi bolso —se rió.

Darío rió con ella. Algo le decía que sería muy capaz de hacerlo. Apoyándola contra la pared del jacuzzi, se colocó entre sus piernas.

—Pero las comeré de ti.

—Esa es la idea, moreno.

Con una sonrisa, empezó a besarla, acariciando su cuerpo, tocándolo y excitándolo. Solo con sus gemidos, y el ligero movimiento de las caderas femeninas, su miembro volvió a la vida, pidiendo entrar de nuevo en ella. Izar se abrazó a él rozándose contra su dura erección. Sujetándolo del pelo, lo besó con hambre, un beso que hizo que ambos gimieran y se encendieran como llamas.

Agarrándola del culo, Darío se introdujo dentro de ella y empezó a penetrarla con dureza, como a ambos les gustaba, y como a más de uno en la sala también, a juzgar por las miradas que recibían. A Darío no le importaba, siempre que tuvieran claro que ella era su cervatilla, y de nadie más. Solo él podía saborearla y darle placer, en ese instante ella era suya.

Izar le mordió el labio antes de dejar caer la cabeza hacia atrás, ofreciéndole sus pechos. Sus embestidas la impulsaban hacia arriba llegando a zonas que la hacían perder el juicio.

—Darío... —su voz salió en un gemido.

—Sí. Darío. No lo olvides.

El ritmo era cada vez más y más frenético y, por un segundo, la idea de que tal vez, le estuviera haciendo daño cruzó su mente a pesar de la neblina del deseo, pero sabía que ella no gemiría de aquella manera si le doliera. Él nunca le haría daño, la cuidaría y la protegería. Aquel pensamiento lo asustó y lo descolocó a partes iguales, pues no esperaba ni necesitaba sentir aquello, y no sabía de

dónde salían esas ideas. Sin embargo, el orgasmo las borró de un plumazo.

Izar se aferró a él, clavando las uñas en sus fuertes hombros, gritando su nombre. Su cuerpo tembloroso quedó acurrucado en el de él. Tuvo claro que ningún hombre la haría sentir como él, lo notaba en el fondo de su corazón y no sabía que sentir ni hacer al respecto.

—Tranquila, mi pequeña cervatilla —dijo abrazándola mientras las burbujas del jacuzzi les acarició la piel—. Tú también me haces temblar.

~Y™

Unos días después, Darío se miró por enésima vez en el espejo del dormitorio de su dúplex a medio reformar en el Passeig de Gracia, para comprobar que la camisa color burdeos estuviera bien metida por dentro de los pantalones de pinzas gris oscuro. Los zapatos de piel negros de Ferragamo hacían juego con el cinturón. Perfectamente peinado, y con la barba recortada, pero no afeitada.

Debía admitirlo sin ningún tipo de vanidad, era un hombre muy atractivo, asediado por las mujeres, incluso más ahora, que ya había cumplido los cuarenta que cuando era un jovencito de veinticinco, y por aquel entonces no le había ido nada mal. Pero como siempre le decían su madre y su hermana, mejoraba con los años como un buen vino. Solo le faltaba el toque de Armani Code y estaría listo para ir al Eros y encontrarse allí con Izar.

Izar.

Todo lo que hacía o pensaba lo llevaba a lo mismo. Izar.

Desde que la había visto al otro lado de la barra con aquellos ojos tan expresivos y curiosos, había caído en una trampa de la que había estado huyendo desde que Ana lo abandonara cinco años atrás. Aquello lo había destrozado de tal manera que no estaba seguro de haberlo llegado a superar, ¿y qué hacía él para comprobarlo? Tirarse de cabeza a una no-relación que lo estaba absorbiendo a una espiral que nunca antes había conocido. La noche en que la vio al otro lado de la barra del Eros, tan desvalida y asustada una voz dentro de él le había gritado que no se acercara, que se quedara quieto o bien que se uniera a cualquiera cerca de él. Pero también había habido otra que decía que se acercara, que no la dejara sola, que era suya. ¡Suya! Y cuando la probó, supo que no podría apartarla ni aunque quisiera.

Cada noche rezaba porque ella cruzara la puerta del Eros, así que, cuando dos días después de su primer encuentro la vio llegar tan hermosa, algo dentro de él se removió. Aquella noche la compartió con Borja, su mejor amigo desde hacía cinco años. Se conocían de antes, pero fue tras su divorcio que se unieron más. Ambos compartían el gusto por el swinger y encontraron una gran sintonía en el club. Fuera de él, habían forjado una sincera y sólida amistad.

Tras aquella segunda noche, en que ella apareció para quedarse tanto a su lado como en el club, todo había cambiado.

Noche tras noche, habían disfrutado el uno del cuerpo del otro. Solos o acompañados. Y día tras

día, él pensaba en ella. Su cuerpo olía a su perfume, y retrasaba cada mañana el momento de la ducha para no eliminarla de él. Por las noches, de vuelta al club, no respiraba tranquilo hasta que la veía entrar y la tenía de nuevo a su lado, dispuesta a todo, lista para entregarse a él de un modo que ninguna otra lo había hecho, y que él tampoco había querido, aunque con Izar sí. Daba igual cómo, tenía que tenerla a su lado.

Aun así, la voz sensata a la que había ignorado desde el principio, aquella que le dijo que corriera lejos de ella, conseguía mantener cierta cordura en sus actos. A pesar de su obsesión con Izar, se mantenía apartado fuera del Eros. Había logrado cierta distancia con ella dentro, siendo dos anónimos. No le había dado su número de teléfono, ni le había dicho su apellido, en qué trabajaba o dónde vivía. ¿Por qué? Porque, a pesar de todo, su corazón se defendía, pues no quería volver a sufrir lo que sufrió con Ana. Se había prometido no volver a enamorarse, dado que eso solo significaba dolor, traición y desprecio. Izar había mandado al traste todo aquello con solo una mirada de sus grandes ojos, sinceros, curiosos y asustados en la penumbra de un bar, y no sabía si era amor o algo más duradero, de lo que estaba seguro era de que no tenía intención de averiguarlo.

Tenía que sacarla de su vida, doliese lo que doliese.

~Y™

Ya había pasado un mes, un mes desde que, por primera vez, pisara el Club Eros. Desde ese día, no había dejado de ir, y lo hacía por él, por el hombre que le quitaba el aliento cada vez que se acercaba a ella. Solo con una mirada suya, se derretía, un roce de sus manos y era capaz de combustionar en el momento. Y si la besaba, el mundo dejaba de existir para verlo y sentirlo solo a él.

Desde que habían pactado aquel trato de exclusividad entre los dos, se veían a diario en el club, prácticamente desde que abría hasta que cerraba. No se cansaba de él, al contrario, anhelaba que llegara la noche para poder verlo. Aquello podía parecer una relación, pero no lo era. Solo era un pacto para poder disfrutar del sexo, o eso se decía cada día para no colgarse de un hombre que no estaba dispuesto a darle más, ni tan siquiera su nombre completo. Debería enfadarse o apartarse de él, pero no podía. Una relación tal vez fuera demasiado serio, y ella tampoco estaba segura de querer algo así, ni con él ni con nadie. Le habían hecho daño demasiadas veces, aunque no podía negar que una vocecita le susurraba que a lo mejor, esta vez sería diferente.

Desechó todos aquellos pensamientos que no la llevaban a ninguna parte en ese momento y sonrió para sus adentros. Esa noche tenía una sorpresa para él. Llevaba unas fresas en el bolso y le encargaría a Ángela una botella de champán para poder cumplir su fantasía del jacuzzi, como la imaginó desde el principio. Esperaba que aquello le gustara y, tal vez, la vocecita volvió al ataque, se aventurase a pedirle el teléfono para poder ir calentando el ambiente o hablar algo durante el día. A veces, le apetecía hacerlo, contarle lo que hacía, por qué pensaba tanto en él cuando no estaban juntos físicamente, que era como si la acompañara a todas partes. No la dejaba pensar con claridad y eso se notaba en que apenas había logrado escribir unas líneas a pesar de las miles de notas que tenía en su pequeña libreta. Parecía una adolescente, y aquello la hizo sonreír mientras salía del parquin

subterráneo que daba acceso directo al club. Respirando hondo, entró al Eros.

Tal y como esperaba, lo primero que vio fue a Darío, esperándola en la barra, pero, esta vez no estaba solo. Al parecer, él también tenía una sorpresa para ella, pues estaba con una pareja.

Hasta el momento, habían estado con Borja un par de veces, y debía admitir que aquel hombre hacía que los juegos con Darío subieran de nivel. El día que la penetraron los dos a la vez, en lugar de con un dildo, pensó que se desmayaría de placer. También la ocasión en que Malena, una amiga de ellos, se unió había sido una sorpresa, sobre todo para ella que nunca pensó que besaría a una mujer, mucho menos que se dejaría hacer por ella, ni que, una vez que la pasión la invadió por completo, ella lamería sus pechos o le practicaría sexo oral mientras Darío la tomaba y lo disfrutaba de aquella manera.

Pero nunca habían estado con una pareja, ya que no pensaba, que después de su trato, Darío dejara que otro hombre la tomara, aunque fuera delante de él. Pensaba que eso se salía de los límites de su pacto, pues había podido ver que muchas parejas lo que hacían era un verdadero intercambio, incluso se separaban a la hora de hacerlo y ella no estaba segura de querer eso. Al menos, no con Darío. En ocasiones, simplemente se habían quedado en la Zona mixta, mirando a las parejas o tríos que allí daban rienda suelta a su pasión. Unas veces, Darío la masturbaba a ella, otras, se lo hacía ella a él. Incluso en alguna ocasión, recordó Izar con una sonrisa, habían acabado desnudos en un sofá practicando un sesenta y nueve, del calentón que tenían al mirar a los demás.

Aún no sabía cómo, pero aquel mundo, que para ella era nuevo y al principio extraño, la había atrapado tanto como lo había hecho Darío, pues si no, no se explicaba cómo había sido capaz de hacer todo lo que había hecho ese mes, y además, dejar que la vieran haciéndolo.

Conforme se iba acercando a él, lo que la sorprendió fue la reacción de Darío al verla. No sonrió, sino, más bien, todo lo contrario. Su gesto se volvió serio, y dio un trago a su bebida sin dejar de mirarla a los ojos con aquella expresión extraña. Izar siguió avanzando hacia él, pero sin darse cuenta, lo hacía cada vez más despacio, como si esperase un gesto de él, una bienvenida que no llegaba.

Entonces, Darío besó a la mujer y le sonrió al marido. Los tres se levantaron de los taburetes y se dirigieron a la puerta que ella aún no había cruzado: la de las salas VIP, donde Darío le había dicho que tenía una habitación solo para él, donde tenía juguetes, una cama más cómoda, e incluso una bañera redonda y enorme en el baño de la suite.

Antes de entrar por la puerta, que se abría con llave, Darío se giró, y con el mismo gesto serio, la volvió a mirar fijamente, sin decir nada, durante solo unos segundos, pero que a Izar le parecieron una eternidad. Después, dio la vuelta y cerró la puerta, dejándola fuera de todo.

Izar se quedó totalmente paralizada al verlo marchar junto a la pareja. Sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas. Recordar como la había mirado sin ninguna pizca de emoción la hicieron tambalearse, y tuvo que sujetarse a la barra. No podía estar ocurriéndole lo mismo de nuevo. La estaba rechazando, como todas sus anteriores relaciones: una vez obtenían lo que deseaban de ella, la desechaban, y eso que esta era una no-relación, sin embargo esta vez el dolor era mucho mayor, tanto que sintió cómo le quemaba el pecho al romperse su corazón en mil pedazos por él.

Si solo hubiera sido sexo no dolería de aquella manera. Si solo hubiera sido sexo, no querría

entrar allí y abofetearlo. Si solo hubiera sido sexo, no se habría enamorado profundamente de él. Mierda. Cerró los ojos con fuerza al darse cuenta de que era cierto. Se había enamorado y de una manera que no esperaba que le volviera a pasar. Raúl había sido el hombre de su vida, con el que planeaba tener hijos, al único al que había amado y el que le enseñó lo que dolía amar. Por eso estaba segura de que no podría volver a hacerlo, pues su corazón estaba roto desde entonces. Y en cambio, allí estaba de nuevo aquel sentimiento, y, de nuevo, doloroso, tanto que su corazón había quedado hecho añicos de los que estaba segura no podría volver a recuperarse.

Izar salió del club temblando, intentando contener las lágrimas que amenazaban con derramarse. El nudo que tenía en la garganta estaba asfixiándola. Al llegar a su coche entró y apoyó las manos y la frente en el volante. Solo entonces rompió a llorar desconsoladamente. Ahora sabía lo que se sentía cuando te rompían el corazón. Ahora sabía lo que era estar muriéndose por dentro. El rechazo y la mirada de indiferencia de Darío le estaban desgarrando el alma.

No supo el tiempo que estuvo llorando, solo que, como una autómatas, arrancó el coche y se dirigió a su casa. Una vez allí, se acostó en la cama, volviendo a estallar en un llanto sin consuelo hasta que, el sueño y el agotamiento, se apoderaron de ella.

Capítulo 7

Elena miró el reloj por enésima vez, como si eso fuera a cambiar las cosas. Y las cosas eran que era casi medio día e Izar no se había pasado por el despacho, ni había llamado. Y con aquel, ya iban cuatro días sin saber nada de ella. Ni tan siquiera estaba conectada a WhatsApp, y su teléfono estaba apagado. Menos mal que era ella la que se encargaba de contestar los mensajes privados de facebook, los twitters y repasar el mail, o sus fans empezarían a apostar si había sido abducida o se había fugado a Las Vegas a casarse con algún cantante de moda en una boda oficiada por Elvis.

Cansada de esperarla, y ya seriamente preocupada, cogió el bolso, las llaves y salió de casa. Menos mal que tenía una copia de la llave de casa de Izar, del mismo modo que Izar la tenía de la suya desde hacía ya años. Aunque se habían conocido a través de su blog, el caso es que vivían a pocas calles en el barrio de la Barceloneta y ni tan siquiera se habían visto, pero eso tampoco era tan extraño ya que ella apenas sabía nada de sus vecinos, y eso que no eran más de seis pisos que compartían portal.

—¿Izar? —dijo, abriendo la puerta despacio tan solo unos minutos después— ¿Estás viva? Porque si estas muerta, dímelo. Sabes que lo de verte sin maquillar me acojona.

Izar no sabía ni en qué día se encontraba. Solo sabía que había estado llorando y que no le quedaban más lágrimas que derramar. El dolor de su corazón destrozado no cesaba y se sentía en un pozo sin fondo, cayendo y cayendo sin control, pero sin un lugar sobre el que caer y acabar con todo. Cuando escuchó la voz de Elena, gimió cubriéndose la cabeza con la sábana, ni se había molestado en ponerse un pijama y llevaba aún el vestido arrugado con el que había ido al Eros.

—¿Izar? —La voz de Elena sonó más cerca e Izar volvió a gemir—. Así que estás viva.

Elena había entrado al dormitorio, y estaba de pie junto a la cama con los brazos cruzados.

—Déjame, Elena. No quiero ver a nadie.

Elena se sentó en la cama, junto a su amiga.

—Pero yo no soy nadie, me tienes muy preocupada. Llevo desde el viernes sin saber nada de ti, y ya es jueves.

—Lo sé, créeme. Ahora mismo me gustaría dormir y que pase el tiempo.

Se incorporó en la cama con los ojos hinchados y enrojecidos, dejando caer la sabana y mostrando su peor cara.

—¡Por los dioses! ¿Qué te ha pasado? —dijo al ver su aspecto tan deplorable.

Izar sonrió sin ganas.

—Me rechazó —sollozó—, sin decirme nada. Actuó como si no me conociera, Elena. Darío simplemente, se cansó de mí...

—Hijo de... Ven aquí, cariño.

Elena la abrazó con fuerza. Sabía lo que había sufrido con Raúl, con todos los cabrones con los que había tropezado, y no quería volver a verla de aquel modo. Por alguna extraña razón, pensó que esta vez sería diferente dado el tipo de relación que mantenía con Darío. Izar rompió a llorar de nuevo sobre el hombro de su amiga.

—Duele, Elena, duele mucho.

—Lo sé, cariño, lo sé. Pero tú eres fuerte, y vales mucho. No dejes que un imbécil, por muy bueno que esté, te diga lo contrario. Yo estoy y estaré siempre aquí para ti, pero no te dejes caer. Y si te caes, levántate otra vez y demuéstrole lo que se ha perdido.

—No sé hasta qué punto. Creí que había blindado mi corazón, pero me volví a enamorar.

—Izar... ¿Del rompebragas?

Ella asintió.

—No entiendo cómo ha ocurrido.

—Si fueras capaz de averiguar por qué alguien se enamora de alguien, te forrarías.

Izar la golpeó, sonriendo.

—Me toca soportarlo de nuevo, ¿verdad?

—Me temo que sí, aunque ahora tienes a tres locas que no te van a dejar sola.

—Lo sé. Sé que os voy a tener ahí siempre que me haga falta, solo que esto necesitaba pasarlo yo sola —contestó limpiándose las lágrimas que mojaban sus mejillas.

—Me parece genial, pero llevaba casi una semana sin saber de ti. Ignóralas a ellas si quieres, no a mí. Eres como mi hermana mayor. Mucho más mayor. Casi anciana...

Izar la golpeó con la almohada, riendo. Elena tenía ese don con ella. Por muy malo que fuera el momento, sonreía, soltaba una tontería y su humor se recuperaba. Era como un bálsamo.

—Está bien, me levanto. Y creo que recuperar una rutina me irá bien, así que voy a empezar a escribir el libro.

Escribiría la historia y eso la ayudaría a evadirse del dolor que sentía en el pecho, porque sabía que necesitaría mucho tiempo para que las heridas de su corazón sanaran. Tal vez, verter en un papel sus sentimientos, la ayudaran a vaciarse de ellos.

—¿Vas a empezar el libro ahora? ¿Estás segura?

—Sí. Anhelar lo que nunca se puede tener ayuda con la inspiración.

—Pues justo eso, corta mi creatividad. Pero si vas a levantarte, dúchate mientras te preparo algo de comer, que si te pasas una semana más sin comer, estarás más buenorra que yo, y eso sí que no pienso consentirlo.

Izar le lanzó la almohada con buena puntería y consiguiendo una queja de Elena que se había dado

la vuelta para salir.

—Está bien. Voy a darme una ducha.

—Sí, porque apestas, monina —dijo haciendo el gesto de taparse la nariz con asco.

Y con una sonrisa, Elena salió del dormitorio camino de la cocina. Después de ver en qué estado estaba Izar, si llega a tener en ese momento delante al rompebragas, le hubiera arrancado los huevos de cuajo por hacer sufrir a Izar. Ella había sufrido un par de decepciones por amor, y viendo la experiencia en las cuatro en el campo, lo mejor era ver si encontraba una solicitud para convertirse en una vieja loca de los gatos. Mejor sola que otra vez con el corazón roto por culpa de un hombre. Ella solo pensaba casarse con uno: Sandro Lombardi, su amor platónico, un modelo italiano al que nunca conocería y que no podría hacerle daño y con el que fantaseaba en sus noches más calientes. Ese sería el único hombre que se permitiría si no quería acabar como estaba Izar esa mañana.

Izar se levantó haciendo caso a su amiga. Debía enfrentarse a su dolor, lo vencería aunque no pudiera olvidarlo. Lo tendría bien presente para no volver a cometer el mismo error, aunque ya se había jurado eso mismo tres veces antes, y a pesar de que pensaba que a la tercera sería la vencida, había vuelto a tropezar, pero no estaba dispuesta a volver a hacerlo. Esta vez se levantaría más fuerte y dura que nunca.

~Y™

Una semana después, Izar cumplió su palabra y empezó a escribir la historia que ya se creaba en su cabeza. Suspiró aliviada cuando le vino el periodo, ya que había cometido un error con Darío en el jacuzzi. Un error que no volvería a cometer jamás.

Después de levantarse de la cama, ducharse y comer algo con Elena, habían pasado la tarde y hasta bien entrada la noche hablando. Lo agradeció y mucho, pues poco a poco, durante ese día, había logrado almacenar fuerzas en su interior.

Al día siguiente, la noche de chicas se celebró en su casa y como le había dicho Elena, las tres estaban más que dispuestas a apoyarla hasta el final en todo. Laura incluso había propuesto un alocado plan sobre ir a secuestrarlo al Eros, llevarlo a su clínica veterinaria y que allí ella pudiera castrarlo tranquilamente. Todas rieron, pero, por un segundo, se le pasó por la cabeza que no sería tan mala idea hacerlo. Aunque ¿qué ganaría con eso? La venganza no le iba a devolver lo que había perdido que era su propio corazón, solo llevaba más dolor si no era bien entendida y entrarían en una espiral que solo haría que causarles sufrimientos innecesarios. Así que, tras desechar los planes de castración de la pelirroja, siguieron criticando a los hombres, hasta que, agotadas, las tres se marcharon dejándola sola, pero no abandonada. Sabía que ellas siempre estarían allí.

El sábado había empezado a ordenar sus notas, a recopilar testimonios por diversos foros de clubs de toda España e incluso de fuera para poder dar una forma más completa a su historia y empezó con su corcho de ideas a darle la forma definitiva.

Así que, allí estaba, frente al ordenador con un café y música haciendo que sus dedos volaran

sobre el teclado. Se estaba volcando en el libro, dejando en él toda su esencia. Había más de ella en aquella protagonista que en ninguna otra, a pesar de ser la que menos se le parecía, y eso le gustaba. Ese libro sería su terapia personal.

Conforme iba avanzando en la historia, su corazón se fortalecía día a día. No obstante, el dolor estaba ahí. Recordándole que la herida seguía abierta y que, por mucho que intentara cerrarla, siempre estaría ahí. El dolor nunca desaparece, solo te acostumbras a él sobrellevándolo como puedes. Y eso sí lo había aprendido.

~Y™

¿Cuánto tiempo hacía ya?

Era cierto que había pretendido apartarla de él, pero pensó que, tal vez, seguiría yendo a Eros a disfrutar de su nueva sexualidad descubierta. Pero no fue así.

Cuando bajó aquella noche de la sala VIP, ella no estaba en la sala. Tras despedirse de la pareja con quien había pasado más de una hora, se había dedicado a pasear por el Eros a ver si la encontraba. Por un lado, no quería verla en brazos de otro, pero por otro, no podía dejar de desear ver sus ojos de cervatilla asustada. Pero no la había encontrado por ninguna parte.

No sabía si alegrarse o no, tenía una extraña sensación, una sensación que se hacía pesada dentro de su pecho. Llegó a preguntarle a Ángela, que era la mejor acordándose de nombres y caras, y le aseguró que se marchó sin pedir nada, que no había estado con nadie. Era lo que quería, y sin embargo, le dolió saber que ella no estaba. Así que, simplemente dio la vuelta y se había ido a casa. Por esa noche, ya había tenido bastante.

De un modo absurdo, pensó que, dado que ella no sentía nada por él, tal vez pasado el enfado volvería al día siguiente... o al otro... o tal vez al siguiente, pero no apareció. Cada noche, él la esperaba sentado en la barra del Eros con una copa y solo, haciendo caso omiso a las diversas invitaciones que recibía. La quería a ella, y poco le importaban las burlas al respecto por parte de Borja. Esperaría por ella.

Pero ya hacía casi un mes, y seguía sin volver. Se sentía un mierda porque, en realidad, no quería echarla de su vida de aquella manera. No se entendía ni él mismo. La necesitaba, pero no podía permitirse amarla. ¿Y qué había logrado con aquel numerito de la pareja en la sala VIP? Apartarla para siempre, estaba seguro. Debió haberle dado una explicación, no actuar como lo hizo. Izar no merecía el trato que le había dado, ella merecía más que eso.

Tal vez Izar sí seguía acudiendo, pero en otras horas o peor, iba a otro local. Solo de imaginarla con otro hombre, sin que él estuviera presente, lo hacía hervir por dentro, pero sabía, aunque le doliera, que aquello era lo mejor, y que él así lo quiso. No tenía ningún derecho sobre ella, nunca lo tuvo.

Debía asumir sus actos y decisiones por mucho que dolieran.

No lo podía creer. Al fin libre.

El cielo parecía mucho más grande fuera de los muros de la cárcel, pero al fin había logrado salir de aquel pozo de miseria.

Había acumulado dos condenas, una por culpa de una traición y la segunda al acabar con la vida de un miserable por tratar de mantener la cabeza sobre los hombros. Sumándolas, había pasado más de veinte años.

Por la traición, le habían condenado a dieciséis años, pero no iba a cumplirlos íntegros, de eso estaba seguro, si se portaba bien allí dentro. Lo malo fue que se metió en una pelea y acabó vencedor cuando debió haberse dejado ganar, por lo que el perdedor trató de tomarse la revancha clavándole un pincho por la espalda en las duchas. Aún no sabía cómo, con las manos desnudas y empapado, había logrado matar a aquel tipo. Solo podía recordar las baldosas de las duchas llenas de sangre, que era arrastrada por el agua hacia el sumidero.

Aquello le costó perder el tercer grado, la condicional y cualquier esperanza de salir antes de veinte años cumplidos por completo. Durante todos aquellos años, una cosa lo había mantenido cuerdo, y era el poder salir de allí y cobrar la venganza contra la persona que lo había metido en aquella tumba de cemento. Su traición lo había condenado a vivir en un pozo demasiado tiempo.

El taxi lo dejó en el portal de su antigua casa. Había estado vacía los dos últimos años, tras la muerte de su padre. Por suerte para él, no se la habían embargado. Tras girar la llave, entró en un polvoriento salón y soltó la bolsa con las escasas pertenencias.

Volvió a sacar el trozo de periódico con la foto de la persona culpable de todos sus males. Había triunfado. Era una persona de éxito y no le faltaba el dinero. Realmente la vida era injusta, pero él se encargaría de ponerlo todo en su lugar. Muy pronto, aquella cara aparecería en las páginas de sucesos, no de sociedad. Se lo arrebataría todo, sufriría como él había estado sufriendo estos veinte años. Lo haría lentamente para saborear el dulce sabor que deja la venganza. Pero, primero, averiguaría todo sobre su vida. Ya estaba fuera, cumplió con su condena, por lo tanto tenía todo el tiempo del mundo para planear su venganza.

Cuatro meses después de aquella maldita noche en el Eros, y que no había podido olvidar, tenía el manuscrito maquetado y corregido. Elena había impreso y encuadernado varias copias para enviarlas a algunas editoriales que seguían prefiriendo el manuscrito físico. Cada vez eran menos, por suerte. Al resto, les llegaría por e-mail ese mismo día.

Aunque el libro iba a ser enviado a unas treinta editoriales, Izar tenía puestas sus esperanzas en Libros Gueller, la editorial más prestigiosa y grande del país y que recientemente había lanzado un sello dedicado a la literatura erótica. Si iba a lanzarse a la piscina, ellos serían el mejor flotador posible. Solo esperaba que las respuestas no tardaran demasiado en empezar a llegar y tuviera la opción de elegir.

Elena se encargaría de todo ello. Si no fuera por ella, no lo habría acabado. La había levantado cuando, presa de los recuerdos, había llorado hasta la saciedad. En todos sus altibajos Elena había estado a su lado, mostrándole su apoyo incondicional, buscando hacerla reír y que encontrara las fuerzas suficientes para seguir adelante. Y lo había conseguido. La quería muchísimo y nunca podría agradecerle lo suficiente lo que había hecho por ella.

Así que ese día, tras entregarle a Elena el pen drive junto con los manuscritos impresos, había decidido salir a celebrarlo. Las dos cenaron junto a los ventanales, viendo las luces del paseo marítimo y hablando de lo nerviosas que estaban ambas por las expectativas tan altas que tenían con el libro y las dudas sobre lo que pensarían o lo que tardarían en contestar. Eludieron el tema hombres muy hábilmente. Ninguna de las dos era demasiado fan de ellos en esos momentos.

Sin embargo, cuando volvió a su casa, se dio una ducha, se arregló el pelo, se maquilló, se puso un sexy vestido negro de vuelo y se dirigió hacia el Club In Priveé, otro club de swinger. Estaba prácticamente en la otra punta de la ciudad, por lo que era improbable que se tropezara con alguno de los asiduos al Eros, y sobre todo, con él.

Una vez pagada la entrada, pasó a la sala y observó lo que la rodeaba. No era tan elegante como Eros ni tenía la misma distribución. Era un local estrecho, de mobiliario blanco que, con las luces negras, se veían con un extraño brillo azul. Se sentó en la barra, rechazando por el camino a hombres que se le acercaban, buscando rozar su cuerpo con el suyo, aprovechando la estrechez del local. Con la copa de Martini en la mano, se quedó con la mirada fija en una pareja que se comía a besos mientras se acariciaban mutuamente apenas un metro detrás de ella.

Los recuerdos volvieron con fuerza, haciendo que apretara la copa, dejándole los nudillos blancos. Bebió el resto del Martini y dejó la copa en la barra. Se levantó y paseó por el club, dirigiéndose a la zona de los reservados. Al pasar por uno de ellos que no tenía puesto el cordón, pudo ver un trío. Dos hombres muy dispares le daban placer a una mujer. Izar se quedó quieta, mirando cómo la mujer disfrutaba de las caricias de ambos hombres y las lágrimas volvieron a ella. Se deslizaron, sin que ella pudiera evitarlo, por sus mejillas, recordando la primera noche en que Darío y Borja la tomaron entre los dos, y todas las veces que vinieron después.

Todo en el local le recordaba a Darío. Todo. Aunque fuera un club distinto, gente distinta, sabía que ella no podría participar si no era con él. Izar lo quería a él y eso la estaba destrozando. De repente, ya no estaba tan segura de poder superarlo. Se sujetó a sí misma de la cintura sin poder dejar de llorar apoyada en la puerta del reservado no queriendo ver lo que estaba pasando allí, pero sin poder evitar oírlo. «¿Qué hiciste conmigo Darío? No puedo olvidarte».

Izar dio media vuelta como pudo y salió del local. Le había quedado muy claro que esa etapa de su vida estaba zanjada, nunca más volvería a esa clase de clubs. Si quería ser capaz de superar a Darío y recomponer su vida, debía dejara atrás todo lo que tuviera que ver con él. Por su bien debía de poder olvidarlo.

Capítulo 8

Una mujer castaña peinada elegantemente y de figura delgada, llamó suavemente a la puerta del despacho de su jefe. Raquel era la editora encargada de entregarle los manuscritos interesantes para el nuevo sello de literatura erótica, que viendo el tirón comercial que tenía, iban a inaugurar en breve. Libros Gueller era una de las mejores y más importantes editoriales del país, con proyección internacional y la más fuerte en ventas de libros físicos, aunque empezaban a ganar posiciones en los digitales. Todos los escritores querían trabajar con ellos porque sabían que el resultado sería perfecto, los mimaban, tanto a ellos como a sus libros. A pesar de ser una gran empresa, el trato era íntimo, como de una gran familia. Se tomaban muy en serio su trabajo.

—Adelante.

Una voz profunda la invitó a pasar al despacho. La editora, con una sonrisa amigable, entró.

—Señor Gueller, creo que este manuscrito será el nuevo número uno, y la mejor tarjeta de presentación para el sello Intimy.

Sobre la mesa, dejó el manuscrito encuadernado tamaño DIN A-4. Le gustaba cuando el escritor se tomaba la molestia de enviarlo en papel. El libro digital, para él, aún era demasiado frío.

—Siempre dices eso, Raquel, y casi siempre aciertas. Cuéntame, ¿de qué trata? —preguntó el director, apoyando los codos sobre los brazos del sillón y cruzando los dedos frente a su pecho.

—De una chica decepcionada del amor que se adentra en el mundo swinger, o lo que es lo mismo, los clubs de intercambio de parejas. Allí, conoce a un sexy hombre y comparte todo con él. Es muy caliente. Y está muy bien explicado. Morboso, pero sin juicios de valor.

—¿Intercambio de parejas? —la idea lo intrigó y cogió el manuscrito.

—Sí, y es muy creativa —contestó Raquel con cierto entusiasmo.

—En ese caso, déjame que le dé un vistazo y luego te llamo. Si es tan creativa como dices, habrás tenido, de nuevo, una buena corazonada.

—Le gustará, se lo garantizo —sonrió.

—Eso ya lo veremos —le dijo con una sonrisa desafiante.

Lo cierto era que, en casi todos los libros que Raquel le traía, había un bestseller escondido, y si aquel libro la había atraído, no dudaba de que acabaría siendo la nueva estrella de la editorial. Raquel salió del despacho en silencio dejando al señor Gueller solo ante el manuscrito. Recostándose en su sillón de despacho, empezó a leer y apenas daba crédito a lo que ponía en aquellas páginas.

El libro narraba cómo una joven inocente entra a un club decorado en rojo y negro en el centro de una gran ciudad, donde un hombre maduro y atractivo se acerca a ella atraído por su inocencia y que la lleva a un reservado para que pudiera ver, a escasos centímetros de ella, cómo dos hombres

gozaban de una mujer.

Aún sin salir de su asombro, llamó a Raquel a su despacho.

Ella, sorprendida por la rapidez, entró. Normalmente, tardaba un día o dos en contestarle sobre los manuscritos, no apenas un par de horas.

—¿Me llamabas?

—Sí, es por el manuscrito que me has traído. ¿Qué sabes de la autora? —su tono parecía neutro, pero, estaba apretando los dedos contra los brazos del sillón de director de cuero, al hablar.

—Tengo su biografía y su email en el ordenador.

—Bien. El libro me gusta, tenías razón en cuanto al modo en que describe los hechos y las sensaciones. La idea, además, es morbosa y creo que tiene cabida en nuestro catálogo, pero, para firmar el contrato, quiero hablar con ella antes. En persona.

—Muy bien, ahora te traigo sus datos.

Raquel salió del despacho y volvió apenas un par de minutos después con los datos de la autora en un papel.

—Aquí los tienes.

Darío lo miró y apretó la mandíbula. Agradeciéndole a Raquel el buen trabajo realizado, abrió la bandeja de correo electrónico y mandó un correo a la autora comunicándole que el libro era de su interés, y que tenían que verse cara a cara, para formalizar el contrato y pactar las condiciones en una reunión que, a Darío, se le antojaba que sería, cuanto menos, interesante.

Capítulo 9

Izar estaba nerviosa. El director de Libros Gueller en persona, o más bien por e-mail, la había citado en su despacho. De manera que ahí se encontraba ella, en una sala muy elegante enfrente de una puerta de madera de cerezo con una mujer castaña elegantemente vestida que le abría la puerta.

—Ya puede pasar, el señor Gueller la espera.

Izar asintió con un “gracias” y entró en el gran despacho, quedándose clavada en el sitio al ver ante ella, al señor Gueller. No podía ser...

—Pase y siéntese, por favor —la voz de Darío sonaba carente de emociones, esperando a que su secretaria cerrara la puerta e Izar pasara.

Sin embargo, a ella le temblaban las piernas mientras se acercaba al escritorio y se sentaba en la silla frente al hombre que amaba y del que llevaba seis meses sin saber nada. Estaba guapísimo vestido de traje y a plena luz del día. Nunca lo había visto bajo la luz diurna, que aún resaltaba más el dorado de su piel, y el efecto que causaba en ella era devastador. Tenía muy buen aspecto, y no parecía afectado al verla, por lo que dedujo que él si la había olvidado en el instante en que entró en la sala VIP.

—No sabía que eras el director de la editorial. Bueno, en realidad no sabía nada de ti.

—Yo tampoco sabía que eras escritora. —Lanzó el manuscrito de Izar sobre la mesa—. ¿Puedes explicarme esto?

Ella lo miró fijamente apretando la mandíbula, no le gustaba cómo se estaba comportando con ella.

—Es mi manuscrito.

—Eso lo sé, me dedico a esto. Pero ¿por qué cuando leo los primeros capítulos nos veo a ti y a mí, follando como posesos, contado con todo lujo de detalles? ¿Puedes explicarme eso?

Ella estrechó su mirada y cerró sus manos en puños, furiosa. El tono de Darío, seguía siendo frío, pero la ira parecía filtrarse entre los apretados dientes cuando hablaba.

—No digo nombres y las descripciones no coinciden. Tú eres moreno de ojos verdes y mi protagonista es rubio de ojos azules. Y si lo lees, verás que no tiene nada que ver con nosotros.

—Oh, vaya. Déjame que te resuma el primer capítulo: ella llega al club, perdida y desorientada, el hombre atractivo la lleva a un reservado y la masturba mientras delante de ella hay dos hombres follando a una mujer. ¡Joder, Izar! ¡Tienes razón, no tiene nada que ver con nosotros!

Izar se levantó de la silla enfadada y apoyó las manos sobre la mesa. Estaba furiosa con ella misma y con él por sentir cómo le afectaba el tenerlo delante de nuevo, mientras que Darío estaba impasible, preocupado únicamente por su reputación.

—Soy una profesional y mantengo el anonimato de todos. Sí que utilicé mi experiencia, pero en ningún momento de mi obra revelo nada que pueda hacer pensar que eres tú, porque, entre otras, no sabía ni tú maldito apellido, ni en que trabajas ni dónde vives. ¡Nada!. Si no te interesa, hay más

editoriales dispuestas a publicarlo.

—¿Crees que me importa el anonimato en ese libro, Izar? ¡Me usaste, maldita sea! Y yo pensando que debía apartarte para que lo nuestro no fuera a convertirse en algo serio, cuando en realidad para ti solo era un juego, una manera de documentarte para tu novela, ¿cierto? ¿Por eso no parabas de ir al baño cuando te conocí? ¿Estabas tomando notas?

—La primera noche, sí, pero yo nunca te utilicé, no me vengas de víctima, Darío —ambos estaban mirándose de pie, fijamente, tensos.

—¿Y qué pensabas hacer? Documentarte y darme la patada, ¿verdad? Solo era un juego para ti.

—Eso lo debería de preguntar yo ¿No crees? No fui yo quien se fue con una pareja dejándome ahí plantada y sin decirme nada. Teníamos un trato que tú rompiste sin una explicación. Merecía eso como mínimo. Yo me entregué a ti, Darío, nunca te mentí, fui yo misma. Así que no me vengas con que te utilicé, cuando ha sido al revés. —Dio media vuelta y, antes de salir del despacho, se giró y clavó la mirada dolida y furiosa en él—. Si quieres publicarlo bien, sino dímelo porque me buscaré otra editorial. Ya tienes mis datos, que es más de lo que tengo yo de ti.

Abrió la puerta y abandonó el despacho con un nudo en la garganta y un fuerte dolor en el pecho. El tiempo que pasó sin verlo no le había servido de nada. Solo poner los ojos en él de nuevo y su corazón había vuelto a la vida, demostrándole que seguía locamente enamorada de él, que hiciera lo que hiciera, siempre lo amaría. Era cierto cuando le dijo que fue ella misma en el club. Se entregó a él como nunca se había entregado a nadie.

Darío se dejó caer en la silla del despacho y se apretó el puente de la nariz con el índice y el pulgar. No había querido enfrentarse a ella, pero verla allí, con aquel libro entre las manos, tan tranquila, exhibiendo su historia tan alegremente, lo había cabreado como nadie en mucho tiempo, y la llamada de su secretaria ofreciéndole un té, era la confirmación de que sus gritos se habían escuchado desde fuera.

Había aceptado el té porque necesitaba calmarse y enfrentar lo que tenía entre manos: Izar y el manuscrito. Con ella debía ir con cuidado, esa mirada lo inquietó, no supo bien cómo interpretarla, y con el manuscrito... Tal vez era hora de pasar del capítulo cinco y ver a donde le llevaba todo aquello. Con suerte, podría acabar sabiendo más de lo que había pasado entre ellos dos.

~YTM

Esa mañana Izar se estaba tomando un café con leche en el despacho de Elena, es decir, la cocina. Su mirada estaba perdida en la ventana, viendo pero sin ver. Volver a enfrentarlo había sido duro, pero enterarse de que era el editor de sus sueños había sido un golpe bajo. Aquello solo hacía que dejar claro que no sabían nada el uno del otro, solo conocían sus cuerpos, nada más. Habían empezado al revés, por el sexo y el anonimato que este otorga, y sin embargo, había entregado mucho en aquellas semanas. No estaba segura de que aquello pudiera considerarse siquiera una relación, pero se sentía como si acabara de encontrarse de cara con un ex, con uno con el que has compartido

media vida y no podías olvidar por más que lo intentaras. Izar suspiró desviando la mirada hacia el café.

—Sí vuelves a suspirar, me vas a enfriar el café.

—Es que no puedo sacármelo de la cabeza, Elena. Es mi editor... parece una broma de mal gusto.

—Bueno, lo de que es tu editor, aun está por verse. No es que quiera ser agorera, pero acabasteis tirándoos de los pelos ayer, por lo que me has dicho. ¿De verdad crees que publicará el libro donde cuentas vuestro mes en Eros, con todo lujo de detalles? Cuando lo leí, estuve una semana sin poder mirarte a la cara, recordando esas escenas tan calientes.

Ella le sonrió maliciosa.

—Si lo lee entero y es bueno en lo suyo, lo hará. Si no... —Se encogió de hombros—, puede, que acepte la oferta de alguna de las otras. El libro es bueno y pienso sacarlo a la luz.

—Izar, cualquiera de tus otras dos editoriales lo publicarían si les aprieto un poco. Te va bien con ellos, y aunque no publiquen erótica, podrían abrir mercado contigo, o si no, siempre queda volver a los orígenes: autopublicaremos —dijo apoyando su mano en la de Izar.

—Lo sé, Elena, la parte marketing te la dejo a ti. —Se llevó la taza a los labios, y el sonido del timbre de la puerta las sobresaltó.

Elena la miró interrogante, no esperaban ningún paquete de libros o merchandising. Se levantó y abrió la puerta. Tras recoger los dos paquetes del mensajero, volvió a la cocina alucinada.

—Izar, creo que esto es para ti.

Un enorme ramo de rosas blancas, con un lazo rojo tapaban la cara, o más bien, a media Elena. Debía haber más de una docena de rosas perfectas.

Izar se levantó para ayudarla a dejar el ramo en la mesa y, al hacerlo, aspiró la fragancia de las rosas y buscó la tarjeta. Cuando la abrió, vio que era de Darío. Su corazón traidor brincó dentro de ella al leerla. No debía haberse enterado de que ya no lo amaba, pero tenía que ser realista, aquello no significaba nada.

—Es de Darío. —Dejó la nota dentro del ramo y fue en busca de un jarrón para colocarlas.

—Es de Darío. ¿Y ya? ¿Me dejas así? ¡Dime algo! —dijo Elena mirándola ansiosa.

—Dice que quiere que tengamos una cita. Y no, no pienso aceptar —contestó tranquilamente llenando el jarrón de agua.

—Pero ¿por qué no? —dijo con los ojos muy abiertos.

—Porque no quiero sufrir más. Además fue él quien me dejó tirada en el club.

—Pero como dijiste, tal vez haya leído el libro entero... —Jugeteó con un sobre grande color marrón.

—Si lo ha hecho, me llamará su secretaria. No, este ramo es para pedirme que salga con él. Me pide perdón, aunque llega un poco tarde.

—La secretaria manda el contrato, Izar, pero creo que lleva otra nota para ti.

Le tendió un sobre más pequeño con su nombre escrito a mano. Izar lo abrió intrigada. Cuando leyó la nota, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No puedo volver a estar con él —por el bien de su salud y su corazón.

—Pero ¿qué te ha dicho ese desgraciado?

Directamente le pasó la nota dejándose caer en la silla.

"He leído el libro, no podía dejarlo y no solo por que seas buena, sino porque te he visto en él, pero no me he reconocido a mí mismo. ¿Sabes por qué? Porque no te dejé conocerme. Por favor, déjame remediar eso. No tires las flores y firma el contrato, pero sobre todo, dame una oportunidad de no ser un capullo"

Elena la leyó y se sentó también en la silla.

—En serio, pensaba que los rompebragas románticos solo existían en las mentes enfermas de amor de las escritoras de romántica.

—Pues ahí tienes a uno, porque si ese es el verdadero Darío, estoy perdida.

Entrelazó los dedos de su mano temblorosa.

—¿Perdida? Pensaba que te había mandado a la mierda, y lo que ha conseguido es, como diría Laura, que hasta mis bragas se vayan de paseo.

—¡Joder, Elena! Sabes que no puedo quedar con él.

Si lo hacía se perdería a sí misma, porque lo amaba, y deseaba volver a sentir sus labios en los suyos, su piel rozando la suya, sus caricias que la incendiaban y derretían. ¡Deseaba volver a sentirse viva! No la cascara vacía que era en ese momento.

—Mira, haz lo que quieras, pero si no quedas con él, por el bien de mi salud sexual, déjame ir a mí.

—¡Ni de coña! pasa de él, ¿vale?

Elena la miró con una sonrisa maliciosa.

—Claro, pasaré de él. Como tú.

Izar estrechó su mirada.

—Elena...

—Yo me estoy reservando para el hombre perfecto, tu editor rompebragas no me interesa. Me interesas tú. Así que piénsalo al menos.

—Tu hombre perfecto es Sandro Lombardi y está a años luz —le sonrió.

—Ese es un puto dios. Y si no es él, puedo aceptar a Beto Malfacini o a Pedro Soltz...

—Nena, a esos los aceptamos todas. —Le guiñó un ojo apoyándose en el respaldo de la silla.

—Pues eso, pero no los vemos más que en foto o en mi fondo de pantalla. Ahora en serio, vamos a leer el contrato por el que llevas años peleando, ¿te parece?

—Sí.

Y juntas salieron de la cocina hacia salón, que a finales de marzo empezaba a ser de nuevo un lugar muy luminoso y que ofrecía el maravilloso espectáculo del mar en calma acariciado por las primeras luces del atardecer.

~Y™

Ya le había enviado tres ramos con tres notas de disculpa y nada. Sabía que los había recibido pues los albaranes de la floristería así se lo confirmaban, y sin embargo, no recibía ni una mísera llamada, por su parte.

Sabía que se portó como un capullo cuando ella entró al despacho, pero seguía cegado por un enfado que él solito había provocado.

De acuerdo que la razón primera de Izar al acudir al Eros no le gustaba, pero reconocía que así, su libro hablaba con franqueza y conocimiento de su mundo. Además, ella con el uso que hacía de las palabras, había sabido reflejar perfectamente por qué algunas parejas o solteros elegían aquella forma de disfrutar su sexualidad. Él mismo había llegado por una casualidad a algo que nunca se habría planteado, y cuando lo conoció, no quiso dejar de probarlo. Al hacerlo, quedó atrapado por el morbo y el placer.

Sabía que muchas de aquellas impresiones, las había sacado de algunas conversaciones que habían tenido en Eros mientras tomaban una copa en la Zona mixta con otras parejas. Izar se había abierto a otros, y estos a ella de manera recíproca, pero él se había mantenido hermético por miedo. Por esa razón, no había podido reflejar nada de él en el libro que no fuera su manera de poseerla. Y sin embargo, si lo que había leído entre líneas era correcto, a su cervatilla le gustaba el hermético Darío, y mucho.

La protagonista del libro acabó enamorándose del hombre del club, y él se rindió a la frescura e inocencia de aquella mujer. En eso sí eran iguales, aunque ella no podía saberlo. Darío había caído rendido ante ella a pesar de que ni su personaje, ni él, buscaban el amor pues ambos lo rehuían, aunque por motivos diferentes. Darío se enamoró una vez, y lo hizo con todo: cuerpo, alma y corazón, y sin embargo, lo perdió todo. Ahora, había encontrado una mujer, que, tan solo con un pestañeo de sus largas y espesas pestañas, conseguía mandar al cuerno todo aquello, instalándose cómodamente en su corazón, y al parecer, con intención de permanecer allí mucho tiempo. Pensaba que lo que había sentido por Ana fue lo máximo que un hombre podía sentir por una mujer, pero estaba

equivocado. La vida en ocasiones, te da las lecciones que necesitas, pero tú no estás atento, y así es cómo lo pilló a él. No fue capaz de ver con claridad sus verdaderos sentimientos, pues estaba condicionado por el miedo, y ahora, había abierto los ojos. El problema era que tal vez lo hubiera hecho demasiado tarde y mientras lo hacía, metió la pata en más de una ocasión.

Desde que se dio cuenta de lo mucho que la echaba de menos al no verla en el club más, lamentaba el no haberle querido nunca dar su nombre completo o su número, ni saber el de ella. No sabía ni dónde vivía ni a qué se dedicaba. Solo que se llamaba Izar, que tenía treinta y ocho años y que tenía los ojos de una cervatilla que lo volvían loco. Así era imposible buscarla. Pero ahora no. Ahora sabía su nombre completo, dirección y teléfono, tanto de su casa como de su despacho profesional.

Se removió en la silla de su despacho y volvió a mirar el último recibo de entrega del ramo, de esa misma mañana. La dirección era la de su domicilio laboral, y la entrega estaba firmada por una tal Elena Marín. Según le había dicho Raquel, Elena era la mano derecha de Izar. Se encargaba de la gestión de su blog, de la web profesional y, normalmente, la que contestaba en las redes sociales. Llevaban juntas desde que Izar se lanzó al mundo de las letras, y por lo que sabía, había pedido que fuera incluida en el contrato para llegar a firmar con ellos, así que no era descabellado pensar que eran buenas amigas.

Una idea loca cruzó por su mente en ese mismo instante, y ni siquiera lo dudó. Si quería ganar, debía arriesgar.

~Y™

El teléfono del apartamento de Elena sonó a media mañana, y como siempre, la pilló tomando su segundo, ¿o era ya el tercer café del día? Así que atendió la llamada, sentándose de nuevo frente al PC de manera despreocupada.

—¿Diga?

—¿Es usted Elena, la ayudante de Izar Gálvez? —una voz profunda le habló desde el otro lado de la línea.

—Sí, soy yo —contestó con voz dulce.

—Encantado. Soy Darío Gueller, de Libros Gueller. ¿Está Izar?

Elena dejó el vaso en la repisa o se le caería de la impresión.

—No, ha salido. ¿Quiere que le diga algo?

—En realidad, no. Quería hablar con usted, o ¿me permites que te tutee? Tu voz parece la de una niña como para hablarte con tanta solemnidad.

Elena sonrió, debía admitir que el rompebragas tenía labia.

—Puede hacerlo y ¿en qué puedo ayudarlo? ¿O tengo que decir ayudarte?

—Tutéame también, señor era mi padre. Necesito que me ayudes con Izar. Supongo que mis flores han llegado, ¿verdad? Y que ella no está muy por la labor de llamarme al menos.

—Sí, han llegado, y no, no quiere saber nada de ti. —Sujetó un bolígrafo entre los dedos y fue dando golpecitos en la mesa con él.

—Supongo que habéis hablado de mí, o al menos que has leído el libro, y puedo asegurarte que yo también quiero el mismo final feliz para nosotros, o al menos que ella me deje explicarme.

—Darío... porque puedo llamarte así ¿no?

—Por favor.

—Bien, Darío. Ella me contó lo que pasó y no fuiste muy considerado. La heriste, así que no creo que quiera escucharte.

—Lo sé, y pretendo disculparme, solo necesito una oportunidad. ¿Me ayudarás a conseguir esa oportunidad? Si después ella no quiere volver a saber nada más de mí, lo aceptaré y me apartaré de ella.

Elena cerró los ojos y suspiró. Sabía que su amiga estaba enamorada y también que era cabezona, así que solo necesitaba un empujón y ella se lo daría. Quería verla feliz.

—Está bien. ¿Qué tengo que hacer?

—Solo conseguir que salga de su casa hoy a eso de las ocho y media, y nada de chándal.

¿Y cómo se las ingeniaría para que saliera a esa hora y arreglada?

—No te aseguro nada, pero lo intentaré.

—Estoy seguro de que lo conseguirás. Gracias, de verdad.

—De nada. Y cuídala, ella se lo merece.

—Sí que se lo merece. Espero conocerte pronto.

—Y yo.

Darío colgó el teléfono y sonrió. Una mujer encantadora y que esperaba que cumpliera con lo de sacarla de casa para que él pudiera encargarse del resto.

Capítulo 10

Izar se encontraba saliendo de su casa con unos jeans ajustados, botas de caña alta y un jersey negro que hacía resaltar su rubia melena. Elena le había dicho de salir esa noche, las dos solas, para celebrar el contrato con Libros Gueller.

Así que ahí estaba, saliendo para encontrarse con Elena, que se ofreció a recogerla con su coche, pues decía que irían a un local de moda por el centro de Barcelona y que ella sabía llegar. Elena y su amor por el volante. Con una sonrisa, salió al portal para esperarla pero, en lugar de Elena, lo que se encontró fue a un hombre moreno vestido de traje que estaba apoyado en un coche, y que al verla salir, se enderezó y caminó hacia ella.

—¿Señorita Gálvez?

Izar se sobresaltó.

—Sí, soy yo.

—Mi nombre es Luis y voy a ser su chofer esta noche. Si hace el favor de seguirme.

Movió una mano para señalar el BMW X6 negro que había justo detrás de él.

—¿Mi chófer? Creo que ha habido un error... —murmuró inquieta.

—Creo que no, si usted es Izar Gálvez.

—Sí, ese es mi nombre —si era una de las bromas de Laura se las pagaría.

—En ese caso, tengo órdenes de llevarla.

Aún estaba reticente, pero un mensaje llegó a su móvil en ese momento: Elena.

Sube al coche y disfruta.

Así que era cosa de ella. Al parecer, se había tomado muy en serio lo de celebrarlo por todo lo alto.

—Está bien, le sigo.

Luis, el chofer, le abrió la puerta de atrás para que pudiera entrar, y en el momento en que lo hizo y se acomodó, cerró la puerta para rodear el coche, sentarse en el asiento del conductor y arrancar el vehículo para dirigirse a la zona más al norte de la playa de la Barceloneta.

Izar miró por la ventana intrigada por saber a dónde la llevaría. Era marzo, y la playa a esas horas estaba más que desierta, pero el paseo siempre estaba transitado. Aun así, la luna reflejada en el mar siempre la atraía. Miró por la ventanilla de lunas tintadas del coche, tratando de saber su destino ¿qué había pensado aquella loca para celebrar el contrato?

Pero cuando el coche se detuvo al final del paseo, frente a la playa, se quedó más intrigada aún,

pues no parecía haber nadie allí.

El chofer bajó, y le abrió la puerta para que pudiera bajar.

—La esperan al final de la pasarela, señorita.

Ella sin entender nada, bajó del coche mirando a su alrededor. Desde luego Elena iba a ganarse una buena colleja cuando se le pusiera delante. ¿Cómo había organizado todo esto? ¿Y por qué? ¿Estarían sus tres amigas metidas en aquello?

Aún haciéndose todas aquellas preguntas, caminó por la pasarela de madera que se internaba en la arena que, a esas horas, estaba en penumbra. Al final de la pasarela, pudo ver un par de antorchas, como las que la gente suele poner en sus fiestas hawaianas. También había lo que parecía una pérgola de tela blanca, y bajo ella, iluminada con velas, una mesa con el mantel del mismo color, como blancos eran los cuatro ramos de rosas atados con un lazo rojo, que estaban colocados uno en cada esquina del cenador.

Cuando empezaba a preguntarse qué era todo aquello, un hombre vestido con pantalones y camisa de lino, que parecía recién llegado de una fiesta en las noches de Ibiza, se cruzó en su camino.

Darío.

—A pesar de que lo deseaba con todas mis fuerzas, tenía mis dudas sobre que fueras a venir.

Darío se sintió nervioso. No recordaba haberlo estado tanto en años, pero volver a verla, con su mirada interrogante a la luz de las antorchas, despertó en él un sentimiento de protección y posesión, como el que sintió al verla por primera vez. Estaba deseando estrecharla de nuevo entre sus brazos y besarla, caer de rodillas a sus pies y no dejar de suplicarle que le diera otra oportunidad, hasta que lo hiciera. Pese a que su cuerpo pedía lo contrario, se quedó quieto, frente a ella, con las manos en los bolsillos del pantalón, dejando que la brisa nocturna, agitara su camisa.

El corazón de Izar se saltó varios latidos. Verlo a la luz del fuego y de la luna, tan guapo y sexy, la alteraba sobremanera. Sin embargo, era su intensa mirada la que la mantenía clavada en el suelo con el aire paralizado en los pulmones.

—Así que has sido tú... —ladeó la cabeza hacia un lado, mirándolo con cautela. Nadie había hecho jamás algo parecido para ella y eso la estaba descolocando porque no sabía cómo tomárselo. La había plantado, y ahora se presentaba como el perfecto caballero.

—Ya que no contestabas a mis notas, no me quedaba otra opción —la mirada de Darío no se apartó de ella ni un segundo, cuando, con paso firme, se acercó a ella como un lobo que acecha a su presa, quedando a menos de un metro el uno del otro.

—Ya sabes por qué no contestaba, Darío.

—¿Por qué fui un imbécil?

En un gesto nervioso, Izar, se apartó un mechón de pelo del rostro para colocárselo detrás de la oreja. Su perfume, su cercanía, su rotunda masculinidad, unidos al rumor de las olas, no ayudaban a que pensara con claridad lo que debía decir o hacer. La tensión entre ambos era más que evidente. Su encuentro anterior había sido en el despacho de Darío, un lugar frío, rodeados de gente, pero ahora,

estaban solos, en un romántico rincón de la Barceloneta. Apartó la mirada y la clavó en el mar intentando controlar su respiración.

—Sí, lo fuiste —el tono de su voz, bajó al responder.

—Te he echado de menos. Fui un completo imbécil. —Dio un paso más hacia Izar, que no se apartó —No debí huir de ti, del modo en que lo hice. Esperaba que volvieras, cada día esperé por ti en la barra del Eros, deseando verte entrar por la puerta, pero no lo hiciste.

Izar respiraba cada vez más agitadamente, estaba muy cerca, casi se rozaban, y él había estado esperándola.

—No podía volver allí.

—¿Fuiste a otro club? —preguntó presionando los puños, de tal manera, que los nudillos quedaron blancos. La idea de que hubiera estado con otros, sin él, le quemaba las entrañas.

—Sí. —Darío apretó la mandíbula sintiendo que iba a estallar —pero no podía estar allí sin ti.

—¿Por qué? —preguntó aliviado al saberlo.

—Porque yo también te echaba de menos.

Una lagrима, rodó por la mejilla de Izar, cuando sus palabras estranguladas por la emoción, salieron de su garganta. Darío no pudo más, y cogiéndola por la cintura, la atrajo hasta él, y la besó en la mejilla, capturando su lágrima. Izar se estremeció, y él volvió a besarla, esta vez en la comisura de sus labios, y ella cerró los ojos, temblando. Cuando Darío capturó sus labios con los suyos, Izar sollozó contra ellos, al tiempo que le rodeó el cuello con los brazos.

Darío la besaba con hambre, y deseo, quería grabarla a fuego en su piel, en su cuerpo. No iba a dejarla marchar, ya no. La necesitaba de una manera irracional. Sus lenguas se enredaban y bailaban una danza tan sensual, que aquel beso se sentía como la unión de dos cuerpos. Era como hacerle el amor de nuevo, y eso, le devolvió la vida.

Cuando los labios de ambos estaban hinchados y enrojecidos por la pasión, Darío dio un paso atrás y la miró con renovada esperanza.

—Te debo una explicación, y tal vez quieras escucharla mejor con un poco de vino.

Darío le indicó la mesa, retirando una silla, que Izar aceptó, sentándose a la mesa mientras Darío llenaba dos copas y tomaba asiento junto a ella.

—Te escucho. —Suavemente, acarició el cristal que contenía el líquido rojo, que contrastaba con la blancura del entorno que Darío había creado para ellos.

—La verdad resumida, es que me asustaste.

Ella elevó la mirada clavándola intensamente en la de él.

—Te asusté... —susurró sin terminar de entenderlo.

—Ya te dije que yo nunca iba con mujeres solas dentro del Eros, solo parejas. Con ellos, incluso salgo a comer y a conocernos fuera del club. Aún no sé por qué, algo me llevó hacia ti, necesitaba

estar contigo. Y una vez que te tuve, no podía dejarte. Sin embargo, la idea de intimar más, de darte mi número, de salir a comer, de abrirme a ti, me asustaba porque sabía que me enamoraría de ti, aún más de lo que ya lo estaba, y hace mucho que pensaba que el amor nunca volvería a instalarse en mi corazón, cervatilla. Al parecer, eres especialista en poner mis convicciones del revés.

Izar llevó una mano alrededor de su cuello mientras escuchó todo lo que él le decía. Ahora era ella la que estaba aterrada. No sabía si creerlo, pues no quería dejarse engañar de nuevo, eso la destrozaría. Todavía podía sentir cómo, literalmente, su corazón se rompió, desgarrado por el dolor. En aquel momento, lo miró con los ojos bien abiertos por la sorpresa y la incertidumbre. Aceptarlo significaba volver a exponer su corazón dañado. ¿Qué pasaría con ella si la utilizaba? Lo tenía frente a ella, mirándola intensamente, como queriendo leer su mente y confesándole que se había enamorado de ella.

—Darío... yo...

—¿Tú qué? No me mires así, Izar.

No podría aceptar una negativa por parte de ella, no lo soportaría. Si fuera necesario acabaría hincando su rodilla en la arena y suplicándole que confiara en él para darle otra oportunidad. Mierda, le daría todo lo que ella pidiera.

—No sé qué hacer. Me hiciste mucho daño, sé que parece absurdo por el poco tiempo que nos conocemos, qué es de locos. Pero me lo hiciste —sus ojos brillaron por las emociones que la golpeaban.

—No es absurdo, porque si el tiempo condicionara lo que sentimos, yo no podría sentir lo que siento por ti. Sé que la cagué, pero déjame arreglarlo, demostrarte que no soy el capullo en que me convertí por miedo a que me partieras el corazón.

—¿Y cómo sabré que no volverás hacerme lo mismo, Darío? —el tono de su voz salió ronco por la emoción contenida y bebió de la copa para aclarar su garganta.

—¿Y cómo sabré yo que no me harás tú algo así? Me da miedo enamorarme, Izar. Me hicieron mucho daño, y por como reaccionas, algo me dice que a ti también. —Sujetó la copa con fuerza cuando vio cómo ella se mordía el labio, era un gesto que lo volvía loco.

Izar asintió fijando la mirada en él, no le gustaba recordar su pasado y menos cuando llevaba tanto tiempo queriendo olvidarlo.

—Tú y yo empezamos al revés, Darío, no sé nada de ti. Hasta hace bien poco, no te había visto a la luz del día —sonrió de medio lado pensando en la ironía de aquel encuentro.

Izar tenía razón, habían empezado al revés, pero podían acabar del derecho, de manera que le tendió la mano con una sonrisa franca en el rostro.

—Hola, me llamo Darío Gueller. ¿Y tú?

Ella le sonrió estrechándosela.

—Izar Gálvez.

—Es un placer conocerte —volver a sentirla calentaba su corazón de una forma totalmente nueva para él.

—Lo mismo digo —la descarga que la recorrió la primera vez que lo conoció, volvió a sacudirla con fuerza.

—¿Qué más puedo contarte de mí? Tengo cuarenta años, soy editor, tengo mi propia empresa. Estoy separado y vivo en un dúplex que aún estoy reformando—. Sonrió afianzando la mirada en ella por encima de la copa de vino que se había llevado a los labios.

—¿Eres separado? ¿Desde hace mucho? —se apoyó en la mesa interesada.

—Sí, hace ya cinco años. —Bajó la mirada y la cogió de la mano—. Ella me dejó.

—Entiendo. Eso te hizo estar alerta con las mujeres. —Sonrió cálida. Sentir de nuevo el contacto de su piel esa fina caricia que tanto había echado de menos, hizo que aquel extraño estremecimiento la recorriera entera.

—Me hizo mucho daño, la verdad. Estaba muy enamorado de ella —mientras hablaba, le masajeaba el dorso de la mano con el pulgar, enviándole un dulce cosquilleo —pero no sé cómo nos distanciamos. La intimidad entre nosotros desapareció durante tanto tiempo, que parecíamos compañeros de piso, más que un matrimonio. Ana estaba más pendiente de que combinara su pedicura con los zapatos que de mí, y yo la necesitaba de vuelta, porque a pesar de todo, la seguía queriendo como el primer día.

»No sé cómo, una noche después de trabajar, salí a tomar unas copas, y acabé en el Eros. Solo miré durante horas, sentado solo en la barra. Hable con algunas parejas, y todas me decían lo mismo, vi mucho amor y complicidad entre ellos. Y yo quería eso de vuelta con Ana. Pensé que podría ayudarnos a recuperar la chispa del primer día, no necesariamente compartirnos, pero sí el morbo de vernos allí, de que nos vieran allí. Y la llevé conmigo, unos días después, con el pretexto de tomar una copa y pasar un rato juntos, como lo hacíamos antes —se calló durante unos segundos recordando aquella noche. Tal vez las cosas hubieran sido diferentes entre ellos, tal vez fuera un desgraciado, viviendo engañado, o tal vez se hubiera salvado.

»Pero cuando ella vio lo que se hacía allí se escandalizó de tal manera que empezó a llamarme degenerado, pervertido... Bueno, eso fue lo más suave. No dejó que le explicara nada, solo salió corriendo, escandalizada, cosa que puedo entender, pero no lo que pasó después. Cuando llegó a la casa que compartíamos, me mandó a dormir a otra habitación y por la mañana hizo las maletas y me pidió el divorcio.

—Lo siento, debió de ser un golpe duro —bajó la mirada a las manos entrelazadas de ambos. Sintiendo un aleteo de mariposas en el estómago bailando sevillanas.

—En realidad, eso fue lo de menos —dijo sin soltarla, y haciendo que ella levantara la cabeza. —Cuando volvió a por el resto de sus cosas, un par de días después, lo hizo con un hombre, un tal Antonio. Al parecer la intimidad que no tenía conmigo, desde hacía más de un año, la tenía con él —sonrió amargamente al recordarlo —por eso no se acostaba conmigo, porque estaba con otro. Dijo que lo quería, que estaba enamorada de él, como nunca lo estuvo de mí, que no supe tratarla como merecía, que la tenía abandonada. Argumentó que ella quería una vida, y yo una familia, que la

presionaba demasiado. Llevarla aquella noche al Eros, solo le dio la excusa perfecta para poder sacarme de su vida. Nunca quise volver a tener una relación, porque a pesar de todo, nunca dejé de quererla, y lo que me dijo ese día, fue como arrancarme el corazón del pecho y pisotearlo. Y aunque la odié, nunca deje de amarla. Pero algo positivo tuvo aquello.

—No sé si la ruptura con alguien al que amas tenga algo positivo —lo que le acababa de confesar, no sabía cómo asimilarlo. Separado y aún enamorado de ella, a pesar del dolor. Sus intensos ojos verdes, la observaron atentos, como un depredador esperando algún tipo de señal.

—Si cuentas que gracias a eso, te conocí a ti, realmente hubo algo positivo.

Ella se revolvió en la silla como si tuviera hormigas y mantuvo su mirada color miel en él.

—Mirándolo así tienes razón.

—A veces la tengo. Pregunta todo lo que quieras de mí, no voy a ocultarte nada, aunque mi secreto más oscuro ya lo sabes —sin soltarla de la mano alzó la copa y bebió un largo trago de ella.

—Vaya, pensaba descubrir alguno más —sonrió pícaro.

—Tal vez lo hagas, pero soy un tipo bastante corriente. Ahora, háblame de ti. Hoy es nuestra primera cita, y lo normal es conocerse, ¿no?

Volver a verla sonreírle así le dio esperanzas, y se acercó más a ella, pegando sus hombros al hablar. Izar sonrió ante la idea de una cita con él.

—Tienes razón, otra vez. Bueno... tengo treinta y ocho años, soy escritora, nunca he estado casada pero sí que he tenido relaciones serias.

Darío frunció el ceño.

—¿Y qué pasó?

La mirada de ella se entristeció, y la desvió de nuevo hacia el mar mientras hablaba.

—Me enamoré de Raúl, era arquitecto y me dejé llevar por las apariencias. Citas en lugares de lujo, regalos caros... Creí sus mentiras. Hasta creí que íbamos en serio. Pero tal como él me dijo, no podía casarse con una de mi clase social. Su esposa tenía que ser rica y de buena cuna, como él. Yo solo fui un juguete. Un entretenimiento para el niño rico.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¡Será gilipollas! —si alguna vez lo llegaba a tener delante, se encargaría de colocarlo, muy diplomáticamente, en su lugar.

Izar se centró en él y asintió.

—Al parecer pertenecía a una familia muy antigua y no quería bajar su estatus. —Se encogió de hombros—. Ya lo tengo superado —mintió. Esa herida jamás cicatrizaría.

—¿Y qué estatus crees que debes tener para estar conmigo? —le preguntó provocándola. Él también pertenecía a una familia rica, pero ni se le pasaba por la cabeza, que alguien como Izar, o cualquiera en realidad, no pudiera formar parte de ella.

—Ninguno, contigo puedo ser yo misma.

—Eso espero porque me da igual de donde vengas, Izar. Me importa quién eres y a dónde vas. Así que espero que, a donde vayas, me dejes ir contigo —había puesto todas sus cartas boca arriba, solo deseaba que ella lo aceptara. Joder, la deseaba con fuerza.

—Es lo que más deseo, estar contigo —susurró. No podía negar lo que sentía por él y saber más de su pasado y vida le daba cálidas esperanzas de un futuro juntos.

Darío tiró de ella, no la había soltado de la mano. y la atrajo a él para besarla por encima de la mesa. Enredó su lengua con la de ella, saboreándola de nuevo. Volver a sentirla era el puto paraíso.

—Pues no vuelvas a alejarte, a pesar de mí —los labios de ambos estaban a escasos milímetros, tanto, que sus alientos se mezclaban.

—No —susurró, había deseado ese beso como el respirar. Lo anhelaba a él, tanto que dolía.

Volvió a besarla, porque necesitaba recrearse en ella, saber y convencerse de que volvía a tenerla entre sus brazos, que no era un sueño.

Izar gimió y respondió al beso con hambre y deseo. Sentirlo de nuevo junto a ella le enviaba descargas de placer por todo el cuerpo dejándola anhelando más.

—Tienes dos opciones ahora mismo, cariño. O te hago el amor en la arena o te monto en el coche y te lo hago en mi casa —no tenía intención de dejarla pensar mucho. No creía que pudiera detenerse, ella era suya. Su cervatilla.

La primera idea la sedujo pero no quería ser arrestada por los *mossos* por escándalo público. Así que mordiéndole el labio, susurró.

—Mejor tu casa.

El vino se quedó descorchado sobre la mesa y en las copas, los ramos olvidados en las esquinas del cenador, que la brisa del mar agitaba. Las llamas de las antorchas seguían iluminándolo todo con su luz anaranjada, pero ellos ya no lo disfrutaban. El BMW y el chofer estaban en el paseo, esperándolos y, en cuanto los vio llegar, abrió la puerta de atrás para que entraran, tan educado y discreto como cuando la recogió a ella en su casa. Pero Darío no lo estaba siendo, pues todo el camino fue besándola y calentándola. No la tocaba donde su cuerpo necesitaba, pero si todas las zonas que hacían que sus pechos, y sobre todo, su sexo, pidieran atenciones entre humedades y tensión. Aunque hacerlo, provocará que él también estuviera incomodo a juzgar por la prominente elevación de los pantalones entre sus piernas.

Cuando el coche entró en un garaje del paseo de Gracia, Darío se separó de ella, pero no demasiado, porque la mantuvo pegada a él cogiéndola por la cintura, como si temiera que ella desapareciera.

—Bienvenida a casa.

—Gracias.

Izar esperó junto a él la llegada del ascensor que los llevaría a su dúplex, que se abrió ante ellos con una decoración moderna y minimalista. Lo primero que se veía era el salón, abierto hacia la

cocina con una barra americana. Había más habitaciones, tras lo que parecía una cortina de plástico, que separaba la zona de obras. A la izquierda, había una escalera y Darío tiró de ella para que subieran y guiarla por el pasillo hasta la puerta del fondo, su dormitorio.

—No creía que te pudiera tener aquí al fin.

—Ni yo estarlo —sonrió—. Tienes un piso precioso.

—Aún lo estoy reformando, tal vez quieras ayudarme... pero primero, fuera la ropa y comprobemos si mi cama es capaz de soportarnos toda la noche.

Izar se apartó de él, juguetona, mientras muy despacio deslizó la ropa por su cuerpo con movimientos sensuales. Con los ojos fijos en los de él, se humedeció los labios cuando soltó el sujetador de su enganche y lo dejó caer a sus pies. Una sonrisa maliciosa asomó en su bello rostro.

—Preciosa. He soñado con tu cuerpo cada noche, cervatilla.

—Y yo, con el tuyo. —Recorrió el cuerpo de él con una mirada llena de deseo —pero desnudo.

Darío no pudo negarse a la petición implícita y empezó a desabrochar la camisa que llevaba por fuera de los pantalones. Cuando la dejó caer, le siguieron los pantalones claros de lino, dejando al descubierto su erección.

—Con estos pantalones, la ropa interior está de más.

Ella se acercó a él y tomó la erección en sus manos.

—Lo prefiero así —mordisqueó su cuello mientras lo acariciaba lentamente con dedos suaves y delicados.

—Yo te prefiero debajo de mí, Izar. Te he echado tanto de menos... —su tono salió ronco por el deseo. Si continuaba acariciándolo de esa forma tan suave, se correría como un adolescente, y deseaba disfrutar de ella.

Cogiéndola por las nalgas, la levantó para dejarla caer en la cama y empezó a besarla con el hambre de un preso que llevaba décadas sin poder saborear a una mujer. La besó con avidez y maestría hasta que los labios le quedaron hinchados y sensibles, enrojecidos por el roce de su barba de tres días, esa que a ella la hacía enloquecer. Dejando atrás la boca que lo incitaba a introducirse en ella hasta derramarse por completo, atrapó uno de los duros y rosados pezones en la boca y lo chupó haciéndola gemir y arquearse. La sentía restregarse contra su cuerpo y eso era una auténtica tortura que trataba de sobrellevar bebiendo del dulce sabor de su piel.

Izar deseaba el contacto de Darío, notarlo contra ella porque al tocarla había sentido cuánto lo deseaba, y era mucho más de lo que creía. Su útero pulsaba de necesidad, dejándola completamente húmeda y deseosa de más por sus caricias. Cerró los ojos gimiendo su nombre, como una pequeña plegaría, un ruego. Una necesidad extrema. Lo necesitaba dentro de ella, necesitaba sentirlo en su interior. Que la hiciera gritar de placer haciéndola suya de nuevo. Porque ella lo era.

—Darío...

—Hoy nada de juegos, solo entrégate a mí. Hoy no quiero follarte, Izar. Necesito hacerte el amor,

amarte con mi cuerpo como lo hago con el corazón.

Con un suave movimiento de caderas, se introdujo despacio en ella, sosteniéndola, notando cómo se expandía para recibirlo y lo abrazó haciéndolo gemir por su humedad. No había podido estar a solas con una mujer desde hacía demasiado tiempo, prácticamente desde Ana. Tenerla allí, en su casa, en su cama donde nunca había estado nadie, parecía lo correcto. Así era como debía ser.

Esa noche le iba a hacer el amor porque quería demostrarle que entre ellos, una relación más allá del sexo por puro placer, era posible. Le diría con su cuerpo lo que no se atrevió a decirle con palabras.

Izar rodeó las caderas de Darío con sus piernas y se arqueó para que profundizara más dentro de ella. Su cuerpo era puro fuego, notaba cómo su sangre se convertía en lava fundida, envolviéndola de un placer que solo Darío era capaz de darle con una única caricia. Esa noche, ella se estaba entregando al hombre que amaba, porque estaba perdidamente enamorada de él. No había sido capaz de estar con nadie más y él le respondía justo con lo que ella le pedía. Era una locura, lo sabía. Habían empezado la casa por el tejado, pero Darío era el dueño absoluto de su corazón y por mucho que ella se resistiera, esa era la realidad.

Empezó a moverse en su interior cada vez con más dureza y rapidez, sintiendo que cada vez que entraba y salía de ella el clímax se acercaba con más fuerza. La deseaba tanto, aquello estaba siendo tan intenso, que podría estallar en cualquier momento. Estuvo demasiado tiempo sin ella. Nunca más la iba a dejar apartarse de él como lo hizo. La veneraría, la amaría y cuidaría porque ella era un regalo, un tesoro que estaba dispuesto a cuidar y mantener a su lado.

Izar le sujetó el rostro con ambas manos, anclando su intensa mirada nublada por el deseo en sus profundos ojos, diciéndole todo en esa mirada, lo besó con todo el amor que era capaz de transmitir en ese apasionado arrebato.

Y ese beso le hizo perder el control que trataba de mantener, embistiendo duro dentro de ella una y otra vez. Sujetándola con firmeza de las caderas, Darío movió una mano hacia su clítoris y lo acarició enviándola a un orgasmo abrasador que la hizo gritar a pleno pulmón. Se liberó en el interior de Izar, gruñendo de placer contra sus labios. La amaba.

~Y™

Solo tenía que poner la dirección, y podría hacer el envío. Le había llevado varias semanas averiguarlo todo, pero al fin sabía por dónde podría golpear para causar el mayor dolor posible antes de acabar con su existencia. Oh, sí. Tenía intención de acabar con su miserable vida construida sobre su sufrimiento. Debido a su traición, pudo ascender, hacerse notable, pero sobre todo, vivir, cosa que a él le había sido negada.

Ellos acabaron en la cárcel, no pudieron disfrutar del amor, de una familia, de un trabajo, amigos, salidas nocturnas, noches en vela por amor. Si pasaban una noche en vela era por sobrevivir, por si alguien entraba en la celda con intención de rebanarles el cuello. Había sido un continuo estrés vivir

con ese miedo en el cuerpo. Pero a la vez lo fortaleció y creó una coraza contra las emociones. La cárcel tenía ese don: O te hundía en la miseria o salías siendo más duro. Era la ley del más fuerte, los débiles no tenían cabida.

Tras poner la dirección, dejó el paquete en el mostrador de la agencia de envíos.

—Entonces, ¿pueden hacer la entrega en esta fecha? ¿No se perderá?

—Puede confiar en nosotros. Cada paquete será entregado en la fecha convenida, en la dirección indicada.

—Bien.

Tras dejar el dinero sobre el mostrador y recoger los justificantes, dejó la pequeña oficina y salió sin rumbo fijo. Ahora, pasear era una de sus mayores ocupaciones. Disfrutar del aire libre y el cielo. De la libertad. Y de paso, planificar su venganza. Los primeros pasos estaban dados, ahora solo le quedaba asegurarse de que cierta persona cumpliera con los horarios y asegurarse de que ese día saliera todo bien. Pagaría por su traición. Se lo iba arrebatar todo, despacio, sin prisa. Quería saborear al máximo su sufrimiento.

Capítulo 11

A media mañana, Darío se despertó y se quedó mirándola dormir. Aún le costaba creer que, después de los meses que había pasado añorándola, al fin estuviera allí, a su lado, y amanecieran juntos. Estaba relajada, preciosa y casi podía jurar que una ligera sonrisa curvaba sus labios. Le apartó un mechón rubio de la cara, sin querer despertarla. Aún no.

Se levantó con cuidado de no molestarla, y poniéndose un pantalón negro suelto y cómodo que solía usar para entrenar, bajó a la cocina negra y blanca que lo esperaba perfectamente ordenada y limpia.

Dada su posición social y su trabajo, muchos pensaban que si estaba tan perfecta, era porque no la usaba nunca, pero no era así. Cocinar en ocasiones le ayudaba a pensar, pero también lo hacía por necesidad: cuando tenía hambre. No siempre vivió como el hombre rico de ahora, con una mujer que venía dos veces por semana a limpiar la casa, que le hacía la compra y le llevaba las camisas al tinte. Antes no tenía chofer, pues en realidad lo era él... Y un recuerdo fugaz de aquella época cruzó por su mente, pero lo desechó rápido. Aquello era el pasado, no podía dejar que el pasado arruinara su futuro con Izar. Debía dejarlo enterrado que era donde pertenecía.

Puso la cafetera en marcha y sacó un poco de pan para tostar. Esa mañana quería que todo fuera igual que en la cena, sorprenderla y mimarla, dejarle ver cómo era pues así había sido en la época en la que estuvo casado con Ana. Después de ella, nunca había vuelto a compartir aquel nivel de intimidad con nadie, y hacerlo para Izar, y con ella, era fácil y natural. Deseaba que viera cómo era él realmente.

En la habitación, Izar se desperezó y se encontró sola en la cama, en una que le era desconocida. Una sonrisa acudió a sus labios recordando la intensa noche junto a Darío. Al incorporarse en la cama, completamente desnuda, paseó la mirada por la habitación. Estaba decorada de manera moderna y era acogedora, aunque se notaba el toque masculino. Cogió una camiseta de Darío sin ponerse nada más debajo, y fue en su busca, siguiendo el sonido de los cacharros. Suponía que estaría en el piso de abajo, pues parecía ruido de tazas y platos.

Una vez lo encontró, se apoyó en arco que fingía ser una separación entre el comedor y la cocina, viéndolo manejarse en la cocina. Izar se mordió el labio al verlo tan sexy con ese pantalón holgado. Nunca se cansaría de mirarlo. Era el sueño húmedo de cualquier mujer.

—Deja de mirarme el culo y entra. El café está recién hecho.

—Tengo unas vistas estupendas desde aquí.

Darío se giró y la enfrentó. Estaba preciosa y sexy con una de sus camisetas, dejando ver esas preciosas piernas con el cabello alborotado y las mejillas sonrosadas.

—Las mías, han mejorado mucho.

Izar alzó ambas cejas mientras se acercaba a él.

—Puedes verlas más de cerca. —Rodeó su cuello con los brazos y lo besó. Adoraba su sabor y la

sensación de estar en una nube que le producía estando con él.

—Sí, me gustan más de cerca y poder tocarlas.

Ella sonrió seductora ante el cumplido.

—Necesito una buena taza de café con leche. —Se apartó de él para ir a ponerse la taza.

—También hay tostadas. Supuse que debías reponer fuerzas después de lo de anoche.

—Estás hecho todo un cocinero.

—Café y tostadas, sí. Con esto me dieron plaza en *Le Cordón Bleu* de París. No pudieron negarse.

—La observó llenarse la taza de café, deseando ver aquella sencilla escena, cada mañana.

Izar se rio mientras se untaba las tostadas con mantequilla. Mordió una de ellas mientras se giró apoyándose al mármol de la cocina.

—Eres el cocinero más sexy que he visto. —Paseó su mirada por todo el cuerpo de él.

—Y tú, la mujer más hermosa que nunca se ha comido mis tostadas. —Apartó uno de los taburetes de la barra para que se sentara y él lo hizo en el de al lado tras dejar las dos tazas de café con leche y un plato con tostadas.

—Seguro que has preparado el desayuno a muchas.

—La verdad es que solo a Ana.

Abrió los ojos sorprendida.

—Vaya, te juzgué mal.

—¿Y cómo me juzgaste? —Bebió un sorbo del café, mirándola a los ojos, aunque ya sabía la respuesta, quería oírla.

Izar removió el café, inquieta. Eso le pasaba por hablar más de la cuenta.

—Creí que... bueno, ya sabes... que habría muchas. Oh Dios, sueño patética.

Darío le cogió la mano y le besó la punta de los dedos.

—Ha habido muchas, Izar, pero ninguna me ha importado. Solo las he usado, como ellas a mí. Eres la primera mujer que he traído aquí, y la que pretendo que se quede.

Ella no apartó la mirada de él.

—No sé qué decirte, Darío. Va todo tan deprisa —aunque lo deseara con todas sus fuerzas, una pequeña parte de ella, la más prudente, la hacía mantenerse en guardia.

—No somos dos críos, Izar y sé lo que quiero. —Se levantó y sacó algo de un cajón junto a la encimera. Cuando volvió a sentarse, puso una llave sobre la mesa—. Úsala como quieras, pero espero que un día, y ojalá que pronto, sea para traer tus cosas.

—Darío... —se mordió el labio, no podía creer que le estuviera proponiendo irse a vivir con él —¿Estás seguro?

—¿Acaso hay algo seguro en la vida? Todo cambia, y quiero ver los cambios contigo. Por mi, te ataría a mi cama hoy mismo, pero no creo que sea buena idea, a no ser que sea desnuda.

Izar se rio, lanzándole una servilleta al rostro.

—Tonto.

—Más bien, loco.

Esperaba que por ella, porque cuando le sonreía y la miraba de esa forma, la hacía volar y soñar.

—La pondré con mis llaves.

Darío sonrió y volvió a besarla en los labios antes de volver a atacar el desayuno, uno sencillo, pero que en su compañía era el mejor de los manjares. Esperaba que pronto pudieran desayunar juntos cada día, y eso lo sorprendía y le gustaba, pues tras Ana, nunca pensó volver a enamorarse, y mucho menos, merecer tanta felicidad.

Izar acarició la llave mientras desayunó en la compañía de Darío. Él aún no lo sabía, pero ya se había ganado un hueco en su corazón. Uno bastante grande ya que era su dueño.

~YTM

Después de pasar el día entero en casa de Darío, o más bien en su cama, Izar volvió a casa. Suerte que no estaba ovulando, si no se veía de nuevo haciéndose la prueba de embarazo, no entendía que ocurría con ella en ese aspecto, pero con solo tocarla se olvidaba de todo riesgo. Darío la llevó en su propio coche y estuvieron tocándose y besándose en cada semáforo como adolescentes. Después, siguieron parados frente al portal de su casa, hasta que un coche les pitó porque estaban bloqueando la calle. Muerta de risa, Izar bajó del coche y se despidió de él con una sonrisa de oreja a oreja.

Subió hasta casa canturreando y casi dando saltitos por el rellano, estaba en una nube, vio un ramo de rosas blancas en la puerta. Al parecer, Darío seguía enviándole flores, y aquello la hizo sonreír aún más. Cogió el ramo que estaba en un jarrón y entró a casa.

Después de cambiarse de ropa, y ponerse cómoda, volvió al salón y cogió la nota del ramo que dejó en la misma mesa donde estaban los tres anteriores.

“Sufrirás por amor, tanto como me has hecho sufrir a mí. Una gota de tu sangre por cada una de mis lágrimas.”

Izar se extrañó de aquella nota tan extraña. No podía ser de Darío, pero tampoco ponía quién la enviaba.

La dejó en un lado, desechándola, pero no quería tirarla. Tal vez era un fan que pensaba que aquello le gustaría, en plan admirador secreto, pero en realidad le había puesto los pelos como escarpas y un escalofrío le había recorrido la espalda. Al parecer tendría que hablar con Elena. Su hermano podría ayudarla, al ser detective de homicidios estaba más que acostumbrado a este tipo de

amenazas, aunque tendría que prestarle declaración y enseñarle las rosas junto con la nota. Izar suspiró, pero no lo haría esa noche. Esa noche, solo quería recordar a Darío y lo que le había hecho sentir. Mañana sería otro día y pensaría si acudir a Héctor o esperarse un tiempo.

Olvidándolo todo, se metió en la cama, pensando en que tendría que montarle una escena a Elena, antes de contarle que, gracias a ella, había vuelto al lado de Darío.

Capítulo 12

Ya llevaban un mes saliendo, y no había día en el que Darío no pensara que había sido la mejor decisión de su vida. Aún no había conseguido convencerla de vivir juntos, pero todo se andaría.

Más de una noche, volvían a ir, ya como pareja, al Eros. Nada de ir por separado, dejando bien claro que la cervatilla era suya, y que si alguien quería tocarla, sería con su consentimiento. Con el de ambos. Izar también marcaba territorio. Aún recordaba con una sonrisa la mirada asesina que le dedicó a una novata que se fue directa a por él. Izar no tardó en amarrarse a su cintura, mirarla como si pudiera desintegrarla con solo eso y después besarla, metiéndole la lengua casi hasta la campanilla. Aquello lo había calentado tanto, que no espero ni a llegar a un reservado. De un tirón, la había sentado sobre él en el sofá, y allí mismo, delante de la novata y de todos, la había hecho gritar de placer. Pero también era cierto que ya apenas usaban los reservados. La habitación VIP de Darío se había convertido en su lugar favorito del Eros. El jacuzzi había sido todo un descubrimiento para los apetitos sexuales de Izar. Allí se movía como una sirena llevándolo al paraíso.

Las cosas habían cambiado, y para mejor. No solo iban al Eros, a compartir sus cuerpos entre ellos o con otros, ahora hacían cosas de pareja normal, como Izar solía decir. Pasaban horas hablando después de cenar, sin hacer nada más que jugar con la pequeña mano de Izar dentro de la suya. Le gustaban aquellos momentos de intimidad en los que se mostraban más desnudos aún que en el sexo.

Si lo pensaba, nunca antes tuvo una relación así con nadie, ni tan siquiera con Ana. Cierto que se había entregado a ella en cuerpo y alma, pero había una parte de él que nunca entregó, y que Izar era la primera que conoció y aceptó. Con ella podía ser sincero en todo.

Ese pensamiento le pinchó en el pecho, pues sabía que no era así realmente, pero tenía intención de cambiar aquello. Debía de contarle esa parte que intentaba enterrar en el fondo de su mente, sabía que era necesario para darse completamente a Izar. Era una mujer como pocas y además se había integrado en su mundo de una manera que, si trataba de pensar en su vida antes de ella, estaba claro que le faltaba algo. Y ahora, si miraba hacia delante, no veía nada donde no estuviera ella.

En cuanto al libro de Izar, Raquel estaba haciendo un gran trabajo, pero él no quería dejar ni un solo cabo suelto y estaba supervisándolo todo personalmente. Se había implicado en el libro de Izar como hacía tiempo no lo hacía.

Esa mañana, tocaba la sesión de fotos para la portada y Raquel, junto con Elena, había insistido en que debía haber un hombre sexy que atrajera al público femenino tanto como el título, y Darío había movido varios hilos y el modelo que había conseguido para la portada era el más deseado entre las mujeres: Sandro Lombardi. Y la verdad es que valía cada euro que habían pagado por aquella sesión que ya llegaba a su fin. El torso de aquel hombre, atraería incluso a los hombres hacia aquella portada.

Sandro sonreía pícaramente a la cámara, se movía y posaba a las órdenes del fotógrafo. Era su trabajo, un trabajo que adoraba y en el que se lo pasaba bien. Era un verdadero placer ver en los rostros de las mujeres el deseo contenido. Pero era solo eso. Deseo. Lujuria. Una mentira. Y él solo les permitía ver, nunca tocar, a no ser que el reportaje lo exigiera.

Tras dos horas de fotos, maquillaje, retoques de peluquería y varios looks, el fotógrafo dio la sesión por terminada, y Sandro aprovechó para alejarse tanto del grupo de trabajo, como del de las curiosas que fueron hasta allí solo por verlo, y beber un poco de agua. Esas sesiones intensivas lo dejaban sediento.

—No soy un profesional de la fotografía, pero creo que has hecho un gran trabajo, Sandro —dijo Darío tendiéndole la mano.

Sandro le estrechó la mano con una sonrisa sincera, mucho más luminosa que la que usaba para el trabajo.

—Siempre es un placer trabajar con los mejores.

—Gracias. La verdad es que hacía tiempo que no hacíamos una portada así.

—El libro bien lo merece —sonrió.

—¿Raquel te ha pasado el manuscrito? —Darío metió las manos en el bolsillo del pantalón.

—Aún no, solo me ha dejado ver la sinopsis y me ha comentado algunos detalles, pero tengo que decirte que estoy deseando leerlo. No tengo mucho tiempo libre para leer cuando trabajo, pero viajo mucho, y en los aviones devoro todos los libros que puedo.

—Le diré a Izar que te firme un ejemplar, aún no se termina de creer que hagas tú la portada.

—Me gustaría poder conocerla en persona.

Darío aprietó los dientes, pero debía admitir que tener celos de un hombre que para todas era solo fachada y cabeza hueca, no era lógico.

—Tal vez un día te pueda invitar a cenar a casa.

—Lo aceptaré encantado. Raquel me ha hablado muy bien de ella —dijo un gran trago de agua del botellín que mantenía en su mano derecha.

—¿Y qué te ha dicho exactamente?

—Qué es una gran escritora y... —Sandro sonrió al mirarlo— que sale contigo desde hace poco.

Darío sonrió satisfecho. Esperaba que aquello significara algo para un Casanova como era aquel modelo al que cada semana se le achacaban dos o tres relaciones.

—Exacto. Es una gran escritora, y es mi novia —resaltó la última palabra.

Sandro inclinó de nuevo el botellín de agua y bebió de él intentando no soltar una carcajada. Se veía a leguas que estaba enamorado de ella.

—No voy a ir a por ella. —Dejó la botella en una de las mesas—. Si quieres un consejo —le dijo fijando su mirada azulada en él—, no te creas todo lo que publican. Te sorprenderías de la gran imaginación que tienen algunos periodistas.

—¿Casi tanta como los escritores? —ironizó Darío.

—Puede que hasta más —sonrió amigable.

—Me alegra saberlo, y espero que la sesión haya estado bien. Le diré a Izar que te firme uno de los primeros ejemplares, así podrás leerlo antes de que salga a la venta.

—Me encantaría hacerlo, solo leer la sinopsis me entraron ganas de tenerlo. Y si queréis llamarme para futuros libros, estaré encantado de volver a trabajar con vosotros.

—Perfecto, no creas que no lo tendré en cuenta. Y... Hablaré con ella, tal vez sí podamos cenar alguna vez los tres.

Sandro se acercó a Darío en dos zancadas, era tan alto y corpulento como él.

—No suelo dedicarme a seducir a las novias de los demás. Puedes estar tranquilo. Por tu mirada veo que te importa bastante.

—Me caes bien, Sandro... Me caes bien —le tendió la mano como si con eso enarbolara una bandera blanca, le tranquilizaba que se hubiera tomado la molestia de decirle que no iba a por Izar. Ese gesto decía mucho en favor del modelo.

Sandro se la estrechó con una sonrisa en el rostro.

—Me alegra saberlo.

Darío dio un paso atrás, y volviendo a meter las manos en los bolsillos de sus caros pantalones del traje, salió de la sala polivalente camino de su despacho. Aunque las palabras de Sandro parecían sinceras, su ataque de celos, lo había sorprendido. Con Ana, incluso después de la separación, no había tenido celos por un simple comentario. Algo era diferente con Izar, y eso lo seguía asustando, pero verla a su lado al despertar, las noches que lograba convencerla de que se quedara a dormir, era suficiente para desechar sus miedos y enfrentar el futuro de su relación, juntos.

~YTM

Elena, junto a Izar, estaba sentada frente a su ordenador haciendo pruebas. Esa mañana habían empezado a preparar la página web del libro, y actualizado la de escritora de Izar. Por mucho que estuviera en una gran editorial, había cosas que siempre se hacían fuera del control del editor y que se hacían por el lector.

—¿Te parece bien si añadimos un foro en la web para que los lectores comenten? —dijo Elena mirando las opciones para añadir. Izar mordiendo el bolígrafo alzó la mirada de los apuntes y se centró en Elena.

—Me parece perfecto, siento curiosidad por ver qué opinan.

—Sí, vas a poder leer de todo. Te recomendaría una tila antes de hacerlo, y que en ningún momento se te llegue a escapar que, parte de lo que cuentas, es verdad.

Izar rompió a reír.

—Tranquila que no lo haré, tengo que mantener mi reputación.

—Sí... Y yo sigo sin querer saber qué es verdad y qué no. Si no, no creo que pueda mirar a Darío a la cara, que por cierto, corta te quedaste diciendo que estaba bueno.

Elena había conocido a Darío en persona un par de semanas atrás, cuando había estado en las oficinas de Libros Gueller para poder hablar con Raquel sobre detalles técnicos del libro. Al principio había querido sacarle los ojos por lo mal que lo había pasado Izar cuando él la plantó en el Eros yéndose con una pareja y despreciándola. No se le olvidaría el aspecto tan desastroso que tenía cuando la vio el día que, ya asustada de no saber nada de ella, fue a buscarla. Si en aquel momento hubiera sabido quién era él y dónde encontrarlo, sus pelotas habrían peligrado.

De las cuatro amigas, Elena era la tranquila, la dulce y comprensiva, pero que no le tocaran a ninguna de sus amigas, sus hermanas, y sobre todo a Izar. La ignorancia de todos aquellos detalles sobre Darío lo habían salvado de su ira, pero después de ver la cara que ponía cuando creía que no la veía mirando las flores que él le había mandado, no pudo negarle la oportunidad que él le pidió por teléfono. Había estado nerviosa toda la noche, esperando que Izar entrara en su casa y tratara de matarla pero, por suerte, no supo nada de ella hasta la mañana siguiente en que la llamó para decirle que había empezado a salir en serio con él, que estaba enamorada y que Darío le había dado una llave de su piso.

Cuando lo conoció, lo entendió perfectamente. Aquel hombre era un pecado, su sonrisa devastadora, y cuando cada escena del libro pasó por su mente, se había sonrojado hasta la raíz del pelo.

—También te dije que era muy sexy... —ronroneó.

—Cabrona con suerte —y juntas, rompieron a reír.

En ese instante sonó un pitido que le indicaba que les había llegado un correo. Izar sonrió de oreja a oreja, no queriendo perderse la cara de su amiga.

—¿No vas abrir el correo? —le preguntó.

—¿Ahora me das ordenes? Y luego no quieres que te llame tirana esclavista —dijo con fingida indignación mientras abría el e-mail que usaban para el trabajo. Al parecer, Raquel le mandaba las primeras pruebas de la portada para su aprobación, junto con la sesión de fotos completa, por si preferían otra imagen.

Cuando Elena dio a descargar los archivos adjuntos después de leer el mensaje en voz alta, y abrió el primero de ellos, dio un grito que podía rivalizar con las fans quinceañeras de Justin Bieber o los Jonas brothers.

Izar rompió a reír, sabía que era fan incondicional de Sandro Lombardi, y quién no... Era un hombre tremendamente atractivo. Su sonrisa derretía a la más fría, y Elena estaba enamorada de aquel hombre desde ya no sabía cuándo.

—Deberás escoger la más sexy... no sé si podrás con tanta baba.

—Pero ¿son de verdad? ¿Sandro va a ser la portada? ¡Capulla! No me lo dijiste —Elena no

apartaba la mirada de aquellas fotos que nadie había visto, eran solo para ellas, y ella... Ella solo quería morderle aquel perfecto trasero.

—Darío lo contrató, y sí, estas fotos son para nosotras. —Izar no dejaba de sonreír al ver las expresiones de Elena.

—Madre mía... ¡pero míralo! ¿Hay algo más perfecto que este hombre?

—Sí, Darío —sonrió.

—Eso es porque te ciega el amor, Izar. Lo de Sandro es simplemente perfección masculina pura y dura. Joder, sobre todo dura.

Izar rio con ganas.

—Está muy bueno, sí. Tiene unos ojos preciosos, no te lo negaré. Pero te digo que Darío está igual de fibrado y si te cuento cómo me alza en brazos y me apoya en la pared....

—Esto demuestra que sí podía llegar a odiarte. ¿Por qué eso no me pasa a mí? ¿Acaso pido mucho? ¡Solo quiero morderle el culo a Sandro Lombardi!

Izar abrió los ojos mirando asombrada y divertida a su amiga.

—No me jodas que fantaseas con morderle el culo.

—Bueno, solo con eso no, pero es que es tan redondito y tan prieto... ¿no hay ninguna de él de espaldas? —murmuró casi mas para sí misma, buscando entre las imágenes de la sesión.

Izar secándose las lágrimas de tanto reírse le dijo:

—Quizás una de las últimas, creo que sí se hizo una de espaldas, completamente desnudo.

Elena abrió los ojos hiperventilando cuando vio la imagen de la que hablaba Izar, y se le secó la boca.

—Por los dioses. —Fijó la mirada en el culo del modelo sin parpadear.

—Un culo perfecto, sí. —Izar se hizo la entendida golpeándose la barbilla con la punta de sus dedos.

—Y no solo el culo, todo... Lástima que sea un mujeriego, un divo y no sé qué más. En definitiva, uno de esos hombres que no merecen la pena... Pero por babear la pantalla que no quede.

—Tienes razón, pero hombres como Darío hay, Elena. Solo tienes que salir y buscarlos. —Se apoyó en el respaldo de la silla dejando su peso en él.

—Prefiero la seguridad de mi casa, Izar. Pero tal vez un día, salga.

—Elena ¡Mírate! Eres guapa, inteligente con buen cuerpo. Deberías salir y comértelos con patatas. —Chasqueó los dedos para captar su atención.

—El problema es que me comen a mí. Solo atraigo a los idiotas que se creen que por que quede con ellos me voy a dejar hacer lo que quieran y si te he visto no me acuerdo. Tal vez debería plantearme hacerme monja. —Colocó un mechón de pelo detrás de su oreja.

—No digas gilipolleces. Además gilipollas hay en todos los sitios, solo es cuestión de paciencia y saber buscar— dijo Izar convencida, ella lo había encontrado.

—Se me da bien buscar en la red, en la vida real no hay Google, y eso, sinceramente, es un fallo enorme.

Izar puso los ojos en blanco.

—Me rindo contigo, no tienes remedio.

—Si lo tengo. Él. —Señaló la pantalla del PC.

—Sí, en foto, ¡Qué subidón! —dijo con sarcasmo.

—Vete a darte un paseíto por el puerto, anda, y escoge la portada de tu libro. Yo me quedo el resto de las fotos.

—La portada la vas a escoger tú, monina. Es tu amor platónico. Te dejo ese honor a ti —alzó ambas cejas guasona.

—Eso es tortura, jefa déspota y sanguinaria.

—Esa soy yo. —Hizo parpadear sus pestañas rápidamente.

Elena sopló, pero no apartó los ojos de aquellas imágenes. Sabía perfectamente cuál escogería ella, y si debía elegir, sería esa. Un torso como aquel, unido a una picara mirada, era perfecto para tentar a las lectoras hacia el placer de Eros.

~Y™

Loles, su secretaria le acababa de traer el correo de la mañana y un café bien cargado. Le esperaba un día duro y el correo era la primera tarea de la mañana.

Tras repasar varias facturas, encontró una carta que le llamó la atención al estar el sobre escrito a mano. No había remitente, solo la dirección de la empresa y su nombre. Lo abrió y encontró una carta también escrita a mano sin fecha ni nada, que era apenas unas líneas.

“Sé quién eres. Tú sabrás quién soy, y cuando lo sepas, sufrirás”

Darío la dejó encima de la mesa y suspiró, cerrando los ojos, dejando caer la cabeza contra el respaldo de su silla de despacho. *Sufrirás.*

Aquello podría ser una simple amenaza de las miles que gente desconocida y obsesiva lanzaba a gente famosa o poderosa. Podía no darle importancia o podía avisar a la policía, pero lo más probable es que no fuera nada. *Sé quién eres.*

No tenía por qué significar nada, o tal vez lo era todo. Decidido a que nada enturbiara su día, la dejó debajo del todo del montón para desechar. Tenía que centrarse en el libro de Izar y nada más.

Esa era su prioridad.

Capítulo 12+1

Izar estaba sonriendo, mientras se dirigía en su coche, hacia casa de Darío. Ya llevaban dos meses juntos y cada día que pasaba era mejor que el anterior. En el asiento del copiloto llevaba un ejemplar de su libro, al fin estaban listos para ser lanzados, y Raquel envió unos cuantos a su casa para que los disfrutara o regalara. Estaba deseando llegar para poder enseñárselo y celebrarlo juntos. Le encantaban sus sesiones de sexo salvaje, siempre acababan saciados y deliciosamente agotados.

Tras varias vueltas a la manzana, consiguió aparcar su vehículo, y se dirigió con paso ligero hacia el piso de Darío. Abrió la puerta con la llave, que él mismo le dio, y se quedó totalmente petrificada en la entrada del diáfano dúplex. En el comedor, había una mujer muy hermosa, morena, alta, y escultural, con una taza humeante de café en las manos y vestida solo con una camisa de hombre.

Al verla, deseó morirse, una oleada de dolor la invadió, haciendo que se apoyase en el marco de la puerta. Sintió cómo su corazón bombeaba demasiado deprisa, y que su temperamento, amenazaba con salir. Aquella mujer no era la culpable de su estrés, el único culpable era él, y deseó arrancarle las pelotas en ese instante.

La mujer, sonrió amablemente al verla, después de mirarla con sorpresa.

—Oh, perdón. No tenía idea que vendría hoy. Darío nunca ha querido que la chica de limpieza trabajara en sábado, decía que el fin de semana era para descasar. Me sorprende el cambio.

Izar abrió y cerró las manos para no estallar en ese instante. ¿Por qué aquella mujer conocía tan bien las costumbres de Darío, y andaba medio desnuda por su piso? ¿Cuánto tiempo llevaba engañándola? Ella había sido solo una diversión para él, todo era una mentira. Sintió cómo crecía un nudo en su pecho, y las lágrimas acudieron a sus ojos. Respiró hondo, para contenerlas, susurrando:

—Me he equivocado de día. —Giró sobre sí misma, sin decir nada más, y salió del piso. En cuanto cerró la puerta, echó a correr hacia el coche, con las mejillas empapadas en lágrimas de dolor.

El camino hacia su casa, lo hizo como una autómatas. Ni siquiera recordó cómo llegó, y fue capaz de conducir por la ronda de Barcelona, sin tener un accidente, ya que no cesaba de parpadear para despejar sus ojos de lágrimas. En aquel momento, pensó, que no habría estado mal que el ser humano tuviera limpiaparabrisas en los ojos para estos casos.

Cuando llegó a la puerta de su casa, estaba agotada física y psicológicamente, lo único que quería era entrar y olvidarse del resto del mundo. Ya no le importaba nada, ni su libro, ni la editorial, ni nada. Había perdido todo lo que realmente le importaba: Darío. Por eso no entendía qué hacía un ramo de rosas blancas junto a un paquete en la puerta de su casa.

Hacía poco más de una hora que había salido de casa, y no estaban. Recogiéndolos sin demasiado ánimo, los dejó en la mesa del comedor. No se molestó en leer la tarjeta. Solo Darío le enviaba rosas blancas, y no quería saber qué le decía. No quería leer excusas baratas después de lo que acababa de ver.

Abrió el envoltorio por pura curiosidad, con los ojos aún llenos de lágrimas. Un olor extraño

escapó del paquete al abrir las solapas que la hizo arrugar la nariz, pero cuando quitó la tapa de la caja de regalo, que se escondía dentro del embalaje para envío, un grito de puro terror fue lo que escapó de su garganta, tan alto, que debieron escucharlo en todo el edificio. En la caja, había una rata muerta, destripada y ensangrentada. Sobre ella, manchada de sangre, una nota que decía que ella sería la siguiente.

Cerró de golpe el supuesto regalo apartándose de ella tan rápido que perdió el equilibrio cayendo al suelo. Estaba completamente aterrorizada y se sentía terriblemente sola. En ese momento, necesitaba a Darío, necesitaba que la hiciera sentir segura entre sus brazos y le susurrara que todo saldría bien, que él estaba a su lado y la protegería de todo. En ese momento estuvo segura que las rosas no eran tuyas, como tampoco lo fueron la vez anterior. Un fan sicópata era lo último que necesitaba. Necesitaba a Darío, pero él, en ese momento, estaba en brazos de otra mujer, no en los suyos, y ese simple hecho la estaba desgarrando lentamente por dentro, como si miles de hormigas carnívoras se estuvieran dando un festín con ella. Izar, nuevamente, dejó salir su llanto, mientras se abrazaba a sí misma, arrodillada en el suelo. Toda aquella situación la superaba.

Mientras, en el dúplex situado en pleno Passeig de Gràcia, Ana se encogió de hombros sorprendida al ver cómo la chica de la limpieza dio media vuelta y se marchó sin más. Se sentó en uno de los taburetes de la cocina, con el café que acaba de sacar del microondas, en el instante en el que Darío bajaba las escaleras.

Al llegar a ella, Darío le dio un beso en la mejilla y cogió una taza para servirse un café. Aún llevaba el pelo húmedo de la ducha que acababa de darse.

—Buenos días. Espero que hayas dormido bien —dijo Darío, mientras se preparaba el café.

Ana había dormido en su casa, cosa que no le había entusiasmado.

Tras años de resentimiento, en los que Ana había disfrutado de verlo solo, y en que le había dejado claro que ahora ella estaba mejor, lograron enterrar el hacha de guerra cuando Darío estuvo ingresado de urgencias, para ser operado de apendicitis. No tenía familia a la que llamar en Barcelona. Su madre y su hermana vivían desde hacía años en Boston, y necesitaba a alguien a su lado esos días. No se le ocurrió llamar a nadie más, y a pesar de todo, Ana entró por la puerta dispuesta a no dejarlo solo en un momento así.

Durante los cuatro días en los que estuvo ingresado, tuvieron mucho tiempo para hablar. Se explicaron muchas cosas, unas tuvieron más sentido para él que otras, pero finalmente, lograron dejar atrás su antigua relación. Y aunque enterraron el hacha de guerra por el tiempo que vivieron felices, Darío no podía terminar de olvidar el dolor que su rechazo le causó, pero tenían dos opciones: odiarse el resto de sus días, o tener una relación distante, pero cordial. Optaron por la cordialidad, cosa que se reflejó en una llamada por los cumpleaños, y una tarjeta por navidad.

Aquella fue la primera vez que se vieron en los últimos dos años. Le pidió un favor, y no pudo negárselo, y fue por eso, él había pasado la noche en el sofá, y agradeció el haberse gastado un buen dineral en aquel mueble.

—Buenos días, y sí, he dormido muy bien. Gracias por dejar que me quede.

—No te acostumbres, no sé qué opinará Izar de esto —contestó al sentarse en el taburete frente a ella.

—¿Vas en serio con ella?

—La verdad es que sí. La quiero.

Ana dio pequeños sorbos al café mientras lo miraba.

—Si la quieres, como yo quiero a Joaquín, serás feliz. Por cierto, ¿todavía se está duchando?

—Sí, estaba entrando cuando yo bajé. De verdad, me alegro por ti. Si te soy sincero, si llegas a decirme que te casas hace cuatro meses, me habría dolido mucho, pero Izar logró que te dejara marchar del todo.

—Me alegra saberlo —dijo sinceramente, apoyando la mano sobre la de Darío por encima de la barra de la cocina—, debe ser una mujer muy especial si ha conseguido que te enamores de ella tan rápido.

—Créeme que lo es. Supongo que te la puedo presentar más tarde, vendrá en un rato.

En ese momento, la imagen de la joven rubia, volvió a Ana.

—Una cosa, ha venido la chica de la limpieza y se ha ido muy rápido diciendo que se ha equivocado de día. Darío, deberías mirar a quién contratas, una chica tan despistada no es conveniente para este trabajo.

—¿Qué chica de la limpieza?

—Una rubia muy mona, que ha entrado y se ha quedado parada en la puerta al verme. ¿No sabes qué personal contratas?

—¡Joder! Esa era Izar. —Se pasó las manos por el pelo, nervioso, y se puso en pie—. Con la obra, es la empresa quien se encarga, y suele venir un hombre. Ana, ¿qué ha dicho?

—Nada, solo que se había equivocado de día. Yo solo le he dicho que no sabía que venía a limpiar el sábado.

Darío se quedó pálido, posiblemente, al ver a Ana vestida solo con la camisa de Joaquín, habría mal interpretado todo.

—Lo siento, Ana, pero tengo que irme y explicárselo todo —su voz sonaba angustiada.

—No te preocupes ve, lo siento, yo no sabía que era ella.

—No es culpa tuya, debí haberla avisado. Luego os llamo.

Y sin más, cogió las llaves y salió del apartamento, dejando a su ex mujer y a su prometido allí, rezando, para que Izar, no estuviera planeando ya cómo descuartizarlo.

Cuando poco más de media hora después, y conduciendo como un loco por media Barcelona, llegó a casa de Izar, no pensó en ser educado, solo aporreó la puerta con ansia, esperando que todo estuviera bien.

—¿Izar? ¡Izar, ábreme!

Ella, se quedó mirando la puerta sin abrirle, aún sentada en el suelo. No sabía el tiempo que llevaba llorando sin poder parar, superada por todo: la mujer en el dúplex, el engaño de Darío, la rata muerta.

—Izar, se que estás ahí, por favor... Abre.

Pensando en evitar un escándalo en el edificio, se levantó y secándose las lágrimas abrió la puerta.

—¿Qué quieres? —dijo en apenas un susurro.

—Mierda. No llores —alargó la mano para secarle las lágrimas que aún quedaban en sus mejillas, pero ella se apartó, y eso le dolió—. Sé lo que has visto, pero no es lo que crees.

—¿Ah no? ¿Y qué es lo que tengo que creer? —lo encaró, furiosa y dolida.

—Que Ana solo estaba de visita, no la toqué.

—¡Ana! ¡Esa era tu ex! —le gritó aún más dolida—. Ha pasado la noche en tu casa, en tu cama y, ¿me dices que no la has tocado?

—Te lo digo. Dormí en el sofá, y sí, es mi ex, eso de ex significa algo, ¿no crees? —su tono empezó a endurecerse por el modo en que Izar se comportaba.

—¡No! ¡Estaba semidesnuda, Darío! —ella gimió, apartándose el pelo del rostro. Todo aquello la estaba destrozando.

—¿Y por eso me acosté con ella, Izar?

Darío la miró tenso, serio. Izar no estaba siendo razonable, y eso lo enfureció.

—¿Qué hubieras pensado tú si fuera al revés? —lo acusó.

—Izar, nuestra relación implica mucha confianza, pues dejo que otros hombres te toquen, aunque sea en mi presencia. Esperaba que, por tu parte, también la hubiera, pero por lo que veo, realmente no has aceptado eso, ni siquiera eres capaz de darme el beneficio de la duda. Yo no he tocado a Ana, Izar. Ni lo he hecho, ni volveré a hacerlo. Y vas a tener que creerlo así, sin más, si realmente confías en mí.

—Confío en ti cuando estamos en el club, ¡pero esto es diferente! A ella la has amado— clavó su mirada dolida en él.

—En pasado.

—¡Pero estaba en tu casa!

El dolor del pasado la golpeó con fuerza, haciéndola recordar momentos muy dolorosos, que pensaba que había enterrado para siempre. Pero se equivocaba.

—Y para ti, eso es motivo suficiente para haberte engañado. Pensaba que eras más madura. —Dio un paso atrás, y abrió la puerta del piso—. Vine para explicarte por qué ella estaba allí, pero tú solo piensas que te engañé, y no eres capaz de escuchar. Cuando dejes de comportarte como una cría, y vuelvas a ser una mujer, avísame.

Y dando media vuelta, salió de casa de Izar, que se sujetó la cintura y cayó de rodillas llorando.

Eran tantos los fracasos en sus relaciones que ya no sabía si era, o no, culpa suya. No supo qué creer, y él se había marchado tratándola como a una cría. Si se estaba comportando como una, era porque lo amaba con todo su corazón, y ver a una mujer en su casa la había destrozado. ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Creerlo a ciegas? No podía, no después de haber sido engañada y utilizada tantas veces. Jamás había sentido tanto dolor, como el que sintió en esos momentos. Sin embargo, aprendería a vivir con él, su destino era estar sola, y ya había llegado el momento de asumirlo. Aunque, su alma gritara impotente, y su corazón se desgarrara con cada día que pasara, lograría vivir sin él.

Capítulo 14

Izar, meneando su copa sentada en un taburete de la barra del Rabbit Hole, no apartaba la mirada del líquido oscuro que contenía. Habían pasado tres días, tres infernales días, en los que no se había despegado del teléfono, esperando una llamada suya. Pero no lo había hecho, y ella, aunque tentada, tampoco. Quizás se quería demostrar a sí misma que podía pasar de él, que podría olvidarlo. Sin embargo, no había sido así, y cada día que pasaba, era peor que el anterior, y el dolor en su corazón la atenazaba de tal forma que llegaba a hiperventilar. Se sentía miserable.

Lo había intentado pero no podía, se había regañado a sí misma delante del espejo por no ser capaz de tirar hacia delante. Quería olvidarlo y empezar de nuevo su vida, sin embargo cerraba los ojos y lo veía a él. En cada cosa que hacía lo anhelaba a él. Una voz sonó de lejos, sacándola de sus pensamientos.

—¿Me estás escuchando? —Agnes chasqueó los dedos frente a ella.

—No, lo siento, ¿qué decías?

—Qué estoy embarazada de un alien. ¿Se puede saber qué te pasa?

Izar sonrió a su amiga, pero la sonrisa, no le llegó a los ojos.

—Nada, que al final me iré a la acera de enfrente, porque los tíos que están buenos, son unos capullos. —Bebió un largo trago de la copa.

—Y si encima tienen dinero, el mismísimo demonio. Has discutido con el empotrador, ¿verdad?

—Agnes, se apoyó en la barra del bar.

Izar había ido a tomar una copa a media tarde al Rabbit Hole, donde Agnes estaba trabajando. La tarde era un momento tranquilo, pues apenas había clientes a aquella hora, cosa que no se podía decir, después de que empezará a caer la noche.

—Ha sido peor que eso. Encontré a su ex, en su casa, vestida solo con una camisa de Darío.

—¡Será cabrón! —Se enderezó como impulsada por un resorte —¿Y qué te dijo? Seguro que una excusa barata del tipo: no es lo que parece, cariño.

—Exactamente eso. Dijo que no se acostó con ella. Me acusó de no tenerle confianza —prefirió omitir que la había tratado como una cría. Bastante furiosa y avergonzada se sentía consigo misma, pues aquel hecho, le había dolido bastante.

—James hacía lo mismo. Siempre era mi falta de fe en él lo que me hacía ver cosas, que resultaron ser reales.

—Tú también pasaste lo tuyo. ¿Sabes? Creí que con él sería distinto. Al ser mayor, creí que esta vez... que saldría bien, ya sabes, la madurez y esas cosas.

—Con la edad son peores. A partir de los treinta, esta la crisis de los cuarenta, la de los cincuenta, la pitopausia... y el cachondeito de que quieren a dos de veinte antes de a una de cuarenta.

Izar sonrió a su amiga. Ella también lo había pasado mal con los hombres, bueno con uno. Agnes se casó con un hombre rico y guapo, todo lo que una mujer desea. Pero la engañó con muchas, y Agnes, hizo lo mejor que pudo hacer: divorciarse. Ella era, quizás, la más tonta de todas, porque no dejaba de tropezar con la misma piedra una y otra vez. Debería de empezar a preocuparse por su fijación con los hombres inmaduros.

—En definitiva, los hombres ricos y guapos son unos cerdos —concluyó Izar.

—Los peores de todos, aunque en realidad, la mayoría de los hombres, son unos cerdos —Agnes parecía la típica camarera aguantapenas en aquel momento, escuchando a su cliente con el corazón roto, mientras pasaba un paño por la barra.

—Tienes razón, tengan dinero o no, acaban siéndolo. —Vació su copa de un trago, a la vez que levantaba la mano haciendo una señal para que le pusiera otra, y Agnes sirvió dos más.

El sonido de la puerta, al entrar alguien al bar, no llamó demasiado su atención. Izar estaba de espaldas a la puerta, pero Agnes vio de frente a la mujer que entraba en ese momento, y que parecía completamente fuera de lugar allí. Tendría la misma edad que ellas, pero claramente no el mismo dinero en la cuenta corriente a juzgar por su ropa de diseño y los zapatos que parecían, no, rectificó Agnes, eran unos Jimmy Choo. Los reconoció porque ella, en su día, había tenido más de un par de aquellas maravillas. En su día, lo había tenido todo.

—Buenas tardes. ¿Te pongo algo de beber?

—No estaría mal, la verdad, pero en realidad, la buscaba ella —respondió señalando a Izar.

Izar alzó la mirada, y al girar la cara y ver a Ana frente a ella, su rostro fue todo un poema. ¿Qué hacía ella aquí? ¿Venía a recrearse en su dolor? ¿Decirle lo fantástico que Darío era en la cama? Mierda, si venía en ese plan, ya podía prepararse, porque no estaba de humor para aguantar a nadie, y mucho menos a una ex snob.

—¿A mí? ¿Para qué? —el tono con el que contestó, no era precisamente amistoso, pero la morena, no se dio por aludida.

—Creo que no nos han presentado en condiciones. Me llamo Ana, soy la ex mujer de Darío. —Le tendió la mano con una sonrisa amable en los labios perfectamente maquillados con labial rojo.

Izar quiso borrar esa sonrisa de su cara, pero sus padres la habían educado bien y, aunque todo su cuerpo le gritó que no lo hiciera, le estrechó la mano.

—Izar la... solo Izar.

—La novia de Darío, o al menos lo eras hasta el sábado —Ana pareció decirlo con pesar, aquello no cuadraba—. De verdad, no sé cómo disculparme por el malentendido, sabía que irías, pero no pensé que tuvieras llave del piso —parecía sincera, lo que desconcertó tanto a Izar, como a Agnes, que las miraba desde el otro lado de la barra, alucinada.

—Pues la tenía, sí. Es lo más normal, cuando una pareja mantiene una relación.

—Tienes razón, ¿puedo sentarme? —señaló el taburete vacío a su lado.

—Claro —Izar no acababa de fiarse de ella, pero la curiosidad por saber a que había ido, era grande.

—Darío no me contó mucho de lo que pasó cuando salió corriendo detrás de ti. La verdad, es que me siento un poco tonta por haberte confundido. Una de las razones por las que Darío estaba harto de mí, es que soy una snob, y no puedo evitarlo. Ahora, por suerte, nuestra relación es mucho mejor que entonces.

Izar, apretó la copa en sus manos, casi hasta el punto de romperla. Era eso o estampársela en la cara. Estaba empezando a contar interiormente hasta diez.

—En ese caso, espero que esta vez te dure —dijo entre dientes.

—Y yo, pero bueno, Darío está mucho mejor contigo, la verdad.

—No lo creo. Yo no comparto fuera del club.

—¿Y por qué deberías hacerlo? —y la cara de Ana cambió de interrogante a sorprendida —¡Oh! ¿Piensas que Darío y yo...? ¡No! Yo voy a casarme con Joaquín, por eso he venido.

—¿Que tú qué? —Izar la miró sorprendida, y Agnes dejó la copa a mitad de camino a sus labios. La cosa había empezado a ponerse interesante.

—Pensaba que Darío te lo había dicho, pero que tal vez, necesitabas que te lo confirmara yo misma. He venido porque vamos a vender nuestra antigua casa, y tenemos que arreglar unos papeles de los bienes del divorcio, para poder casarme con Joaquín. Pero llegamos la noche del viernes, muy tarde y en el hotel habían traspapelado nuestra reserva, así que le pregunté si podríamos pasar la noche en su casa, hasta que nos dieran la habitación al día siguiente. No le ilusionó demasiado, pero no pudo dejarnos en la calle.

—Y estabas con tu prometido en casa de Darío... —mierda, qué estúpida había sido.

—Sí. Tengo que admitir que fue muy amable dejándonos dormir en su cuarto. El pobre paso la noche en el sofá —Ana miró la expresión de Izar, y también la de su amiga, la camarera, y todo empezó a cuadrar en su cabeza—. Y algo me dice, que tú esto no lo sabías.

—No... Lo juzgué mal y ahora ya es tarde —le había fallado no confiando en él. ¿Pero qué quería que pensara?

Ana la cogió de las manos, y la miró, con una mezcla de comprensión y compasión.

—No es tarde. Mira, sé que no quieres escuchar esto, pero él estuvo enamorado de mí, incluso después del divorcio, y créeme, que entonces me comporté como una perra regodeándome de verlo sufrir —Izar apretó los labios al escuchar aquello, tanto por lo que de que la hubiera amado, como por lo de que lo hizo sufrir, disfrutándolo—. Pero aquello, no se parecía en nada a como lo dejé en su casa el sábado después de que volviera de la tuya. Estaba devastado, Izar. No fui lo mejor para él, ni él lo fue para mí. Lo mejor para mí, es Joaquín, y algo me dice, que tú eres lo mejor para Darío, si no, te aseguro que ni me habría molestado en buscarte. Darío se merece lo que todos queremos, igual que tú. No os lo neguéis.

Izar asintió sin saber cómo actuar. Darío tenía razón, y había actuado como una cría. ¿Cómo lo

miraba a la cara y reconocía su error? Él necesitaba a una mujer a su lado, no alguien como ella, que su temperamento la cegaba y la hacía hablar más de la cuenta. Necesitaba a una mujer que confiara en él ciegamente, no como ella, que estaba dañada en ese aspecto.

Ana se levantó y le sonrió, cogiendo su móvil, que acababa de pitar dentro de su bolso.

—Tengo que irme, Joaquín ya está esperándome. Espero que, la próxima vez que te vea, sea del brazo de Darío. Puede ser un cabezota, incluso exasperante en ocasiones, pero en el fondo, es un encanto.

—Gracias por venir a explicármelo —dudó que se vieran alguna vez, y menos del brazo de Darío, pues estaba segura de que lo había perdido.

Con un elegante contoneo de caderas, Ana y su ropa de diseño, se dirigían a la salida, cuando se dio la vuelta y con mirada cómplice le dijo:

—Solo una cosita más: No le digas a Darío que he venido a decírtelo. Literalmente, me dijo que no metiera las narices en sus asuntos, pero en serio, no podía dejar que la cosa quedara así por una metedura de pata mía, ¿vale?

Y entonces, dando la vuelta, Ana salió de su vida y del Rabbit Hole.

—Dime que no me he pasado con el whisky —dijo Agnes señalando hacia la puerta cerrada—, y que esa era, de verdad, la ex de Darío.

—Lo era, Agnes.

—Joder. Si yo me encuentro esa mujer, medio desnuda, también pienso que tiene un lio con mi novio. ¿Crees que lo que te ha dicho es verdad?

—¿Qué razón tendría para mentirme? Va a casarse. —Se cubrió el rostro con las manos—. La he cagado bien, esta vez. Lo sorprenderte es que he sido yo.

—Bueno, siempre hay una primera vez para todo. Lo importante ahora, es lo que vas a hacer.

—No lo sé. Él tampoco me ha llamado en estos días. No sé qué hacer —contestó sacando la cara de su escondite.

—Izar, ese tipo te gusta de verdad, ¿no es así?

—Más que eso, le quiero, pero sé que lo he perdido. —Miró a Agnes a los ojos.

—Nada de eso —contestó la camarera, dando un golpe en la barra—, coge el toro por los cuernos, ve a por él, discúlpate y hazle ver que no puede estar sin ti. Lucha por recuperar lo que te pertenece.

—Lo haré, cuando logre reunir el valor. Me muero de vergüenza, Agnes.

Y era cierto. No sabía cómo presentarse ante él y decirle, ¿qué? ¿Siento haberme portado como una idiota? Bien podría mandarla de vuelta a su casa, y eso, la acabaría destrozando. Era una cobarde, tenía miedo de enfrentarlo, miedo de ver que, realmente, lo había perdido.

—Si necesitas lo que sea, solo dilo. Tienes a tres locas dispuestas a apoyarte y darte ese valor que te falta.

—Sé que siempre estáis ahí —sonrió.

—Pues eso. Ahora vamos a brindar por Ana, la única ex decente del mundo.

—Tienes razón —rió —me ha dejado loca.

—Por la locura entonces. —Levantó su copa hacia Izar.

—Por la locura —ambas brindaron, riéndose.

~Y™

Izar se levantó pensativa, unos días después de su encuentro con Ana, en el Rabbit Hole.

No podía dejar de pensar en Darío y en lo tremendamente idiota que fue al dejarlo marchar. Debió haberlo detenido en el momento que salió de su casa, y de su vida. Aunque Ana le hubiera explicado el malentendido, ella había sido una cobarde y no lo había llamado, como también evitó ir a la editorial con el fin de no verlo. No se atrevía. Era patética.

Apenas había dormido, no podía. Cada vez que cerraba los ojos, los recuerdos la inundaban desvelándola. Era temprano, así que, tras poner en marcha la cafetera, pensó en hacerse unas tostadas, pero cuando abrió el armario, vio que no queda pan y maldijo su suerte. Había una tienda veinticuatro horas cerca de su casa, así que, cogió las llaves y el bolso para ir a comprar algo. Tenía que cargar pilas para recuperar su vida de una vez por todas.

Justo al salir, se golpeó el pie con un ramo de flores. Le extrañó que lo hubieran entregado a aquellas horas de la mañana, no eran ni las ocho aún. Y no habían llamado a la puerta de su casa; se pasó casi dos horas dando vueltas, lo habría escuchado. Volvían a ser rosas blancas, y ella lo recogió con la esperanza de que fueran de él, que de nuevo volviera a pedir su oportunidad con flores. Pero al leer la extraña nota, volvió a decepcionarse. No eran de Darío, sino del extraño admirador.

Ya era el tercer envío y lo dejaba en la puerta de su casa sin llamar. ¿Y si no los enviaba por agencia? ¿Y si los traía él mismo? Segura de que aquello podía escapársele de las manos, cerró la puerta con llave y cogió las flores para tirarlas, y guardó la nota en el bolsillo trasero del pantalón. Llamaría a Elena un poco más tarde, para ver si podía hablarlo con su hermano, él la ayudaría con aquello seguro.

Dejó las flores encima de los buzones por si alguna de sus vecinas las quería y cuando salió del portal, apenas pudo acostumbrarse a la luz diurna que ya empezaba a apoderarse de la calle o a respirar el aire fresco de la mañana. De repente, un cuerpo fuerte, con olor a sudor, la atrapó por detrás, tapándole la boca sin darle tiempo a gritar. Forcejeó con fuerza, tratando de coger aire, pero al hacerlo, inhaló el clorofórmico del trapo con el que le tapaba la nariz y la boca, desmayándose, casi inmediatamente, en brazos de su captor.

Los últimos pensamientos de Izar, antes de perder la consciencia, y que la oscuridad la envolviera,

fueron para Darío.

Capítulo 15

Había tenido un día de perros en la oficina. No había logrado centrarse prácticamente en nada. Izar lo había acaparado todo, como cada día, desde aquel sábado en que discutieron en el piso de ella.

Y aquel día solo había ido de mal en peor.

Casi a primera hora, Raquel le había traído al despacho un libro de la primera edición de “El placer de Eros”, el libro de Izar, que se pondría a la venta al día siguiente. Volver a recordarlo todo, solo mirando la portada del libro, había sido duro y se maldijo por haberse enamorado de ella, tan profundamente, como para no ser capaz de plantearse el seguir adelante sin ella.

Tras aquello, que lo había removido por dentro, llegó el correo.

«Sé quién eres, aunque tú pareces haberlo olvidado. Pero, que olvides, no te exime de pagar por tus pecados».

Definitivamente, había vuelto. Su pasado estaba allí de nuevo para patearle el trasero y amenazar su pacífica vida.

Su humor se ensombreció notablemente y su secretaria estuvo todo el día huyendo de él. Estaba seguro de que aplaudió y respiró tranquila cuando se despidió de ella esa tarde.

Cuando llegó a su dúplex, le extrañó que al girar la llave, no diera tres vueltas como siempre, sino solo una. No era de los que se olvidaban de cerrar bien la puerta, de manera que entró con cierta cautela. Las luces estaban apagadas, así que el resplandor en la planta de arriba, llamó su atención enseguida.

Subió las escaleras, despacio, procurando no hacer ruido. La luz, era la de su dormitorio, al final del oscuro pasillo. Empujó la puerta, dispuesto a partirle la cara al que estuviera en su casa, pero no había nadie allí. Todo estaba en su lugar. Entró, más tranquilo, pero entonces, vio un sobre con su nombre sobre la cama.

«Es muy guapa. Voy a divertirme mucho tomando mi venganza.

No llames a la poli o la mato. Seguro que sabes cómo encontrarme, ven pronto o empezaré a mandártela en trozos.

Tú me quitaste todo. Yo te lo arrancaré todo, y después, suplicarás que te mate».

Cayó en la cama, con la vista fija en aquella nota, escrita a mano. Temblaba cuando sacó la foto que había junto a la nota, dentro del sobre. Una mujer rubia, atada, amordazada y con los ojos vendados. No podía ser verdad. ¿Aquel bastardo la tenía? Si osaba tocarla, lo mataría con sus propias manos, aunque aquello lo llevase a la cárcel de por vida.

Supo enseguida dónde podría estar: el viejo almacén, donde, cuando eran unos críos inconscientes, se habían reunido mil veces. Tenía una manera de estar seguro de que estaba pasando era verdad, que Izar estaba en ese almacén, y que aquello no era una broma. Llamó al móvil de Izar, y cuando por tercera vez no le cogió la llamada, pensó en usar la función que el iPhone de ambos poseía:

localizador.

La pantalla del Smartphone señalaba justo el lugar que él había imaginado, el viejo almacén. Sin embargo, comprobar que Izar realmente estaba allí, que aquella foto no era una falacia, le retorció el estomago hasta el punto de querer vomitar.

Debía ser fuerte por ella, así que sin pensarlo más, salió del dúplex con la nota en una mano y las llaves del coche en la otra. Era algo desesperado, y posiblemente inútil, pero no iba a quedarse de brazos cruzados.

Cruzó Barcelona pisando a fondo el acelerador del BMW. En un tiempo record, y sabedor de que en breve le iban a llegar varias multas por exceso de velocidad y saltarse semáforos en rojo, paró el coche frente a la verja, medio en ruinas, del viejo almacén.

La puerta estaba abierta, y la cadena, oxidada, colgaba rota de la maneta. Alguien había entrado hacía poco, y esperaba que no fuera un grupo de pandilleros. Con cautela, entró y se quedó parado unos segundos, hasta que su visión se acostumbró a la penumbra del almacén. Avanzó despacio hacia la única luz que había en el lugar, y se quedó paralizado cuando los vio.

—Sabía que podrías encontrarme sin ningún problema. Acércate despacio, Darío, no hagas movimientos bruscos o lo lamentarás —una voz rasposa sonó en la estancia, junto con un pequeño gemido.

Darío sintió el impulso de saltar sobre él y arrancarle la garganta en ese mismo instante, pero ver a Izar atada en una silla entre él y el cabrón que la amenazaba, lo frenó en seco.

—Izar...

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas que no paraban de derramarse por sus mejillas. Quería gritarle que le quería, que la sacara de allí, pero sus labios estaban sellados con una cinta adhesiva. El hombre acarició el pelo de Izar, despacio, sujetando unos finos mechones. Sonrió petulante.

—Es muy bonita. No querrás verla marcada... —dijo acariciando la mejilla de Izar con la punta de un cuchillo de caza, haciéndola sollozar.

—Apártate de ella, no tiene nada que ver en esto. Tu problema es conmigo —su voz fue un susurro, pero resultaba intimidante y amenazador.

—Mi problema es contigo, sí.

—López, déjala fuera de esto.

—¿Cómo me dejaste tú a mí? —preguntó con veneno en la voz.

—Eso fue hace mucho tiempo. Era un crío.

—Ya tenías pelos en lo huevos, no me jodas, Darío. —Se giró hacia Izar, sujetándola fuerte del rostro— ¿Sabías que tu novio es un delincuente traidor que estuvo en la cárcel? ¿Que delató a sus amigos, solo para salvar su culo?

Izar abrió los ojos intentando mirar a Darío, pero ese hombre no la dejaba. Estaba tan cerca de

ella que su aliento rozaba su rostro.

—¡No la toques! —Dio un paso al frente, enrabiado por el modo en que la trataba—. Ella no sabe nada, López.

—Me importa una mierda. Siempre tuviste suerte con las mujeres, te llevabas a las que estaban más buenas. Esta es una belleza, te vas superando con los años.

—Al que le importa una mierda todo aquello ahora es a mí. No sé dónde has estado, ni qué has estado haciendo —dijo caminando hacia él, despacio, con las manos a la vista de su antiguo socio.

—¡Quédate quieto ahí! ¿Dónde he estado? ¡En la puta cárcel, cabrón!

Darío frenó en seco por el bien de Izar que lo miraba entre asustada, sorprendida y algo más que no pudo descifrar.

—Bueno, tal vez te lo merecías.

López acercó el cuchillo a la garganta de Izar y lo apretó contra la suave piel de su cuello.

—Y tú, te mereces que te arrebate todo. A tu novia, tu empresa, tu vida... todo.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora? Han pasado muchos años desde entonces. Yo también pagué por lo que hice.

—Tú no pagaste por tu traición. Lo perdí todo y, ahora, voy a hacerte lo mismo a ti. —Apretó más el cuchillo en el cuello de Izar. Ella cerró los ojos, aterrorizada, pensando que iba a morir allí mismo.

—¡No! —Darío sintió el pánico atenazando todo su cuerpo. López buscaba venganza, y él debía ganar tiempo, aunque eso le supusiera un problema con Izar—. Lo siento. Siento haberos delatado, pero solo tenía dieciocho años, y me ofrecieron un buen trato con el que después poder empezar de cero.

—Nos vendiste a todos. Hace poco que he salido, y, ¿de qué me entero cuando lo hago? Que el chivato traidor tenía una buena vida y pasta. Mucha pasta.

—¿Eso es lo que quieres, dinero? Puedo dártelo, pero Izar se marcha de aquí ya —Tenía que sacarla de allí como fuera, evitar que la hiriese. Su voz no temblaba, pero su corazón iba a mil por hora, y su mente no paraba de pensar en cómo sacarla de allí.

—Ah no, ella se queda. Llevo mucho tiempo sin una mujer, quizás más tarde me centre en la tuya. Le he estado mandando flores y regalos, ¿verdad? Así podrá agradecerme los como es debido. Quizás me la folle delante de ti.

Izar, gimió asustada. Así que no era un fan sicópata, sino un loco que buscaba vengarse de Darío y la estaba usando como instrumento de tortura. Si no estuviera tan aterrorizada, se echaría a reír, él la había acusado de falta de confianza cuando a la vista estaba que él no había confiado en ella.

—Si lo intentas siquiera, te mato aquí mismo —lo amenazó Darío apretando los dientes al hablar.

—Si te acercas, le rebano el cuello, tú eliges —y para dejar claro su punto, apoyó el cuchillo en el

cuello de Izar con más fuerza.

—López, estás buscando venganza sobre alguien que ya no existe —dijo, moviéndose muy despacio y con las manos en alto, hacia un lado buscando un buen ángulo desde el que saltarle encima. Tenía que alejarlo de ella y sacarla de allí. Lo que le pudiera pasar a él no importaba, solo ella y su seguridad.

—Si hubieras pasado los últimos veinte años en la cárcel no hablarías así. Veo que esta mujer te importa, así que pienso pasarlo bien con ella antes de hundirte, o matarte. Todo este tiempo has sido un grano en el culo.

López paseó el cuchillo por el cuello de Izar, bajándolo lentamente entre sus pechos, rompiendo uno a uno los botones de su blusa. Intentó, sin éxito, echarse hacia atrás, muerta de miedo. Aquel hombre estaba loco, y ella, todavía intentaba digerir que Darío fuera un ex convicto. Izar, simplemente, no pudo evitar mirarlo a los ojos. Necesitaba saber que no la dejaría sola.

Darío sintió cómo la rabia se apoderó de su cuerpo. La había estado controlando, mandándole flores, la amenazó y asustó, y ahora pretendía tocarla de un modo que solo le estaba permitido a él. Izar no merecía nada de lo que aquel malnacido le estaba haciendo pasar por su culpa, así que aprovechó que López había desviado su atención a Izar, cautivado por sus hermosos y llenos pechos, y lanzó una patada hacia la mano con la que estaba sujetando el cuchillo provocando que, de la sorpresa y el golpe, el arma cayese al suelo.

López, no había esperado que, a esa distancia, pudiera golpearle. Y no lo esperaba, porque no sabía, que desde hacía años, Darío, practicaba *kickboxing*, de manera que la potencia y flexibilidad de sus patadas eran mayores de las que se podían esperar de un empresario que pasaba el día tras un escritorio.

Sin darle tiempo a respirar, se acercó más a él, y le propinó un puñetazo en la mandíbula.

—¡Te dije que no la tocaras!

López escupió sangre en el suelo, mirando a Darío con odio. El muy cabrón le había partido el labio. Se levantó torpemente para enfrentarlo.

—¡Hijo de puta! Ahora sí que voy a matarte, y después me encargaré de ella.

López, se lanzó a por él con el puño elevado y lleno de rabia, pero Darío le recibió con la guardia alta. Esquivó el puñetazo, desviándolo con el antebrazo izquierdo antes de golpearlo dos veces en las costillas con el puño derecho.

Izar, veía la pelea aterrorizada, temió por él, aunque de sobra se veía que Darío llevaba la ventaja. Si no estuviera tan aterrada, habría disfrutado viéndolo, pues se movía como un felino salvaje.

López intentó en vano golpearlo, maldiciendo y amenazando, pero Darío esquivaba diestro los puñetazos y patadas que López dio al aire y que ni lo rozaron. Quería acabar con aquello cuanto antes y sacar a Izar de allí, así que, cuando López se encaró con él, volvió a levantar la guardia con los brazos cubriendo bien su pecho y rostro. López trató de golpearlo de nuevo, pero Darío se defendió y contraatacó apoyando todo su peso sobre la pierna derecha, para con la izquierda, propinarle tres patadas rápidas y duras sobre la cadera, que lo hicieron desequilibrarse antes de, cambiando el

apoyo a la izquierda, golpear con la pierna derecha la cabeza, haciéndolo caer inconsciente, en medio del viejo y polvoriento almacén.

Izar se derrumbó, rompiendo a llorar, aunque Darío apenas la escuchaba, a causa de la mordaza. Los nervios, el miedo y verlo a él hicieron mella en ella, y su cuerpo temblaba sin control mientras dejaba correr sus lágrimas.

—Izar, ya pasó. Voy a soltarte. —Darío se agachó a su lado para soltarle las manos, pero antes, dio un tirón de la cinta que cubría su boca—. Lo siento, pero no hay una manera suave de hacer esto. ¿Estás bien?

No paró de mirarla, en busca de heridas, magulladuras, incluso huesos rotos. Izar se humedeció los labios en un acto reflejo, al tirón de la cinta adhesiva.

—Físicamente sí, no estoy herida si es eso lo que te preocupa —susurró sin dejar de temblar.

—Me preocupas tú. ¿Qué te hizo ese malnacido? —dijo acariciando su rostro muy suavemente, como si tuviese miedo de romperla.

—No lo sé. —Se abrazó a sí misma—. Cuando me desperté, ya estaba atada a esta silla.

—Si se ha atrevido a tocarte...

Se levantó de su lado, nervioso. Necesitaba abrazarla, y ponerla a salvo, lejos de López, que estaba tirado en el suelo a pocos metros de ella. Se acercó al cuerpo inconsciente, y con la cuerda que había usado para atarla, inmovilizó las manos de su antiguo socio a la espalda y lo dejó tumbado boca abajo en el polvoriento suelo.

—Siento tanto todo esto. Nunca debió haberte metido en algo que era solo entre él y yo. Dime, ¿qué pasó? ¿Qué te mandó?

Darío había vuelto a su lado, acuclillado junto a ella, acariciando sus manos entre las suyas.

—Recibí algunos ramos de flores, con unas notas extrañas, y, el día en que rompimos, un paquete con una rata muerta y destripada dentro. —Cerró los ojos unos segundos intentando borrar esa imagen de su mente. Al volver abrirlos los clavó en él—. Has estado en la cárcel —no fue una pregunta, sino una afirmación.

Darío suspiró y maldijo entre dientes al escuchar lo de los ramos y la rata. Aquel cabrón, la había estado molestando durante bastante tiempo y él no había estado para protegerla.

—Sí, estuve en la cárcel.

—Y él, era tu socio.

No sabía de dónde sacaba la sangre fría para enfrentarse a él en esos momentos, cuando lo que quería hacer era correr y dejarlo todo atrás. Todavía temblaba por el estrés sufrido, y notar sus manos en las suyas, aquel roce, no ayudaba.

—Sí. Él y dos más. Juan y Lolo. ¿Quieres preguntarme que hice? —dijo sabiendo que ella no lo vería ya del mismo modo, que la estaba perdiendo, pero no podía negarle una explicación. Quería confianza, y no podía hacer menos que dársela.

—Sí —contestó Izar. No estaba segura de querer saberlo, pero lo necesitaba.

—Atracamos un banco —la voz de Darío sonó plana, sin sentimientos, como si contara algo ajeno a él. Se levantó y apartó de Izar, no era fácil para él recordar todo lo que pasó entonces—. Yo tenía dieciocho años recién cumplidos, y quería comerme el mundo, pero para eso necesitaba dinero, uno que mi padre no estaba por la labor de darme sin esfuerzo, aunque yo no estaba de acuerdo. Quería el dinero ya.

»Así que Lolo, que era mi compañero de primer año de la universidad, me propuso ayudarme en un plan que estaba llevando a cabo con su hermano, y otro más: López. Yo no entré al banco, no sé lo que pasó dentro. Solo esperaba en doble fila, en la puerta para salir corriendo a toda mecha de allí, y repartirnos el botín, pero la policía nos atrapó antes de que pudiéramos empezar la huida.

Izar le lanzó una sonrisa sin que llegara a sus ojos.

—¿Y tú me pedías confianza a mí? Me acusaste de comportarme como una cría, cuando tú, desde un principio, no has confiado en mí. Eres un hipócrita, Darío —las sirenas de la policía se escucharon a lo lejos junto con las de la ambulancia.

—¿Crees que me presento diciendo «hola, me llamo Darío y pase dos años en la cárcel, porque me redujeron la condena tras atraco a un banco con rehenes, al delatar a todos mis cómplices para salvar mi pellejo»?

—No te he pedido eso. Fuiste tú quien me acusó de no confiar en ti cuando te vi con tu ex. Tú alardeas de confianza y no la das. ¡Teníamos una relación joder, merecía saberlo!

—Izar, ni siquiera Ana lo supo. Un día te lo habría contado, pero lo enterré muy hondo cuando salí de la cárcel.

—Claro, un día.

Darío iba a contestarle cuando alguien llamó a la puerta diciendo en voz alta que era la policía. Se quedó plantado, delante de Izar, mirándola sin moverse ni un ápice. No sabía qué hacer, qué decirle. La puerta se abrió, y la policía entró con las pistolas por delante. Darío levantó los brazos, dejando claro que él era una víctima de la situación, no una amenaza.

Cuando la policía llegó hasta ellos, vieron a López atado en el suelo, y Darío se presentó, y les fue explicando lo ocurrido después de pedir que alguien atendiera a Izar y comprobara que estaba bien. Al parecer, había un servicio de vigilancia privada en el polígono donde se encontraba el viejo almacén, que al ver la cadena rota, el coche, y escuchar el ruido dentro de la nave, hizo lo que debía, y había avisado a la policía que no tardó en llegar junto a una ambulancia, por si había heridos.

A partir de que la policía se hizo cargo de la situación, no pudieron hablar más en privado. Les tomaron declaración a ambos por separado, tras llevarse a López de allí. Izar quedó en ir al día siguiente a comisaría y llevar todas las cartas que había recibido. Darío entregó en ese momento la nota y la foto, pues los llevaba en el bolsillo de la americana.

Por lo que dedujeron, López había estado controlando a Darío, y había averiguado lo suyo con Izar, haciendo sus amenazas y sed de venganza extensible a ella, usándola como el mejor modo de llegar a Darío y hacerle el mayor daño posible. Por el arsenal que llevaba López en la bolsa que

encontraron a un lado de donde estaba la silla en la que retenía a Izar, la idea era matarlos a los dos esa noche, haciéndolos sufrir hasta ese momento. Más de un objeto de aquella bolsa hubiera destrozado sus cuerpos antes de llevarlos a la tumba.

Los sanitarios atendieron a Izar diagnosticando que estaba bien, solo algo magullada y asustada. Le recetaron algo para poder dormir y le dijeron que podía marcharse a casa. Tras prestar declaración con la policía y comprometerse a hablar con el psicólogo, Izar salió del almacén sin mirarlo, sin dejar que hablara con ella, como claramente parecía querer hacer él. No podía, estaba confundida, perdida, y no sabía qué hacer. Una patrulla se ofreció a llevarla a su casa y ella aceptó. Solo quería salir de allí, tumbarse en su cama y olvidarlo todo.

Capítulo 16

Una vez en su casa, Izar, se detuvo en medio del comedor. Se abrazó a sí misma frotándose los brazos sin poder dejar de temblar. Su respiración se aceleró y un sudor frío le recorrió el cuerpo. Le faltaba el aire, todo empezó a darle vueltas, sentía náuseas y necesitaba respirar, salir de allí. No podía estar sola esa noche. No era capaz de estar en su casa sola.

¿Y si volvían? Había dicho que eran tres socios ¿Y si alguno de los otros dos estaba metido en el ajo también, y volvía a por venganza, de nuevo? El terror le recorrió la espina dorsal dejándola paralizada. Necesitaba moverse, hacer funcionar su cerebro de nuevo y conseguir salir de su propia casa. Todavía sentía las manos de su captor en su cuerpo, y la suave caricia de Darío. Darío... cerró con fuerza los ojos para poder quitárselo de la cabeza. Intentando estabilizar su respiración, logró dar media vuelta y salir de su casa, mirando el manojito de llaves.

Al ver la llave de la casa de Elena, decidió que iría con ella, necesitaba estar cerca de alguien querido. Ni siquiera cogió el coche, ya que vivía a dos manzanas de ella, el aire de la noche le sentaría bien. La refrescaría. Diez minutos más tarde, Izar llamaba a la puerta de Elena, que tardó un par de minutos en abrir.

Elena estaba profundamente dormida cuando escuchó el timbre, como entre brumas. Solo dos personas acudirían a su casa a esas horas de la noche, porque debía ser tarde teniendo en cuenta que ella trasnochaba. Una era su hermano, y la otra Izar. Al abrir la puerta, pudo ver que era la segunda, y no tenía muy buena cara.

—Por los dioses, Izar. ¿Qué haces a estas horas aquí y con esas pintas? No tienes buen aspecto.

Izar se quedó plantada en la puerta, y rompió a llorar como una niña. El escaso control que le quedaba, lo perdió al ver a su amiga preocupada por ella.

—Oh, Izar. —Abrazándola la hizo entrar en el piso y la condujo hasta el salón, para que se pudieran sentar en el sofá—. Cuéntame, qué te pasa.

—Darío... —susurró— ha estado en la cárcel, y por eso, ese hombre me secuestró para hacerle daño a él y se pelearon —hablaba atropelladamente, entre hipidos y sollozos, abrazada a Elena.

—¿Qué te han secuestrado? —casi chilló.

Izar asintió, y obligándose a calmarse, se lo contó todo desde el principio, empezando por las notas que recibió junto a los ramos de flores, la rata muerta, hasta cuando la secuestró esa mañana, la paliza que le dio Darío al secuestrador, la confesión sobre su pasado, y cuando llegó la policía. La cara de Elena fue cambiando del asombro al horror, para acabar en el alivio al saber que Darío la había salvado y que la policía tenía al secuestrador encerrado.

—Pero eso es una locura. Darío Gueller, un ex convicto, con un socio cabreado... Izar, casi parece sacado de un telefilme. Pero tú estás bien, ¿verdad? No te han herido —dijo mirándola por todas partes, sin soltarle las manos que le había sujetado durante todo el relato.

—No estoy herida, Elena, gracias a Darío. Ni siquiera sabía que practicaba artes marciales —se

lamentó—. No sé nada de él. Nada.

—Pero ahora, tal vez sabes demasiado, ¿no es eso? Ese hombre parece una tumba respecto a todo.

—Sí, lo es. Y él me pedía confianza, Elena —meneó la cabeza a ambos lados.

—Y él no se atrevió a contarte nada de eso. Pero —dudó antes de seguir, ella apoyaba a su amiga, pero también recordaba su sonrisa el tiempo que habían estado juntos—, ¿y si no se atrevía? Contar a alguien, a quien casi acabas de conocer, que has pasado dos años en la cárcel por ser cómplice de un atraco, no creo que sea algo que cuentas en la primera cita.

—No le culpo por eso, me refiero a después. Me duele que reclamara mi confianza, cuando él no me la estaba dando. Y cuando vio que íbamos más en serio, debería de habérmelo contado. —Suspiró mirando hacia los ventanales.

—Está bien, tienes razón. ¿Y ahora qué piensas hacer? —su tono era conciliador.

—No lo sé, esta vez no sé qué hacer. Ni qué decir. Con Darío nunca lo sé. Quizás necesite un respiro y darme un tiempo —dijo apenada.

—¿Quieres quedarte aquí? Al menos esta noche, no creo que debas pasar la noche sola. —Le apartó el pelo de la cara, mirándola sin saber muy bien que más decirle. Semejante experiencia no era muy normal, no sabía que más hacer.

—Por eso he venido, no puedo estar en casa, me ahogo. ¿Me estaré volviendo loca?

—No, solo te han roto el corazón, y te han dado el susto de tu vida. Mi casa es tu casa el tiempo que necesites. Mañana iremos a por tus cosas, ¿vale? Hoy duermes conmigo.

—Gracias, no sé qué haría sin ti.

—Ser una loca con la casa llena de gatos —contestó con una sonrisa, que Izar le devolvió.

—Por lo menos, los gatos no te rompen el corazón.

—Ni las empleadas esclavizadas —contestó con sorna.

Izar golpeó a Elena en el brazo.

—Trabajas tanto porque quieres.

—Y para poder llamarte explotadora —dijo riéndose.

Izar sopló, poniendo los ojos en blanco.

—Creo que me vendría bien una copa, o dos.

Tal vez, si embotaba sus sentidos quizás dejaría de pensar en él constantemente y en lo que había ocurrido ese día. Las manos no dejaban de temblarle. Elena se levantó dando un pequeño saltito, como cuando se emocionaba, ante la sugerencia de las bebidas.

—¡Margaritas!

—Esta vez no voy a discutirte. Carga bien el mío.

Elena fue a la cocina, dejándola relajarse un poco tras tantas emociones, para que volviera a sentirse mínimamente segura en casa. Le hacía falta olvidar y empezar de cero, pero con los días que se avecinaban, Elena sabía que iba a necesitar muchos margaritas de media noche para conseguirlo.

Unos minutos después, volvió con dos margaritas bien cargados y se sentó junto a Izar tendiéndole el suyo.

—Por las locas con gatos, o sin ellos —dijo Elena levantando su copa.

—Por nosotras —brindó con ella y bebió un largo trago. Quería olvidarse de todo, pero no hacía más que preguntarse qué estaría haciendo Darío en ese momento.

Y lo que Darío estaba haciendo era pensar en ella.

Cuando la policía y los sanitarios le dijeron que podía irse a su casa y se quedó solo, pensó en ir a buscarla, pero también, que tal vez necesitaría descansar de las emociones tan confusas y enfrentadas que había vivido ese día. Si a eso, le sumaba la mirada de desconfianza y recelo, y que desde que la policía llegó se había estado apartando de él, la idea de abordarla esa noche no parecía tan buena. Quería abrazarla, pero que lo aceptara, no que lo rechazara, y estaba seguro de que si iba a su casa esa noche, no le abriría la puerta.

Al día siguiente, tenía que ir a la comisaría a llevar las cartas y a una rueda de reconocimiento, así como a ratificar la denuncia. Tal vez la viera allí, se cruzarían en algún momento, y así la posibilidad de hablar con ella se presentaría de una manera más suave y menos traumática para ella.

Se duchó y se metió en la cama, pero cuando cerraba los ojos, no podía dejar de ver la cara de Izar amordazada, llorando y asustada sentada en la silla con un cuchillo al cuello. Aquella imagen lo torturó, no lo dejó dormir y ya era casi la hora de levantarse, pudo ver el sol despuntar en el horizonte, filtrándose por los ventanales de su dormitorio.

Tenía que levantarse y enfrentar el nuevo día, y su nueva situación con Izar. Iría a la oficina, aunque necesitaría varios litros de café, y Loles volvería a esconderse de él todo el día. En unas horas, el libro de Izar estaría en las estanterías de todo el país, de hecho, llevaba ya unas horas en las plataformas digitales. Le había fallado en mil cosas, pero no lo haría ese día en que, al fin, ella cumplía su sueño de estar con los grandes.

Él tenía también un sueño, uno que, por muy duro que resultara, tenía intención de cumplir, pero nadie dijo que ser feliz fuera sencillo, o que no doliera en el camino.

Levantándose de la cama, se metió en la ducha de nuevo, esperando que el agua caliente lo desentumeciera y arrastrase todo el dolor que aquel día trajo consigo.

No había hecho las cosas bien con Izar, ella tenía razón. Le pidió confianza cuando él no se la había dado. Solo rezaba para que pudiera arreglar su error. Ella lo merecía. Elevó el rostro hacia el agua, pensando en lo que haría y en cómo lo haría.

Capítulo 17

Una semana después, Raquel entró en la habitación del Gallery Hotel, donde Izar estaba terminando de arreglarse. La editorial había organizado la presentación de “El placer de Eros” en el salón de eventos del hotel, emplazado en plena avenida Diagonal, y no escatimó en gastos. Era un día especial, tanto para Libros Gueller, como para Izar Gálvez. Ambos estrenaban un nuevo camino en sus vidas y lo harían de la mano, bajo el nuevo sello editorial Intimy.

Acababan de traer la caja con los marcapáginas que entregaría a cada una de las fans que irían esa tarde a que les firmara un ejemplar. También tenían algunos regalitos para sortear y libros para vender entre las rezagadas. Pero primero, Izar y ella, tendrían que presentar el libro, y responder a las preguntas que quisieran hacerles. Seguramente, la presentación acabara tarde, a juzgar por todas las mujeres, y algunos hombres, que estaban reuniéndose ya en el salón.

Raquel llamó a la puerta del baño donde, al parecer, seguía Izar.

—Izar, soy Raquel, ¿estás lista?

—Sí, ya estoy.

Se miró al espejo por última vez. Estaba muy nerviosa, siempre le ocurría antes de cada presentación, pero esta vez era diferente. Esta vez iba a firmar un libro romántico con el corazón roto. Por lo visto, a más edad, más nivel de cagarla. Se sacaría un máster si continuaba a ese ritmo.

Cuando salió, Raquel la recibió con una sonrisa, una botellita de agua y una pastilla en la otra mano.

—Esto es una valeriana, creo que te vendrá bien. Llevas nerviosa desde que vinimos para comer a ver que todo estuviera bien en la sala.

—Gracias por preocuparte, pero si quieres que no me duerma, mejor guarda esa pastilla. Te agradecería más una tila —le sonrió. Sus nervios, en cuanto entrara en la sala, irían desapareciendo como siempre pasaba.

—Pediremos una en el bar. Dejemos los marcapáginas, que por cierto han quedado preciosos—, dijo enseñándole uno de ellos— y luego vamos a tomar algo.

—Elena es una artista —respondió mientras salían juntas de la habitación hacia el bar del hotel, al lado de la sala donde se celebraría la presentación.

—La verdad es que sí, y se ha adaptado muy bien al equipo. Normalmente la editorial se encarga de todo, pero ha sido un placer trabajar con tu chica.

—Es la mejor. Siempre consigue sacar la belleza de cada obra.

Raquel le abrió la puerta del bar para que pasara delante de ella. Normalmente, mimaba a sus escritores para relajarlos antes de las firmas, y para eso debía hincharles el ego, pero en Izar, vio una tristeza en la mirada que le dijo que no desaparecería con peloteo extra, si no con comprensión o una buena borrachera. Y no era el momento de la borrachera.

—Tu libro también ayuda, créeme. Me puso tan caliente, que cuando llegué a casa, mi marido estuvo a punto de ponerte un monumento. Por cierto, ha venido para que le firmes su ejemplar.

—Podrías haberlo colado, Raquel. —La miró divertida— espero que fuera una noche memorable—. A ella solo le quedaba el recuerdo y su libro para avivarlo.

—¡Fue memorable! Pero déjalo que sufra, así disfruta más. Además, a los hombres hay que hacerlos sufrir, aunque no hayan hecho nada, solo por si acaso.

—Ahí tú tienes más experiencia que yo. Nunca he estado casada.

Raquel sonrió, sin saber que decirle que era mejor o peor, que como estaba ella, pero aquella mirada que no se iba de sus ojos, la hizo dejarlo pasar.

—Démonos prisa, empiezas en quince minutos.

—Vamos.

Al entrar en la sala, Izar paseó la mirada entre la gente, esperando verlo, aunque solo fuera de lejos. No sabía nada de él, y el dolor, antes de ir desapareciendo, aumentó día a día. La vaga esperanza de que acudiera, aunque fuera solo por trabajo, se estaba desvaneciendo. Izar respiró hondo y se concentró en lo que debía hacer. Apartando por unos momentos su tristeza, entró en la sala con su mejor sonrisa, para saludar a las fans que la recibieron con aplausos y gritos de bienvenida.

La sala estaba decorada en tonos crema, dándole una claridad acogedora y elegante. Las sillas, a conjunto con el estilo elegante en tonos crema y negro de la estancia, estaban colocadas en varias filas, dejando un pasillo central para que se pudiera caminar cómodamente entre ellas. Frente a las sillas, había una mesa con dos butacas, dos micrófonos, una placa con su nombre y posters de la portada del libro. Todo estaba perfecto.

El broche final lo ponían, como no, sus locas amigas en primera fila. Casi tropezó con la tarima cuando vio que las tres llevaban en las manos unos pompones de animadoras en color rojo y negro. Iba a matarlas, realmente estaban locas, pero le alegraban la vida. Sin perderlas de vista, sobre todo a Laura, que era la más alocada de las cuatro, se sentó en la silla delante de su micrófono.

—¡Izar! ¡Izar! ¡Izar! —empezó a gritar Laura, por encima de los aplausos generalizados a su entrada, dando pequeños saltitos en su silla mientras agita en alto los pompones.

—Pero ¿te quieres comportar? —dijo Elena, apretando los dientes.

—Somos animadoras, ¡pues animamos!

Agnes, partiéndose de risa, elevó los pompones, gritando con Laura a pleno pulmón. Izar, no pudo evitar reír al ver a Elena, muerta de vergüenza, sentada entre las otras dos. El tono rojo de sus mejillas, podría rivalizar con el de los pompones.

Tras unos minutos de aplausos, risas y pompones de amigas locas, Izar presentó su libro con todo el amor que le profesaba, contando cómo se gestó la idea, pero obviando que la documentación se realizó en vivo, y cuánto de lo que allí contaba era real. Durante casi una hora, se prestó a responder

toda clase de preguntas, y mientras lo hacía, no dejó de mirar hacia la puerta, con la esperanza de verlo entrar, pero conforme iba pasando el tiempo, sus esperanzas iban muriendo. Darío no iría.

La presentación llegó a su fin, e Izar se estiró disimuladamente para colocar la espalda en su lugar. La gente se levantó y empezó a colocarse en la cola para que Izar, que ya estaba con el bolígrafo en la mano haciéndolo girar entre sus dedos, empezara a firmar y a hacerse fotos con sus lectoras y lectores.

—¿Puede dedicármelo? No he podido dejar de leerlo.

Izar alzó la mirada de golpe al escuchar esa voz ronca y profunda, tan familiar. No debió haberlo hecho. Darío estaba arrebatador, y la intensidad de su mirada clavada en ella, hicieron que su corazón se olvidara de latir al compás.

—Claro. —Izar le firmó el libro, sin saber qué decirle. Estaba totalmente perdida.

—Me llamo Darío.

—Lo recuerdo muy bien —acertó a murmurar.

—Pensaba que lo habrías olvidado. —Cuando Izar le devolvió el libro, él dejó una cajita sobre la mesa, atada con un lazo de regalo— ¿Una foto? Para no olvidar el momento.

Izar asintió, mirándolo extrañada. Se comportaba como un fan más: firma, regalo, foto.

—¿Saco yo el móvil? —preguntó él.

Darío se colocó a su lado, como hicieron todas las fans que pasaron por la mesa para conseguir su ejemplar firmado. Cogiéndola por la cintura, acercó su rostro al de ella y estiró el brazo para poder tomar la foto con su propio móvil.

—¿Una sonrisa?

Izar sonrió, siendo consciente de la cercanía de Darío, de su olor, de la calidez de su cuerpo pegado al suyo y del modo tan posesivo en que la sujetaba contra él, con los dedos acariciando sus caderas. Su cuerpo traidor le dio la bienvenida de nuevo, a pesar de que su mente no supo cómo reaccionar a una situación tan surrealista.

Tras el clic de la cámara, Darío se separó de ella, con una sonrisa plana y sin alegría, que no le llegó a los ojos.

—Ha sido un placer, Izar. Guardaré este libro como un tesoro. He de decirte, que tu historia me atrapó, me convirtió en preso de sus palabras, no podía dejar de leerlo, queriendo un final feliz para esa historia de amor. Te he traído un regalo, espero que te guste.

—Gracias...

No pudo decir más. Izar lo vio marchar, quedándose confundida y acariciando la cajita. También ella habría querido un final feliz para su historia de amor, por eso, ante la imposibilidad de tenerla, la inventó para el libro. Mientras la siguiente fan se acercaba a la mesa, Izar abrió la caja y vio la nota junto con una llave del hotel. Sin perder tiempo, leyó la nota y su corazón saltó de alegría.

“Mi último intento para ser feliz eres tú”

Izar, no pudo asimilar en condiciones el significado de la nota, ya que las fans y las amigas la iban entreteniendo, queriendo una firma y mil fotos con ella, cuando Izar solo quería que todo terminara. No sabía qué hacer al terminar, si huir a su casa o ir en busca de Darío. Si se iba jamás sabría lo que él quería decirle y si se quedaba sabía que se lanzaría en sus brazos y le rogaría que no la soltara jamás.

~YTM

¿Cuánto podía durar la firma de libros? Ya hacía casi una hora que había subido a la suite en el Gallery Hotel que ocupaba. Había reservado la habitación para la ocasión con la esperanza de poder celebrar allí el éxito de Izar, y también, con mucha suerte, reconciliarse con ella, que le dejase explicarse, pedirle perdón.

Desde que salió del almacén, la noche en que la atacó y secuestró López, no había vuelto a verla. Había tratado de hablar con ella al día siguiente, pero no estaba en su piso, y después de dos días llamándola, y que no cogiera el teléfono, había desistido para darle un poco de espacio y que pensara.

No sabía si ella lo había echado de menos o no, si pensaba en él, o en lo que habían vivido juntos. Darío no podía sacársela de la mente, ni del corazón. Lo que puso en la nota era cierto. Ella era su último intento de encontrar la felicidad, pues sabía, y sentía en sus huesos, que sin Izar, su vida estaría vacía por muchas mujeres de las que disfrutara. Izar era única.

Volvió a mirar el reloj.

Ya casi eran las nueve de la noche. La presentación había empezado tres horas antes, y aunque sabía que Izar tenía tirón, no esperaba la cantidad de gente que había en la sala cuando entró. Se había mantenido oculto, viendo cómo se puso nerviosa al sentarse en la mesa, cómo se sonrojó y rió cuando tres locas en la primera fila agitaron unos pompones rojos y negros, coreando su nombre. Por como las miró, estaba convencido de que eran amigas suyas, y envidió que aquella genuina sonrisa no fuera para él. Sin embargo no podía dejar que lo viera, que se escondiera de él.

Tras las preguntas, Izar empezó a firmar, estando sola en la mesa. Recibió regalos, se hizo fotos, y con todos sonrió y su trato fue amable. Sabía que era una encerrona, pero allí no podría esconderse de él. Cuando llegó su turno, no negaba que la cara de desconcierto al verlo lo calentó, trayéndole recuerdos de su primer encuentro, y vio de nuevo a la cervatilla desvalida ante el lobo. Todo su cuerpo pidió a gritos besarla, tocarla, abrazarla. Poseerla. Ella era su cervatilla, y su lugar estaba a su lado. Tocarla para hacerse la foto fue toda una prueba de fuerza de voluntad. No echársela al hombro y subirla a la suite, fue duro, pero dejó su mensaje: una ofrenda para el dialogo, envuelta con un lazo rojo.

Se pasó las manos por el pelo, cada vez más nervioso. ¿Y si no subía? ¿Y si todo había acabado ya, y ella no subía? Todo se había terminado, ¿era eso? No. No podía ser así, no lo soportaría. Habían compartido mucho, pero tras volver a consultar su reloj, comprobó que ya eran más de las nueve y que, posiblemente, uno de aquellos taxis que llegaron y se fueron de la puerta del hotel, la

llevaba de vuelta a donde fuera que estuviera viviendo ahora. Se desesperó. La sola idea de que se hubiera ido hizo que le temblaran las rodillas, y se dejó caer en la cama, mirando a la puerta, con el rostro cansado entre las manos.

~YTM

Izar se apoyó en la pared del ascensor, viendo cómo las puertas correderas se cerraron y, por fin, la dejaron sola. Estaba agotada, pero valió la pena. Acarició la llave de la suite con dedos temblorosos. Las horas de espera fueron un infierno desde que lo vio desaparecer de la sala donde se celebraba la firma. Sin embargo, no quiso precipitarse, ni creer nada por anticipado.

El ascensor se detuvo y se abrieron las puertas, dejando a la vista el largo pasillo del hotel. Inspirando profundamente se dirigió hacia la suite número veintisiete.

Conforme se iba acercando, su corazón latía más deprisa. Estaba muy nerviosa y al mismo tiempo, deseosa de estar con él. Lo había echado tanto de menos que le dolía el simple hecho de recordarlo. Sin pensarlo más, introdujo la llave en la cerradura y entró.

En lo que duró el viaje en el ascensor, imaginó mil escenas con las que encontrarse al otro lado de aquella puerta, pero jamás, con la que vio en esos momentos. Darío estaba sentado en la cama, con la cabeza agachada y el rostro escondido entre sus manos. ¿Era por ella que estaba así? Dios... rogaba que así fuera, porque eso significaría, que le importaba y había esperanza para ellos.

—Darío... —susurró plantada delante de la puerta y mirándolo fijamente.

Al escucharla, levantó la cabeza para ver si realmente era ella o su desesperación le estaba jugando una mala pasada, pero allí estaba, de pie frente a la puerta, tan hermosa como siempre, mirándolo con algo parecido a un ruego en la mirada.

Darío no lo pensó. Se puso en pie y en solo dos zancadas estuvo frente a ella, agarrándole el rostro entre las manos y besándola con hambre, deseo, y desesperación. Si después lo apartaba y le daba un bofetón no le importaría porque, al menos, habría vuelto a beber de ella.

Izar dejó caer la llave al suelo y le rodeó el cuello, apretando su cuerpo suave al suyo, soltando un gemido de placer contra sus labios. No se dio cuenta de lo mucho que le habían hecho falta sus besos, hasta ese momento.

—Ya temía que no fueras a venir —dijo Darío tras romper el beso, con los ojos entrecerrados, temiendo que fuera un sueño, y que si se despertaba, desaparecería de nuevo.

—Las firmas se han alargado, había mucha gente.

—Lo he visto, has arrasado esta tarde. Eres mi mejor apuesta, en muchos sentidos.

—Gracias, no sé qué decirte —sonrió ruborizada.

—Has venido, así que supongo que en realidad soy yo el que ha de decir algo.

—Sí. He venido.

No la había soltado desde que había entrado en la suite, y estaba reticente a hacerlo, pero era su última oportunidad, lo sabía. Apartándose de ella, la cogió de la mano y la llevó hasta la cama para sentarse juntos allí, uno frente al otro. No soltó su mano, la acariciaba con reverencia.

—Te pedí confianza, es cierto. Y también lo es que yo no te ofrecí toda la que debía. He cometido muchos errores contigo, como no decirte que Ana y su prometido estaban en mi casa antes de que vinieras, y después, no decirte todo lo que pasaba solo porque estaba ofuscado por tus celos y tu enfado. —Darío la miraba a los ojos, buscando sus reacciones. No quería que corriera, pero no podía dejarse nada en el tintero si quería recuperarla—. Dejé que aquello nos separará y te puse en bandeja, para que mi pasado, te golpeará. Nunca me perdonaré el miedo que debiste pasar, cuando fuiste secuestrada, ni al verte atada a aquella silla. Mucho menos, lo que debiste pensar de mí. —Hizo una pausa, comprobando como ella, contenía el aliento.

»Sí, fui cómplice del atraco a un banco, a pesar de ser rico. Sí, delaté a mis compañeros por la oportunidad de redimirme y empezar de cero, y lo hice. No escondo nada más, no hay nada ni nadie más. Solo quiero a una persona en mi vida, y esa eres tú, y lo único que quiero esconder son tus bragas en mis bolsillos, y cuidar tu corazón. Te quiero, Izar. Me arrastraré y me humillaré si hace falta para que me perdones y me des una nueva oportunidad, la definitiva, para poder ser el hombre de tu vida. Para que seas la mujer de la mía. Te amo, cervatilla.

Izar le acarició el rostro con la yema de los dedos, conteniendo las terribles ganas de llorar que nacieron en ella tras escucharlo.

—Yo también te quiero, Darío. Deseo empezar de cero contigo.

Darío sonrió aliviado y una nueva luz iluminó sus ojos y su rostro.

—Pues hagámoslo. Arriésgate a amarme.

—Ya lo he hecho al subir aquí.

Darío la besó de nuevo, sintiendo cómo sus ojos se humedecían. No había llorado desde su primera noche en la cárcel, cuando se sintió asustado, solo y desvalido. Pero ahora, las lágrimas eran de la más absoluta felicidad. Ni siquiera el día en que Ana y él se prometieron se había sentido tan feliz. Izar había ido a él, sabiendo todo de él, incluso su parte más oscura y, aún así, lo quería. Su vida volvió a cobrar de nuevo sentido.

La acarició, buscando recordar cómo era el tacto de su cuerpo. Cuando llegó al borde de su falda, metió la mano bajo la tela del vestido y acarició el muslo despacio, subiendo de nuevo hasta que sus dedos rozaron el encaje de su ropa interior. Era como el primer día de nuevo. Buscó la suave piel de su sexo depilado bajo el encaje, y gimió de placer al sentirlo.

—Te quiero, y te deseo tanto que me duele —logró decir Darío, perdido en su sabor.

—Te he echado de menos, mi amor.

Las manos hábiles de Izar ya estaban desabrochando la camisa de Darío. Necesitaba volver a sentir la calidez de su piel contra su cuerpo.

Los dedos de Darío encontraron el camino para entrar en su interior, haciéndola gemir, y eso, ya

fue el límite para su deseo. Poniéndose en pie, apartó las manos de Izar de su camisa, ya desabotonada. La hizo levantarse, lo justo, para sacarle el vestido por la cabeza. Tras el vestido, fueron sus pantalones, que casi pateó para poder quitárselos. Con manos ávidas, le quitó el sujetador e introdujo uno de aquellos duros y rosados pezones en su boca. Eran como fruta madura y dulce entre sus labios, un manjar y el paraíso en un solo cuerpo. Cogiéndola de las nalgas, la apretó más a él y la empujó con su cuerpo contra la pared de la habitación.

Izar gimió al notar el duro cuerpo de Darío contra el suyo. Él era el único que la hacía sentir como si tuviera fuego en las venas, dejándola al borde de la combustión.

—En tú libro, hablabas de mí como un empotrador, pero aún no he sido así contigo.

De un tirón le arrancó el tanga antes de tirar de sus calzoncillos y liberar su gran y dura erección. La levantó del culo y la empaló con un movimiento brusco, casi salvaje, apretándola contra la pared.

Izar gritó de sorpresa y placer a la vez.

—Ahora sí... —gimió Darío contra su boca.

Besándola como si el mundo fuera a acabarse en ese mismo instante, empujó duro dentro de ella, golpeando la pared con cada embestida en su interior. Clavó los dedos en sus nalgas, sujetándola firme.

—Estoy deseando volver a llevarte al Eros, y que todos vean cómo te follo, que quede claro que eres mía, y que deberán rogar para poseerte.

—Contigo, siempre contigo —enredó los dedos en el pelo de su nuca, dándole suaves mordiscos en los labios.

—Siempre será conmigo, y yo contigo —afirmó rotundo Darío.

Izar lo apretaba en su interior, llevándolo hasta el límite de su resistencia. Con ella, no podía retenerse, con ella era libre de ser él mismo.

—Córrete conmigo, Izar. Te necesito, cervatilla.

Izar apretó más las piernas alrededor de él, cuando le susurró:

—Haz que me corra, amor.

Con sus músculos vaginales, lo apretó sonriéndole pícara. Sabía que ambos estaban al límite, pero a ella le gustaba cuando perdía el control y se hundía en su interior, tan profundo, que Izar casi sentía que podría partirla por la mitad. Y tras varias embestidas rudas por parte de él, logró hacerla gritar de placer, al tiempo que él la mordía en el cuello llevado por la pasión y la intensidad de su orgasmo.

—Mi Izar —susurró en su cuello.

Sin soltarla, y sin salir de su interior, la llevó a la cama, y se dejó caer de espaldas con ella encima. Izar le dio pequeños besos en el cuello, se sintió feliz de poder volver a estar con él.

—Te quiero —dijo Izar, abrumada por la marea de sentimientos que amenazaban con arrastrarla.

—Y yo a ti. Y te quiero a mi lado cada día, eres lo más importante de mi vida, Izar.

Izar lo miró intensamente. Era justo lo que siempre había deseado oír de los labios de un hombre al que amara como amaba a Darío.

—No sabes cómo lo deseo.

—Pues entonces, vente a vivir conmigo. No sé dónde estás viviendo ahora, pero vente conmigo, y así podrás ser la única mujer que se pasee medio desnuda por el piso.

Ella sonrió ante su ocurrencia.

—Estaba en casa de Elena, no me atrevía a estar sola en mi casa. Y sí, me encantaría vivir contigo y ser la única que vaya desnuda —puntualizó riendo— por el piso.

—¿Desnuda? Sabes que eso te expone a que te tome en cualquier momento o lugar.

—¿No te gusta la idea?— Se mordió el labio inferior.

—Me entusiasma. Tal vez demasiado porque estoy pensando en esconderte la ropa.

—Mientras me la des cuando tenga que salir, no me quejaré.

La besó divertido ante la idea.

—Podemos negociarlo, siempre que la negociación sea sin ropa.

—Me gusta, salimos ganando los dos. Darío... —le dijo con el rostro serio—, siento haber actuado como lo hice.

Sintió que no podía dejar las cosas así, que solo él se hubiera disculpado, cuando ambos habían metido la pata en su relación.

—No te di otra opción.

—Quiero que sepas que confío en ti.

—Significa mucho para mí que lo hagas. Yo también confío en ti, no te oculto nada más, pero eres completamente libre de preguntar cualquier cosa.

—Lo sé, yo tampoco te oculto nada.

—Oh, sí lo haces —afirmó Darío, muy serio.

Ella frunció el ceño.

—No lo hago.

Darío apoyó la mano en el pecho de Izar y, con una sonrisa, la miró.

—Justo aquí, ocultas mi corazón.

En ese momento Izar se dio cuenta de que, pasara lo que pasara, Darío siempre sería el gran amor de su vida y nunca la dejaría marchar, como ella nunca querría marcharse.

—Y tú, el mío.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Podéis reiros si queréis, pero escribir esta página es la que más me ha costado, y no por qué no quisiera agradecer a todos los que habéis estado antes, y durante la gestación de este e incluso otros proyectos, sino porque no sabía ni por dónde empezar, ni quería olvidarme de nadie, así que, desde ya, pido disculpas si alguien se me olvida, porque no quiero poner un mísero: gracias a todos.

Lo primero, a nuestros C. Por estar ahí, por soportarnos en las neuras y en las horas frente al PC. Mil gracias, se quedan cortas. Os queremos.

Gracias a nuestras lectoras cero, Mayte, Rosa, Yolanda, Ester y Juani. Por la ilusión y los consejos.

Gracias, millones de ellas, a ti, Juani. Porque además de ser una de ellas, nos ayudaste a pulirlo y sacarle todo el brillo que tenía escondido. Te volcaste, y nos enseñaste mucho. Eres un cielo,... Y lo sabes.

A Estrella y Margarita, por vuestros ánimos, apoyo y creer en nosotras desde el principio, animándonos a seguir adelante pese a todo.

A nuestra Purpurina Diabólica, y a todas esas personas que han creído en ER Dark. Lo conseguí. Se ha cumplido un sueño. Gracias.

Y para terminar a EA y al WhatsApp... Y diréis, ¿por qué? Pues porque EA nos unió, y WhatsApp nos permite seguir juntas pese a la distancia que nos separa.

Pero sobre todo, gracias a ti, mi neurona, por estar ahí, por ser así, por creer en mí. Por creer en ti. Por creer que somos imparables.

SOBRE LA AUTORA



Hola, soy E.R. Dark, y como puedes apreciar por la foto, no soy una sola persona, si no el seudónimo bajo el que se unen E. Adán y R. Cervera. ¿Quieres saber un poco más? Pues continua leyendo...

Emi nació en Alicante y vive en San Vicente del Raspeig. Siempre le han gustado los mundos fantásticos con seres mágicos con una gran aventura y sobre todo, la lectura, su mayor vicio confesable. Fan de los vampiros y los videojuegos, empezó a jugar a los Sims al quedarse en paro. Allí, en sus foros, conoció a su “alma gemela”, Ruth que nació en Barcelona y actualmente vive en Cerdanyola del vallés, y que es otra gran enamorada de los vampiros y los Sims. Su vía de escape del estrés diario es la lectura, donde crea su burbuja y se deja llevar por sus personajes.

Empezaron a crear historias juntas, primero como un juego, luego lo llevaron a un blog, y después decidieron lanzarse a la escritura. Pero aunque sus pasiones las unen, la distancia las separa y aunque siguen separadas. No dejan de hablarse a diario y trabajar en sus historias, donde juntas crean un mundo para poder soñar.

Su género favorito es la romántica y dentro de esta la paranormal. Tienen varios proyectos en marcha para empezar su andadura por el mundo de las letras, que muy pronto verán la luz.

Si quieres, puedes seguirme en:

www.facebook.com/ERDarkEscritora

[google.com/+ERDark](https://plus.google.com/+ERDark)

[youtube.com/c/ERDark](https://www.youtube.com/c/ERDark)

Y en la web: <http://erdark1.wix.com/erdark-escritora>